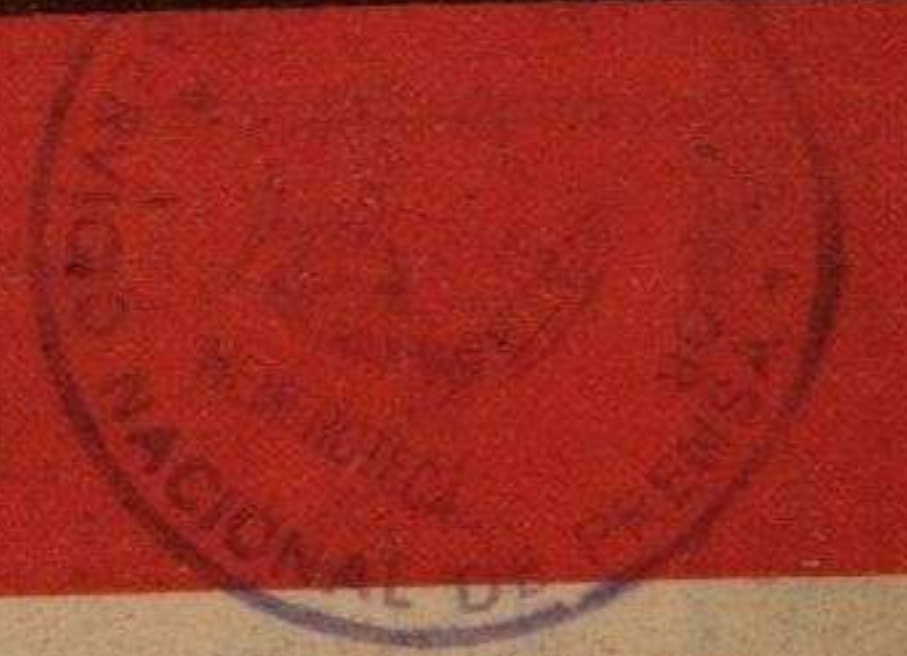




**Onda Corta**

Aquí vemos a Phil Spitalny, del broadcasting National de Nueva York, con la violinista Evelyn y Gypsy Cooper al clarinete, ensayando la Hora del Hechizo que radian los lunes por la noche desde la metrópoli yanqui.



**En Este Número:**

★  
La Leyenda de Robin Hood

★  
Jane Withers:  
Me Gusta la Aritmetica

★  
Tres Millones de Japonesas se Preparan Para las Olimpiadas

★  
Los Canones de la Belleza:  
Joan Crawford  
Myrna Loy

★  
Olivia de Havilland  
Errol Flynn  
Basil Rathbone

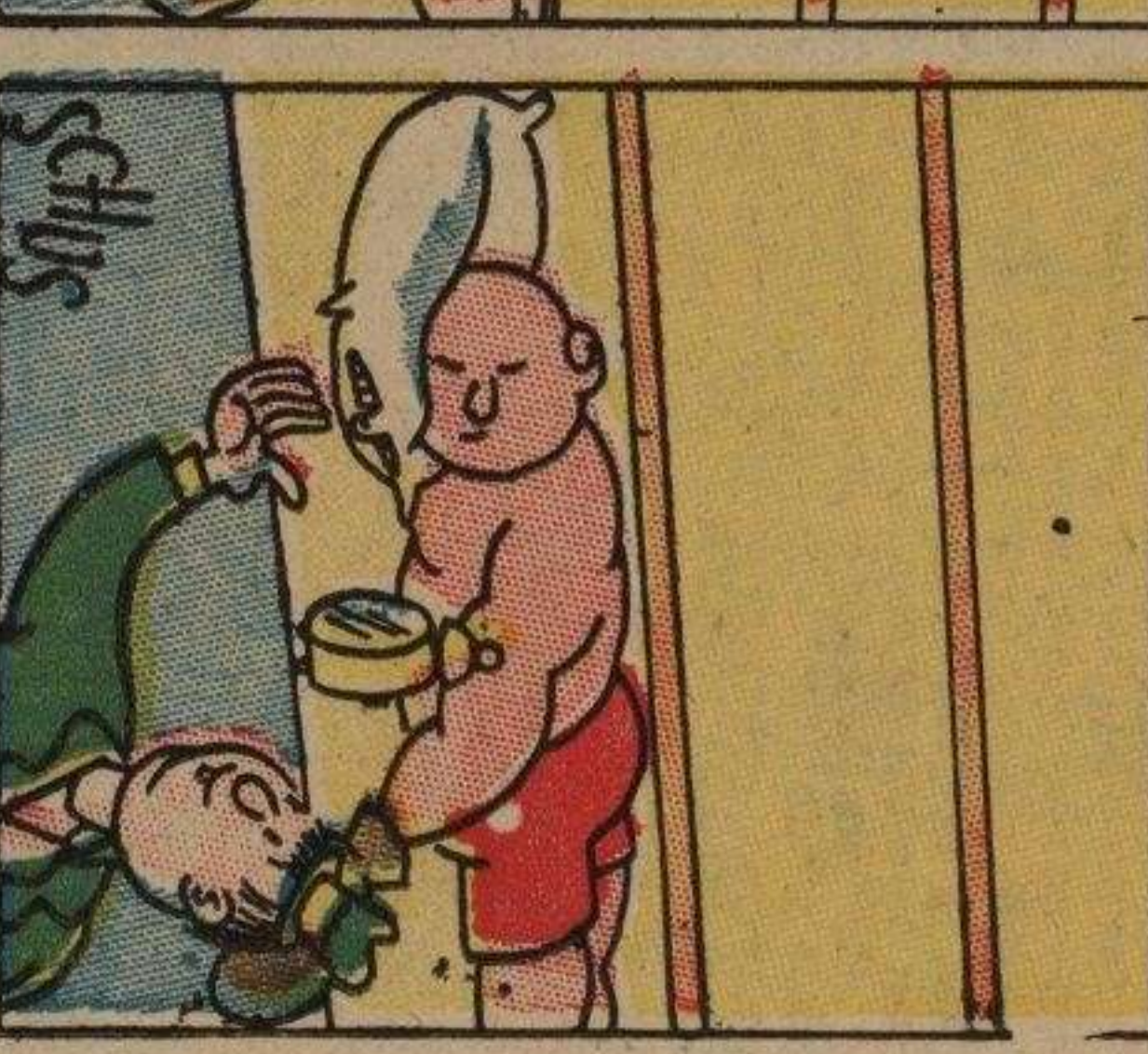
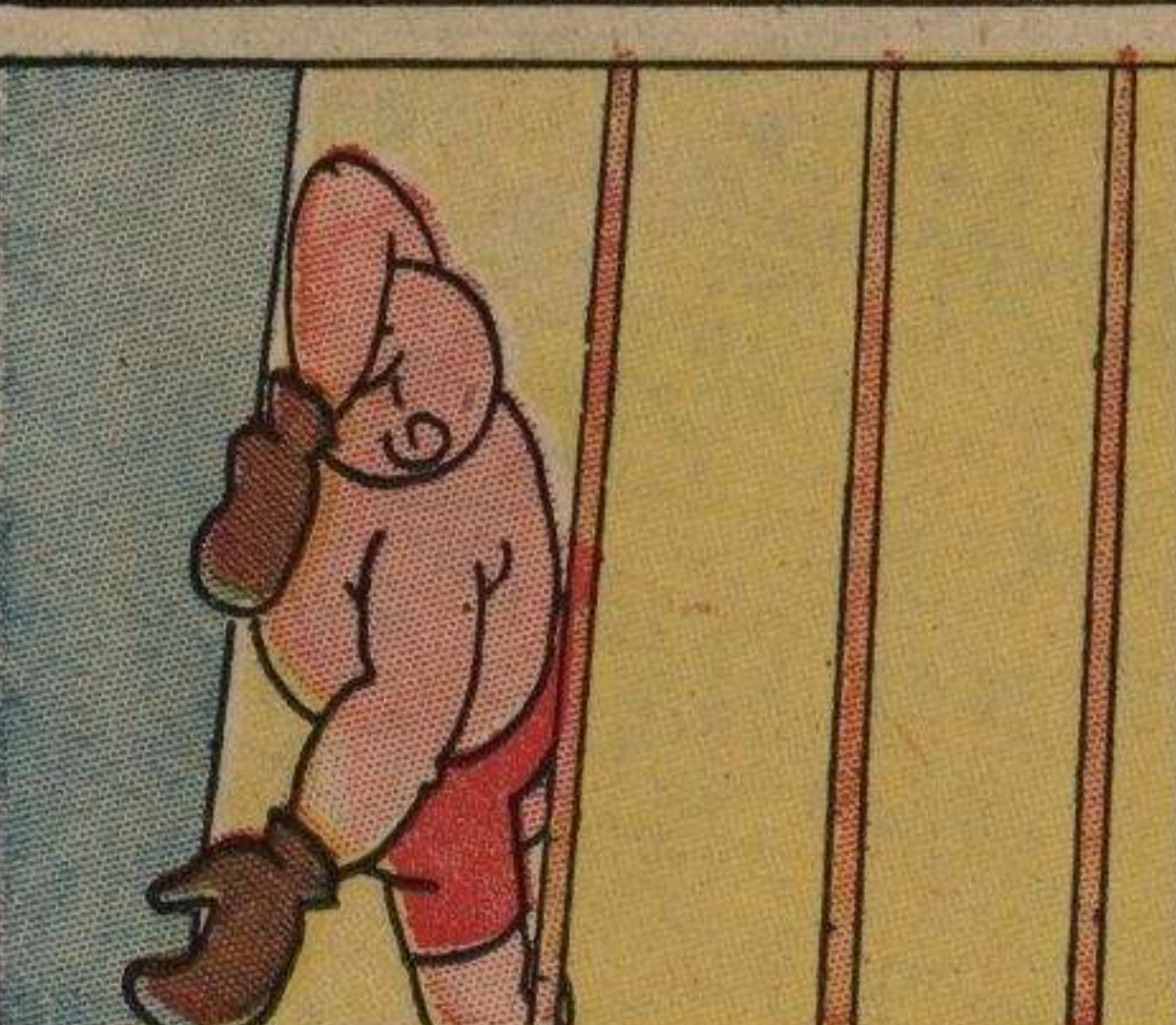
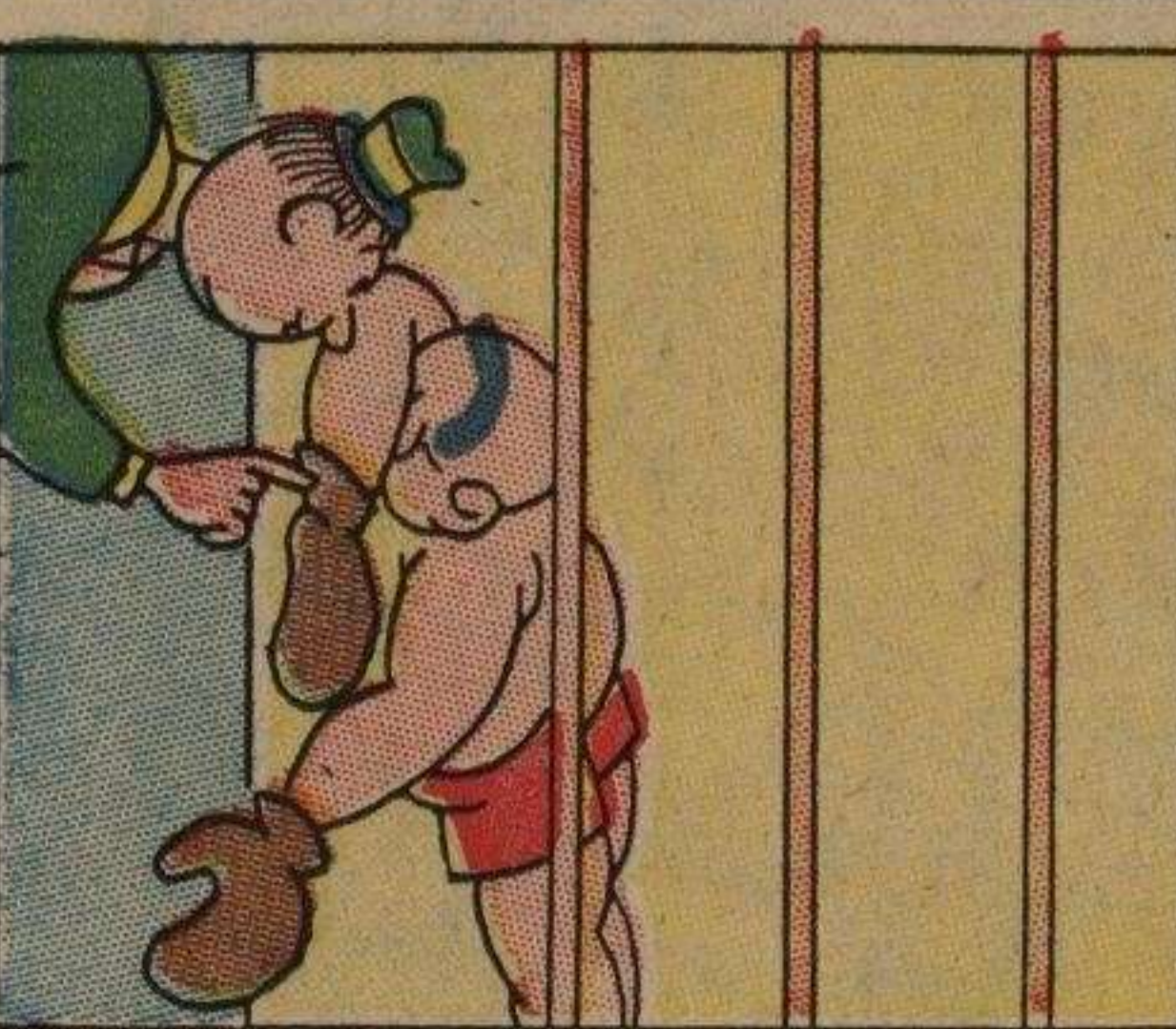
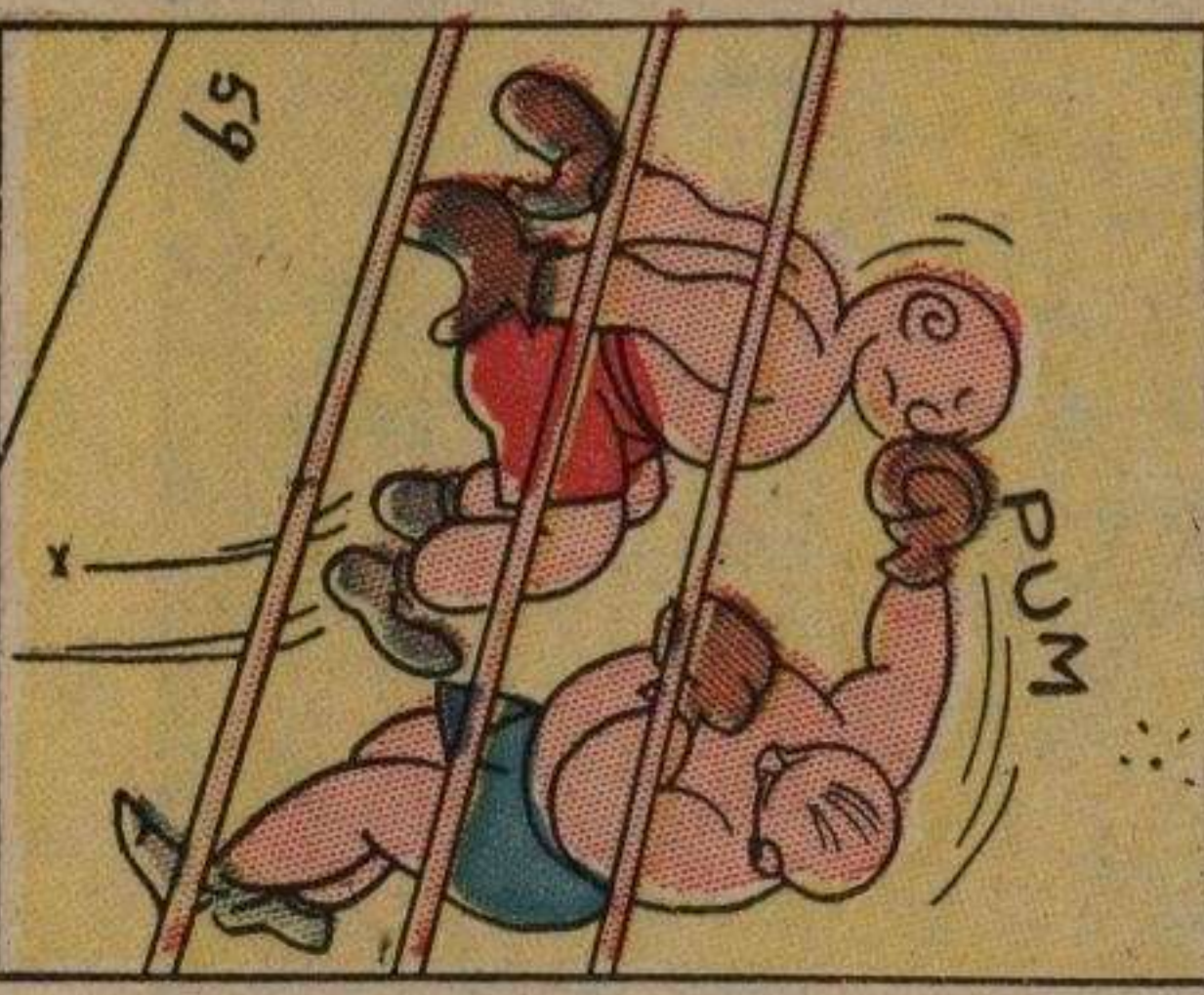
★  
Historietas Comicas y Curiosidades

★  
El Puente del Amor  
Cuento Breve



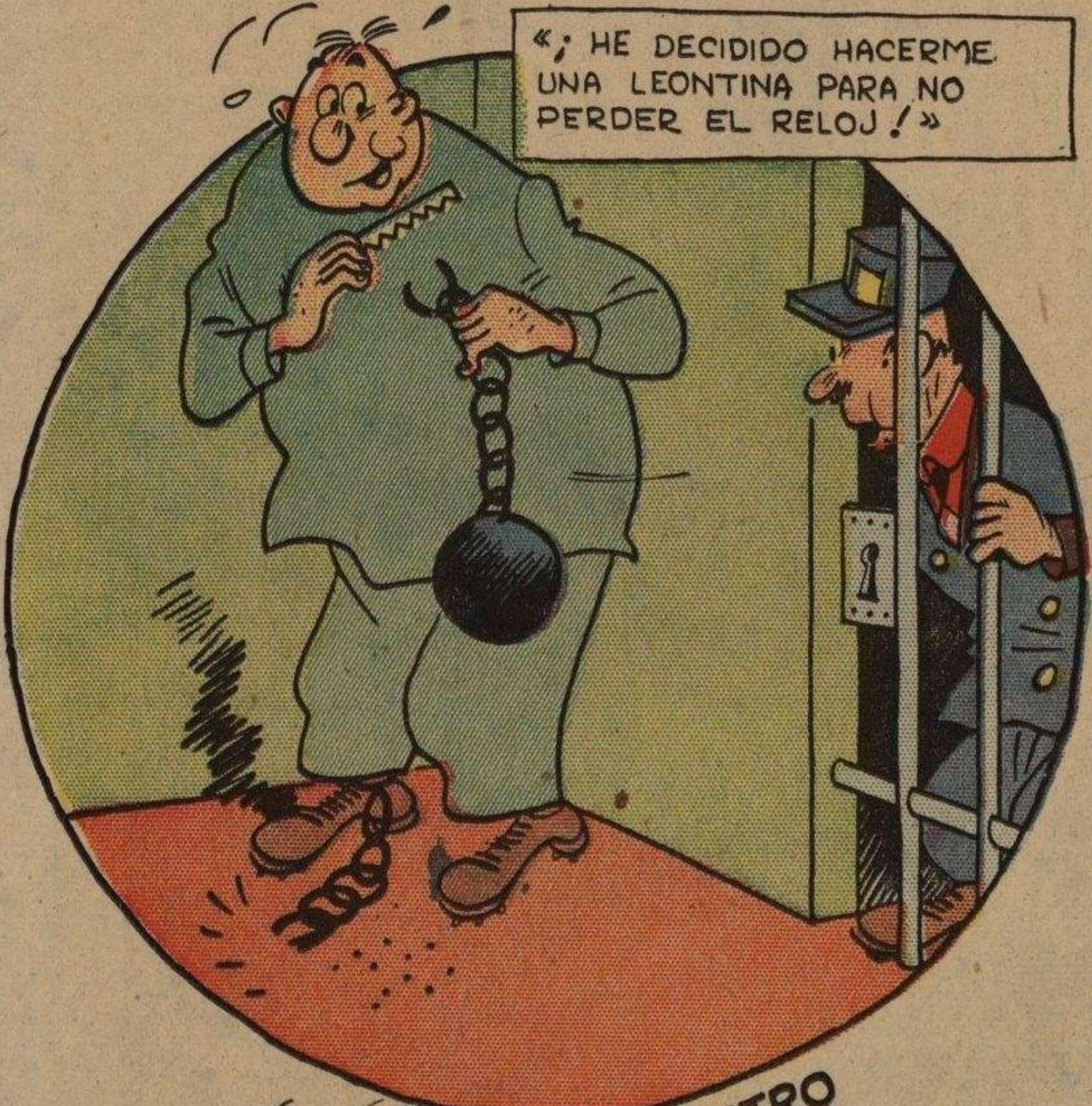


**Don Pepe**

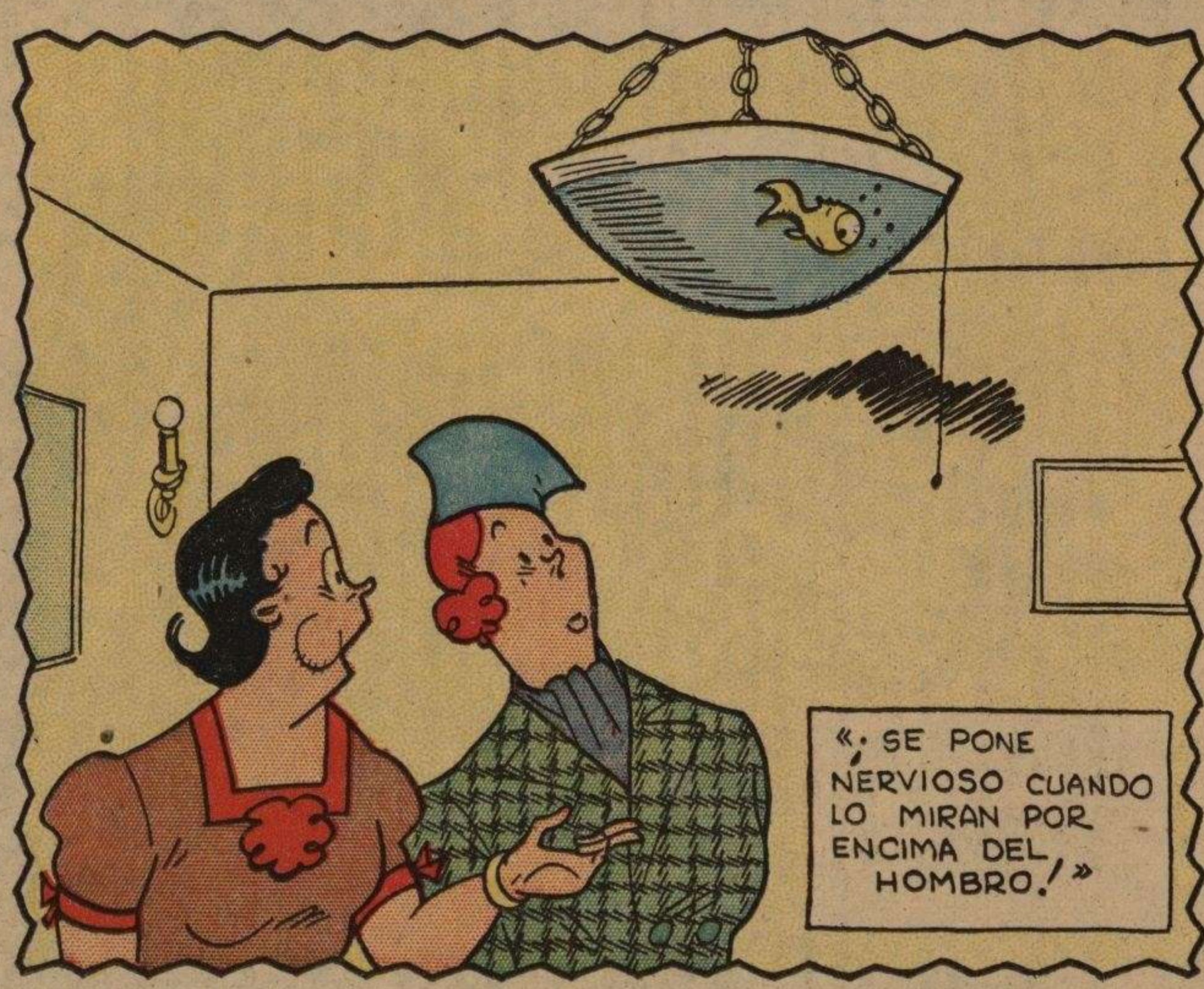


**LA VIDA ES ASÍ...**

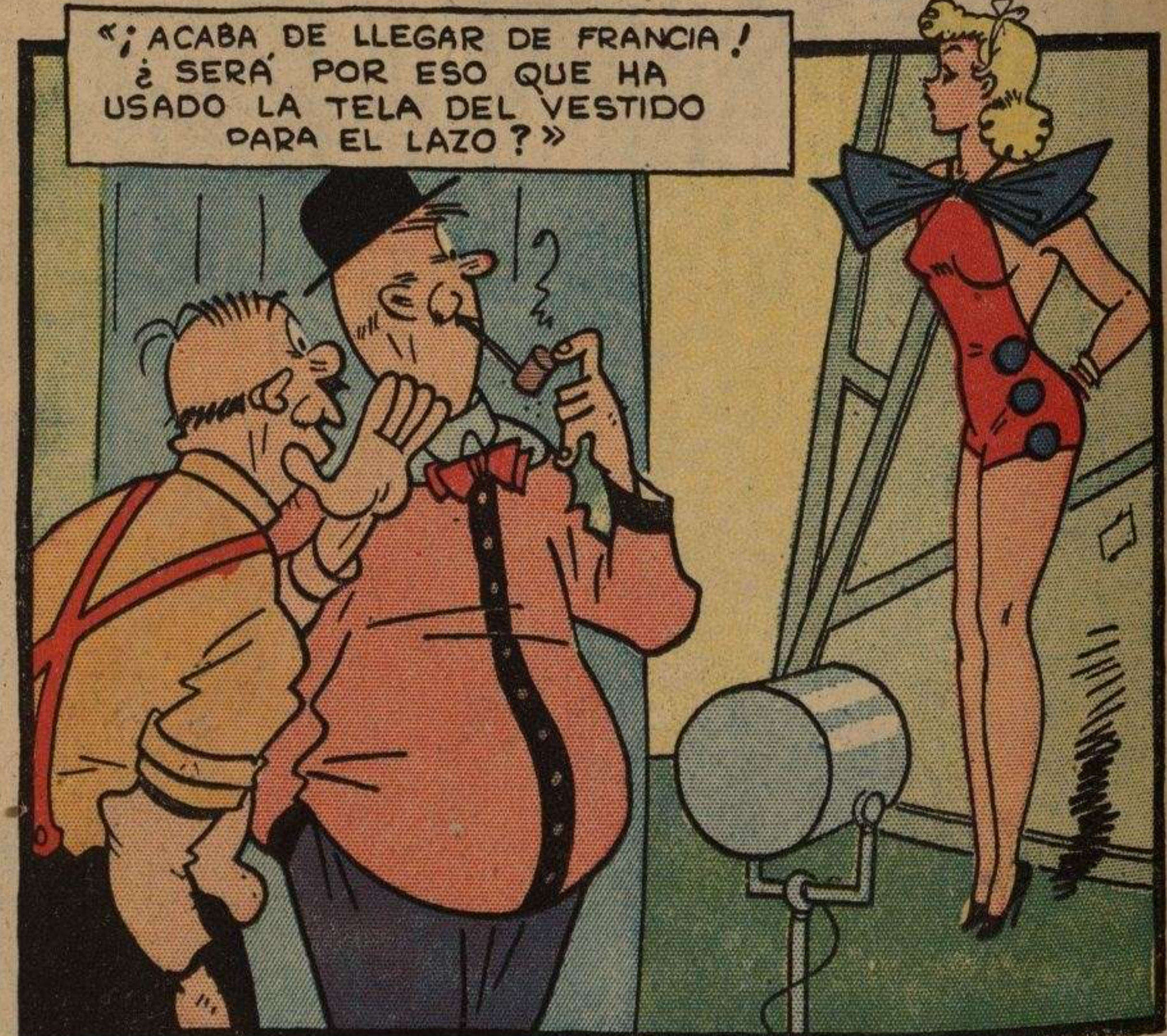
por **FRED NEHER.**



« HE DECIDIDO HACERME UNA LEONTINA PARA NO PERDER EL RELOJ. »



« SE PONE NERVIOSO CUANDO LO MIRAN POR ENCIMA DEL HOMBRO. »



« ACABA DE LLEGAR DE FRANCIA. ¿ SERÁ POR ESO QUE HA USADO LA TELA DEL VESTIDO PARA EL LAZO ? »



« ALERTA CON EL DINERO! SE HA ESCAPADO OTRO RATERO. »



« ESTOS NATIVOS ESTÁN MÁS ATERORIZADOS QUE NOSOTROS! TIENEN LOS PELOS DE PUNTA! »



PERINQUILLA

« SAQUÉ 100 POR CIENTO EN DICTADO Y PAPA DICE QUE CADA DÍA ME PAREZCO MÁS A TI! »



lo, porque la soledad es la matriz de las grandes obras intelectuales. En Holanda se siente, a un tiempo, rodeado de las dulzuras de la civilización y solitario, como en el más remoto desierto. Esta situación, lo declara paladinamente, mucho le place. Le disgusta en cambio el deseo de sus amigos de exhibirlo en París, conforme afirma, cual animal raro, un elefante o una pantera, por pura curiosidad.

Se consagra en absoluto a su vocación; ninguna circunstancia de la vida privada ni tareas de índole pública le distraen. He aquí un ejemplo de llamado heroísmo: dedicar una existencia completa a la meditación y al estudio, con la mira de liberar al espíritu de sus congéneres de pesadas servidumbres. Pocas vidas registran semejante entrega a un objeto excusivo y como alucinante. Servido por aptitudes geniales, su acción irradiadora se prolonga a través de los siglos.

Dispone, lo sabe, de una fuerza dotada de rara originalidad; la custodia cual si fuese fuego sagrado. En el empeño llega a extremos pueriles, como el de informarse deficientemente acerca de la labor de sus contemporáneos o leerlos en forma fragmentaria. Sus biógrafos aseguran que lee poco y mal. Está al tanto del movimiento intelectual europeo gracias a las detalladas cartas de su antiguo amigo Merenne, y acaso un poco a sus frecuentes viajes. Si el asiduo leer no es del todo indispensable a sus propósitos renovadores, lo sería al menos para advertir coincidencias con otros autores y evitar los enojosos pleitos acerca de la prioridad de algunos de sus descubrimientos: pleitos iniciados, a veces, en vida de Descartes y continuados hasta nuestros días. De vez en cuando asoman hasta indignas acusaciones de plagio. Y si bien la probidad mental de nuestro filósofo se salva incólume, no es menos cierto que su aspiración de una originalidad sin precedentes, al cien por ciento, por decirlo así, no se confirma de ninguna manera.

A fuer de padre del racionalismo moderno, Descartes aprecia mal las razones de carácter histórico. No se percibe de que el genio constituye también un fruto histórico, resultado de una larga incubación en el pasado. No se engendra a sí mismo, aunque extraiga del profundo la potencia que le permite introducir una variación brusca en las ideas, los estilos y modo de ser de los hombres y los pueblos. Debido a esa gravitación de lo pretérito sobre el presente, se explica que ni él ni Bacon se emancipen completamente del pensamiento que combaten. A pesar suyo y del filósofo inglés, la escolástica se hace notar más de lo que suponen en las entrelíneas si no en el corazón de sus respectivos sistemas filosóficos. La posteridad terminará por esparitar esos elementos medioevales que sutilmente se cuecen en sus obras.

La titánica labor de Descartes resulta inconcebible sin el soplo fecundo del Renacimiento y la fermentación espiritual subsiguiente. El es la máxima expresión filosófica de esa caudalosa corriente que pugna por abrir nuevas vías al pensamiento, corriente que inscribe en su portada un nombre insigne, Copérnico, y que recuerda igualmente a un precursor de estúpida universalidad, Leonardo de Vinci, para volcarse, en fin, por tres canales soberbios: Bacon, Galileo y Kepler. Descartes la continúa y acierta a dar con la fórmula que inaugura definitivamente una nueva era filosófica.

El afán por resguardar su originalidad le mueve, a ratos, a mostrarse displicente con figuras de la talla de Galileo. Cuando a los 23 años recorre Italia tiene especial cuidado en advertir que no ha visitado ni visto a Galileo. Es lástima: una conversación entre ambos les habría sentado bien a los dos y hubiera resonado en la inmortalidad. Mucho después continúa teniendo noticias equivocadas acerca del fundador de la física moderna: No sin sorpresa tropezamos con estas palabras suyas de una carta a Merenne, anterior en año y medio al fallecimiento del sabio italiano: «Me escribes sobre Galileo como si viviera aún, y yo creía que había muerto hace mucho tiempo».

A despecho de la divergente orientación filosófica, Descartes le debe a Galileo más de lo que se le atribuye a través de declaraciones de tal jaez o de lo afirmado por sus incondicionales apologistas. Otro tanto cabe sostener en lo que atañe a sus relaciones con Bacon. Actitud extraña la del filósofo; no guarda con-



sonancia con sus singulares méritos. La auténtica originalidad, como la suya, lejos de perecer se acrecienta y toma vuelo al contacto de las almas excelsas, sus iguales.

Cuando Descartes se entera de la congeneración de Galileo se rodea de extraordinarias precauciones a fin de no desencajar idéntica medida. Partidario convencido de Copérnico, al punto de sentar en un documento privado que si el movimiento de la Tierra es falso «lo son todos los fundamentos de mi filosofía, que por él se demuestran», disimula su juicio en la materia bajo arduos ingeniosos, desprovistos de veracidad. La palma del martirio no le seduce, con toda evidencia. Por lo demás, cree sinceramente prestarle un servicio a la humanidad edificando su magnífico sistema, aunque, como tributo a la ceguera o a la opinión de sus contemporáneos, dejó trunco o altere ciertos aspectos arquitectónicos.

Si hunde inadvertidamente los pies en épocas que aspira a superar de modo definitivo, levanta la profética cabeza en la atmósfera de los tiempos modernos, cuyo ancho camino despeja de nieblas. Mientras haya hombres que reflexionen e investiguen, colocarán necesariamente en las bases de sus indagaciones, la duda metódica cartesiana. La sabiduría empieza por la duda, como el árbol por la raíz. Vale la pena observar cómo cuando la in-

UN PERRO QUE DICE PALABRAS INTELIGIBLES

Como resultado de una operación en que le alargaron la laringe, este bulldog llamado «Pat», de Frank Elliot, de Chicago, dice 14 palabras inteligibles, incluyendo «sí», «no», «comer», «fuera», etc.— (Foto Acme Editors Press)



ló la verdad sencillamente porque es la verdad, no porque la dijera dogmáticamente o dejara de decirlo éste o aquel personaje, vienen envueltos en el estrechamiento de lo eterno. Importa reemplazar el criterio de autoridad, del cual tanto se abusara, por el único criterio admisible. ¡Cuánto costó desarraigar dicho criterio! Su símbolo está dado por aquel astrónomo que rechazó la invitación de Galileo a contemplar con el telescopio la bóveda celeste. Temía que su amado Aristóteles se le viniera al suelo desde tan excelsas alturas. No reparo, por cierto, que él era el que iba a perecer inexorablemente, hecho mil pedacitos, en la tremenda caída; el estagirita, en cambio, se repondría ágilmente. Sólo quienes levantan construcciones perennes gozan del derecho de sobrevivir a sus errores.

El constante viajar no le suministra a Descartes el anhelado criterio de verdad, pero a él lo acerca, pues limpia su espíritu de prejuicios y supersticiones. Sería donosamente de alquimistas, astrólogos y magos en una época en que aun gozaban de predicamento. Mentalidades egregias, como las de Bacon y Kepler, no escapan a algunas de esas creencias. Descartes alude en una carta al horoscopo de un astrólogo que predijo la próxima muerte de dos jóvenes que le consultaron en mala hora. Uno falleció de aprensión; el otro, agrega, languidece tristemente. «Parece hacer todo lo posible porque la astrología no mienta. He aquí una bella ciencia; determina la muerte de personas que jamás habrían enfermado sin ella».

Descartes domina enteramente y por igual la filosofía y todas las ciencias de su siglo; encuentra que siendo uno el saber, no cabe oposición entre las mismas, con lo cual señala una de las más recuadadas orientaciones al pensamiento. Su difundida imagen del árbol expresa bellamente la unidad orgánica de los conocimientos: la filosofía es un árbol cuyas raíces constituyen la metafísica, el tronco, la física, y las ramas, la medicina, la mecánica y la ética. La medicina y la ética son osadamente colocadas, al mismo título que la mecánica, como brotes de la física. La ética, alejada del concepto tradicional, se convierte en «ciencia de las costumbres». «Último y supremo grado de la saliduría» presupone «el íntegro conocimiento de las otras disciplinas». Y escribe a su amigo, el embajador Chamut: «La física me ha servido grandemente para dar fundamentos ciertos a la moral». Descartes se aparta aquí de su idea del alma y echa en olvido distinciones que sirven de eje a la mayoría de sus elaboraciones doctrinarias. Insinúa una tendencia, destinada a tomar cuerpo; podríamos llamarla de «imperialismo mecánico»: todas las ciencias, incluso las del espíritu, se conforman al invasor modelo de la física. En el caso considerado asombra no ver omitida la ética, merecedora, al parecer, de otro tratamiento, en virtud de su situación excepcional en el cuadro del saber.

Descartes, además de comunicarle a la ética sello científico, la panea sobre una línea intelectualista que vuelve a traer a la memoria la figura de Sócrates. Desde cierto punto de vista, nuestro filósofo es un Sócrates más frío y escurridizo, de escasa efusión lírica, que armoniza su racionalismo con los principios seculares de la civilización cristiana. Mediante la concepción mecánica del universo, hoy ya superada, Descartes presta otro servicio eminentes a los tiempos modernos. Al articularla ingeniosamente con una metafísica espiritualista de alto vuelo, la torna más viable. El mundo debe estarle agradecido porque le hizo ganar un tiempo precioso. Nunca se ha fabricado algo más enormemente complicado «on elementos más simples: con materia y movimiento reconstruye al cosmos. Este grandioso y a la par sencillo mecamismo obedece a profundas razones matemáticas; la filosofía cartesiana geometriza el universo.

Si lo precedente fuera poco, capítulos enteros de las matemáticas, la física, la biología y la psicología se engalanan con los descubrimientos, anticipos e intuiciones de Descartes. En filosofía continúa siendo el primer abanderado de una de las posiciones clásicas que se disputan su predominio, llamada a conciliarse con su antagonista pero no a morir, porque muestra una fase eterna del espíritu humano.

J. M. BEGIUVIN.

# LADY JOCELYN POR MARY JOHNSTON



## CONCLUSION

surgió a bordo una disputa sangrienta. Estábamos a punto de destrozarnos cuando vuestros proyectiles atravesaron nuestro casco. Sólo contra todos los hombres de su tripulación, el capitán Percy se oponía a que se diera caza a un navío inglés. Esta es, señores, la verdad pura. Ese hombre a quien vais a juzgar es mi amigo mortal, pero no es pirata. Consignad mis palabras, señor secretario, sin omitir una. Quizás cometa una falta al rendir testimonio de lealtad al capitán Percy, ¡pero no importa! Ya encontraré medios de reducirle a él y a sus partidarios. Y, además, por la partida que pierdo en mi lucha contra él, voy a ser recompensado con creces. ¡Besar la mano a Lady Jocelyn Leigh...! ¡Qué recompensa...! ¡Ahora señora mía, reclamo el precio de mi declaración...»

Avanzó lentamente con el sombrero en la mano hasta el centro de la cámara. Jocelyn había cerrado los ojos y se apoyaba en el respaldo de una butaca. Lord Carnal se inclinó y cobró su recompensa. Mientras tanto, me sujetaban por los brazos y los hombros dos marineros. La precaución no era inútil. Si hubiera tenido libres mis fuerzas hubiera saltado sobre mi rival y le hubiera derribado a puñetazos. Por fortuna para mí, los marineros que me sujetaban eran mozos vigorosos.

Milord volvió a su sitio con la cabeza baja y dejó caer en una butaca el lado del gobernador, sujetado con ambas manos aquella frente cargada de crímenes. Sir Francisco Wyatt se levantó y despidió con un gesto a mis guardianes. —Hoy no habrá ejecuciones, señores —dijo sonriéndose y dirigiéndose a los jueces.

Después se volvió a mí diciendo: —Capitán Percy, aún no sabemos exactamente qué juicio formar de vos, pero desde luego, queda determinado un punto. Habéis sido tratado como pirata contra toda justicia. No merecéis los rigores que habéis sufrido. En nombre del gobierno de Su Majestad os presento mis más sinceras excusas. Olvidad el pasado, os lo ruego. Creo que el porvenir os será más favorable.

Le di las gracias con un movimiento de cabeza, pero mis ojos seguían fijos en Jocelyn. Sorprendiendo el gobernador la dirección de mis miradas, añadió: —No toleraré que habléis a Lord Carnal, pero nada se opone a que habléis con vuestra esposa.

Abri los brazos y Jocelyn cayó en ellos sollozando. Ni ella ni yo encontramos palabras con qué expresar nuestro reconocimiento y nuestra alegría.

La llevé de la mano al lado de Lady Wyatt. —Os recomiendo mi esposa, milady —dije sencillamente. —¡Oh! —repuso la dama—. Podéis contar conmigo, capitán Percy. Velaré por

ella como por una hermana... ¡Y yo que quería impedirlos hablar con ella! Lady Wyatt rodeó con un brazo la cintura de Jocelyn, y ambas se retiraron. Todos los jueces, a excepción de Lord Carnal, se pusieron de pie y se inclinaron respetuosamente. Al desaparecer Jocelyn, mis ojos se dirigieron al veredicto de la jornada. El favorito del rey permanecía en su sitio insensible en apariencia a todo el ceno que acababa de caer sobre él. Con calculada lentitud se levantó, pasó la mirada entorno suyo y llegó a la puerta. El gobernador esperó a que hubiese salido Lord Carnal, y entonces se volvió hacia mí.

—Deploro no poder dejar incumplidas las órdenes dadas por el rey, mal informado respecto de vos... Todo lo que puedo hacer por vos y por vuestro compañero Jeremías Sparrow, es suavizar en lo posible vuestra cautividad... Y añadió, estrechándome la mano.

—Franquitos, capitán Percy, vuestro asunto es menos malo de lo que pareciera. ¡Tened confianza! El sol de la justicia no brilla nunca con tanta pureza como al salir de las nubes que le han ocultado momentáneamente.

### CUARTA PARTE CAPITULO PRIMERO

En el que vuelvo a encontrar a mi rival

Una cárcel es siempre una cárcel. Sin embargo, prefería la celda vasta y airyada en que se me sequestró a mi llegada a Jamestown, a la mazmorra húmeda y apesadada del «Jorge».

Aquella alegre mañana de primavera, cansado ya de jugar a los dados conmigo mismo y de leer y releer los libros que me había enviado mi amigo Rolfe, para que me distrajerse, me puse a mirar por la ventana. El espectáculo que se ofrecía en el primer término era bastante desagradable. Las pequeñas ventanas de mi celda daban al lugar donde se alzaba la picota. Yo no he pecado jamás de exceso de sensibilidad, pero al ver a aquellos infelices expuestos en el cadalso de infamia me entristecía. Por fortuna, más allá de la picota podía abarcar, con la vista, el camino que conducía a la población y tuve el gusto de ver pasar algunas figuras amigas. Por lo demás, mis protectores no me abandonaban y seguían tranquilizándome en lo relativo a la solución del proceso. Un navío recién llegado de Londres había traído un verdadero noticia. Decían que aprovechando la ausencia de su rival, Buckingham había maniobrado e intrigado con tal maña, que había vuelto a ser poderoso en la corte. Sus enemigos — más irreconciliables habían hecho las paces con él, olvidándose por completo de Lord Carnal y renunciando a conservar un jefe que desatendía la política para correr aventu-

ras en el Nuevo Mundo. Si Lord Carnal vivía a Inglaterra le costaría gran trabajo recobrar partidarios y reconstituir su partido.

Como es natural, esta noticia me había llenado de alegría y esperanza, y me alegraba más por Jocelyn que por mí. La exquisita temperatura y el alegre sol de aquella mañana de marzo contribuían a animarme y a hacerme entrever el fin de nuestras miserias. Soñaba con la felicidad que me esperaba; —¿podrá decir que «nos» esperaba— en Weyanoke?

Un individuo que pasó por la carretera me volvió a la realidad. Era Eduardo Sharpless con su aire taciturno de siempre. Detúvose ante mi ventana y se quedó mirando. Sharpless no se había distinguido nunca por la elegancia de su vestido, pero aquel día llevaba peor traje que nunca. El jubón estaba todo roto y las botas las llevaba llenas de barro. Parecía que Sharpless venía de recorrer veinte leguas entre zarzas.

—¿Qué habrá ido a hacer en el bosque? —murmuré. Mientras buscaba respuesta a esta pregunta sonó la cerradura de la celda y entró un carcelero seguido de Dicon, el cual venía cargado de cosas de comer.

—Aquí tenéis —dijo mi fiel servidor —una empanada de venado regalada por sir Francisco Wyatt, un ave regalada por lord Clayborne y un mazapán donado por Madame West... El señor Sparrow ha probado el mazapán y dice que es excelente... Ya veis, mi capitán, que no se os olvida en Jamestown. El carcelero dejó que mi criado pusiera los manjares en la única mesa de la celda y cuando se hubo retirado Dicon, me anunció una visita.

—Un mensajero de Mr. Rolfe —dijo. Inmediatamente entró en la celda el sobrino del emperador, del jefe indio Nantauquas, que como se recordará, me había testimoniado siempre una viva simpatía.

—Mi amigo, Mr. Rolfe —dijo el indio —que también es amigo de mi hermano blanco, se presentará aquí antes de ponerse el sol. Mr. Rolfe desea encontrar completamente solo a mi hermano blanco y espera que le recibirá en seguida. —Apenas recibí visitas en mi cárcel —repuse sonriendo —. Mr. Rolfe será bien recibido y no tendrá que hacer antepasala. Nantauquas se inclinó y después, siempre grave y solemne añadió: —He pasado el día en el bosque y he atravesado el territorio de los Paspapeghs. De paso he recogido observaciones curiosas que deseo comunicar a mi hermano blanco, porque quizás le sea de provecho. Así pues, sepa mi hermano blanco que cierta copa de oro cincelada y enriquecida con piedras preciosas se encuentra actualmente en manos de los guerreros Paspapeghs...

Comprendí en seguida la importancia de esta indicación. La copa que mencionaba Nantauquas pertenecía a Lord Carnal. La hacía figurar con ostentación en su mesa y había despedido gran papel el día fatal en que se había bebido en el muelle por mi confusión y mi muerte.

Estreché silenciosamente la mano a Nantauquas.

—Comprendo —declaré—. No me sorprende esa alianza. Me quedé sumido en reflexiones. Por muchos preparativos que mis adversarios hicieran para la lucha sin cuartel, que mis enemigos habían entablado contra mí y por inquietante que fuese la noticia de Nantauquas, no perdí las esperanzas, entreviendo el día de mi rehabilitación y de mi libertad. ¿No me había causado inmensa alegría un hecho reciente? ¿No me había dado Jocelyn a bordo del «Jorge» con su intervención a mi favor; una prueba irrecusable de sus sentimientos hacia mí? En las tinieblas de mis desdichas recientes, ¿no figura como un punto luminoso, como un oasis en mi desierto, la escena desarrollada en la cámara principal del navío? ¡Yo amaba a Jocelyn! ¡Pero también me amaba ella! Tenía una prueba concluyente.

Al caer la tarde el ruido en la galería de mi cárcel, y al oír la voz de Mr. Rolfe me levanté. Abrióse silenciosamente la puerta de mi celda y asomó el rostro de mi amigo.

—Os traigo una visita —digo y se apartó para dejar pasar una mujer muy envuelta en una larga capa, cuya capucha le caía por los ojos.

—¿Me conocéis? —preguntó una voz de angelical dulzura. —¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo! ¡Sois la princesa de mi cuento de hadas!

Con mano febril, Jocelyn desató los nudos de las cintas que sujetaban la capucha y se me presentó con todo el esplendor de su radiante belleza. Sorprendido y arrebatado la acerqué una silla y la obligué, dulcemente, a sentarse. —¡Gracias! — suspiró. ¡Qué ganas tenía de sentarme...! ¡Si supieras qué cansada estoy...! ¡Qué cansada...! ¡Sufrí tanto mi corazón...! ¡Ay, capitán Percy, no podéis figuraros cuántos sufrí



mi corazón... ¡Paso la noche horando!  
 —Lanzó un profundo suspiro. De pronto añadió sonriendo:  
 —Creo que estoy de visita en casa de la esposa del gobernador. Pero me he escapado cogiendo esta capa de Lady Wyatt.  
 —¡Gracias, Jocelyn!  
 Me había abandonado sus manos frías y pálidas y las cubrí de besos.  
 —Jocelyn — pregunté al fin alzando los ojos hacia ella— ¿cuándo habéis empezado a amarme? ¿Fué en Jamestown? ¿Empezó el día de nuestro naufragio o en el instante en que trazásteis mi nombre en la arena de aquella isla de oro y azul...?  
 —Fingió no haber oído mi pregunta.  
 —A propósito—dijo bruscamente—, el «Jorge» va hacerse a la vela dentro de poco con rumbo a Londres. Según las órdenes del rey, debo embarcar y vos también, al parecer. Seréis juzgado y juzgado y rehabilitado — en cuanto lleguéis a Inglaterra.  
 —Jocelyn—interrumpí con voz suplicante—, Jocelyn de mi vida, aún no os he besado más que una vez.  
 Sus sonrosadas mejillas se torcieron purpura.  
 —Tenéis un carácter muy obstinado, amigo mío— y añadió después de una pausa—: Pero no tengo fuerza para resistiros.  
 Sin escuchar más posé mis labios sobre su frente, más pura que el mármol.  
 Corría una brisa ligera y perfumada, el sol lucía y los pájaros insensibles a la tristeza de las cosas, revoloteaban en las ramas de los árboles que rodeaban la cárcel, llenando el ambiente de dulces armonías. Jocelyn y yo nos sentíamos demasiado felices para hablar. Me arrodí a su lado, puse sus manos entre las mías y así permanecimos largo tiempo, cambiando de vez en cuando alguna palabra.  
 —Es preciso separarnos — exclamé de repente levantándose bruscamente—: ¡Fobre de mí si lady Wyatt ha descubierta mi fuga!  
 Mi brazo abandonó la flexible cintura de mi esposa y me hallé de pie al mismo tiempo que ella. Entonces observé que sus bellos ojos estaban llenos de lágrimas.  
 —¡Adiós, amigo mío!—dijo. ¡Quizás no volvamos a vernos más!  
 —No habléis así, Jocelyn — repuse con vehemencia—. Volveremos a vernos para no separarnos jamás. Pasó el invierno y ha llegado la primavera. Ved como brilla el sol. (No sé el canto de esperanza de los pajarillos? No puedo creer que nuestra primavera no tenga verano.  
 Se quitó una flor del pecho y la puso encima de la mesa.  
 —Se ha abierto bajo el sol de Jamestown— dijo Jocelyn—, es la primera flor de la primavera... Os he proporcionado muchos sinsabores, os he creado muchos adversarios, amigos míos... Hasta ahora sólo os he hecho tristes presentes... ¿Queréis aceptar hoy esta florecilla de primavera... con mi corazón entero?  
 Besó la florecilla y después la frente de la mujer que acababa de expresarse con tan tierno lenguaje.  
 —Soy infinitamente rico — declaró. Cuando se hubo retirado Jocelyn me puse a hojear, maquinalmente, un libro pero mi imaginación era incapaz de seguir la lectura y concluí por cerrar con impaciencia, el libro apenas abierto.  
 El día se apagó poco a poco, y vino la noche a sorprenderme en mis ensueños. Entró el carcelero con la cena y la luz. Aquella noche se estructuró más de lo corriente. Echó leña a la chimenea y llenó de agua fresca el cántaro, todo con una lentitud no acostumbrada en él. Comprendí que deseaba hablarme en secreto y despedí a Diccon. El carcelero me mostró entonces dos monedas de oro que tenía en la mano derecha, mientras que con la izquierda me enseñaba un papel. Comprendí aquella mimica elocuente y puse en seguida sobre la mesa otras dos monedas de oro. El carcelero me entregó el papel, el cual contenía estas líneas, trazadas apresuradamente por una mano femenina:  
 «¡Si me amáis, acudid pronto! Venid a buscarme a la choza desierta de la linde del bosque en el ángulo extremo de la bahía de Jamestown. Si me amáis, si seguís siendo mi fiel caballero, acudid... ¡Vuestra esposa está en peligro de muerte!»  
 Pasó una nube por mis ojos.  
 —¿Quién ha traído este mensaje?— pregunté al guardián.  
 —Un lacayo del gobernador. No lo conozco personalmente.  
 Miré fijamente a mi interlocutor. No pestañeó. Yo no tenía ninguna confianza con él y le creía perfectamente capaz de haberse dejado sobornar por mis enemigos, los cuales me tenderían quizá un nuevo lazo. ¿Cómo saber la verdad? Era imposible. Yo no conocía la letra de Jocelyn. No había visto nada escrito por



ella, más que mi nombre trazado en la arena. Pero el tiempo apremiaba. Había que tomar en seguida una resolución. Apenas titubeé. El mensaje podría ser efectivamente de Jocelyn. Era posible que se hallase en situación peligrosa y desesperada. Mi deber estaba claro. Debía afrontar todos los riesgos, volando en su socorro a toda costa.  
 Puse otra moneda de oro en la mesa.  
 —Por salir de mi celda sin que se me moleste—declaré.  
 Los ojos del carcelero brillaron de codicia. Puse otra moneda de oro junto a la primera.  
 —Por salir de la cárcel sin que se de la voz de alarma.  
 —El comandante mandará que me claven a la piqueta por las orejas—objetó el guardián.  
 —No hay ganancia sin riesgo—respondí.— ¡Vamos!  
 El carcelero se decidió a coger su linterna refunfuñando. En dos palabras comuniqué a Diccon lo que ocurría y ambos seguimos al carcelero por una interminable serie de pasillos y escaleras. Cinco minutos después nos hallábamos en la celda de la pantera, y el carcelero infiel cerraba silenciosamente la puerta de la prisión.  
 La última casa ante la cual teníamos

que pasar antes de salir del recinto de la población era la de Juan Rolfe, donde se hospedaba Nantauquas cuando venía a Jamestown. Al pronto pensé despertar al joven jefe indio y rogarle que nos acompañase en nuestra expedición, pero luego calculé que tal vez hubiera sido el mismo Nantauquas quien había dado el papel al carcelero, y entrando a aquella hora en casa de Juan Rolfe me arriesgaba a no encontrar más que a los criados y que corriese la noticia de mi fuga. De todas suertes iba a perder un tiempo precioso y decidí seguir mi camino a toda prisa.  
 Con rápido paso nos dirigimos a la selva, cuya negra espesura aumentaba a ojos vistos. De repente, se detuvo Diccon.  
 —Oigo ruido detrás de nosotros— dijo—, muy cerca de nosotros...  
 La luz de las estrellas iluminaba la senda que seguíamos con una claridad incierta. Hicimos alto y miramos a todos lados. Diccon, cuya vista era tan penetrante, como sutil su oído, me señaló dos puntos brillantes en las tinieblas.  
 —¡Una pantera!—exclamó—. Es la pantera domesticada de Nantauquas. La conozco...  
 Seguimos nuestro camino sin preocuparnos más de esta compañera inesperada y no tardamos en llegar a la linde del bosque y a la puerta de la cabaña donde debía hallarse Jocelyn.  
 Reinaba un silencio poco tranquilizador en aquellos lugares. Parecía que la choza estaba cerrada y abandonada, pero al aproximarnos, vimos que salía luz por los intersticios de las ventanas. Seguido de Diccon, cuya desconfianza era mayor que la mía, empujé violentamente la puerta.  
 En el aposento en que entré no lucía más que una antorcha, y a su incierta luz, mis ojos, habituados a las tinieblas descubrieron, poco a poco, una sola persona humana: una mujer envuelta en una larga capa y tendida en un banco ante el hogar. La gracia exquisita de aquella actitud de abandono, el rumor de sollozos ahogados y el movimiento de la cabeza me dieron a conocer quién era.  
 —¡Jocelyn!—exclamé—. ¿Cómo os encuentro?  
 Aún no había acabado mi frase, cuando me hizo estremecer una risa siniestra. La persona humana que yo había tomado por la pupila del rey, se alzó de pronto, se desprendió de la capa... y me encontré con Nicolo, el maldito testafiero de mi execrable rival.  
 Me quedé petrificado. Un frío invadió mis venas, penetrando hasta mi corazón. Si el médico italiano, aprovechándose de mi sorpresa me hubiese hundido un puñal en el pecho, no habría tenido fuerzas para defenderme en aquel momento.  
 Un grito de alarma lanzado por Diccon me sacó de mi estupor. El instinto de conservación recobró de pronto sus derechos, y al volver en mí me encontré con lord Carnal. Sus miradas revelaban la triunfante insolencia y el odio implacable. Acercábase a mí con la espada desenvainada. Diccon se apoderó rápidamente, de una barra de hierro que había en un rincón y yo cogí ante el doctor Nicolo, la antorcha medio consumida que alumbraba la lúgubre escena.  
 —Os habéis equivocado, capitán Percy —dijo con lentitud lord Carnal—. No se trata de un duelo, sino de una trampa. Esta vez juego sobre seguro.  
 —Dió una palmada y penetró en la sala una horda de indios Paspahéghs. Entonces comprendí la misión que había ido a desempeñar Eduardo Sharpless en el bosque y la naturaleza del servicio que los pieles rojas se disponían a prestar a lord Carnal en cambio de la copa cincelada que les había enviado.  
 —Mis criados —declaró el favorito del rey con sonrisa cruel— han sido llamados a Londres y han salido para Londres en el «Santa Teresa», pero no soy tan pobre que no pueda proporcionarme otros. Realmente, Nicolo podía haberlos clavados un puñal en el pecho mientras gemías a sus pies, hace un momento; pero he oído decir que los pieles rojas conocen medios infinitamente más ingeniosos que los nuestros para desembarazarse de un personaje molesto. Os confío a sus buenos cuidados.  
 Aún no había acabado su discurso lord Carnal, cuando me abalancé a él, lleno de rabia. Sin darle tiempo a usar su espada, le cogí por los brazos y traté de derribarle. En torno nuestro se oponían aullando Nicolo y los indios. De buena gana me hubiesen traspasado de un lanzazo, pero temían herir a lord Carnal, porque nuestros cuerpos se hallaban estrechamente unidos. Detrás de mí oía luchar a Diccon, energicamente con un grupo de indios Paspahéghs. Oía silbar su barra de hierro y llegaba a mis oídos los sollozos de sus víctimas, mientras que la pantera domesticada de Nantauquas, algo asustada por el ruido se refugiaba en un rincón donde sus ojos inquietos brillaban en la sombra.  
 Redobladas mis fuerzas por la furia,

acorralé a mi adversario en un rincón precisamente en el rincón donde estaba la pantera. El favorito pisó una pata a la fiereza, la cual se alejó gruñendo sordamente. Lord Carnal se tambaleó y no tardó en caer al suelo. Ya me disponía a atravesarle el cuello con el puñal que llevaba en el cinto, cuando me lo impidió una mano de hierro. En un momento me vi con los brazos atados al cuerpo. Había sido vencido en el momento que me creía vencedor.  
 De pronto, retumbó un grito a mis espaldas.  
 —¡La pantera!— gritó Diccon ¡Cuidado, capitán!  
 Me volví. La fiereza, asustada por la luz y el olor de la sangre, irritada por el pisotear de lord Carnal, se encogía disponiéndose a saltar. Sus ojos sombríos lanzaban miradas terribles. Yo me encontraba en su camino, pero no era a mí a quien había elegido por víctima la pantera de Nantauquas. Quería otear al que la había pisado, y pasando ante mis ojos como una flecha cayó con todo su peso sobre lord Carnal. El hombre y la fiereza rodaron por el suelo. Lanzando un grito más espantoso que el rugido de la fiereza, Nicolo acudió en socorro de su amo y hundió el cuchillo en el cuerpo de la pantera.  
 Todos los presentes se agruparon en torno de la ilustre víctima. El ex favorito del rey yacía, sin conocimiento, en un charco de sangre. El lamentable espectáculo de su rostro, momentos antes de triunfal belleza y destrozado ahora para siempre por las garras de la fiereza. Tenía una oreja medio arrancada, y de su nariz, de aquella nariz aguilena, de curva imperiosa, no quedaba más que una llaga sangrienta. Sin embargo, lord Carnal vivía... Vivía y yo iba a morir. ¡Pero no me importaba! No hubiera cambiado mi suerte por la suya, y mientras que los indios Paspahéghs nos apreciaban más las ligaduras a Diccon y a mí, pensaba que la Providencia había tratado a mi adversario con más crueldad que a mí. Yo le habría matado sin reparo, pero jamás le hubiera dejado desfigurado.  
 CAPITULO II  
 .En el que el gato juega con el ratón..  
 La aurora nos halló a Diccon y a mí caminando en compañía de un numeroso grupo de pieles rojas que nos vigilaba estrechamente. Por algunas palabras que pronunciaron comprendí que nos llevaban a Uttamussac, la Villa Santa, construida sobre tres colinas rojas, la necrópolis de sus reyes más ilustres, la corte del emperador Opechancanough a quien había tenido que ver, como se recordará, con motivo de la misión que me había sido encargado al principio de nuestras desdichas. Para llegar hasta allí serían precisos dos días de marcha, por lo menos. Por consecuencia nos quedaban cuarenta y ocho horas para prepararnos para morir.  
 La marcha fué larga y penosa. Al mediodía hicimos un breve alto. Los indios encendieron una hoguera frotando rápidamente dos trozos de madera, y asaron a toda prisa un cuarto de oso. Diccon y yo participamos del festín. Después a ponernos en marcha, sin perder tiempo. Al anochecer se puso a mi lado el jefe de los Pieles Rojas temiendo, sin duda, que intentase huir. Como no tenía ganas de tranquilizarlo respecto de mis intenciones, fingí no notar su presencia. Realmente, apenas le veía con la obscuridad y no me molestaba. Sólo una imagen me acompañaba a través de la selva: ¡la imagen de Jocelyn!  
 Por la noche, a una señal del jefe se detuvo la tropa de indios. Encendiéndose una gran hoguera, se hizo una frugal comida y todos se echaron a dormir en el suelo pelado. Diccon estaba en un extremo del campamento y yo en otro. De la vigilancia se encargaban tres centinelas.  
 Los indios se despertaron al amanecer, se levantaron a escape y en menos que se tarda en decirlo, ocupó su puesto cada cual y reanudamos, en silencio, la marcha.  
 Al mediodía encontramos un indio de la tribu de los Pamunkweys, los cuales se hallaban entonces en paz con los Paspahéghs y fuimos invitados a comer en su pueblo. Hubo juegos y cánticos en honor de los Paspahéghs y después de fumar la pipa de la paz, tomamos nuevamente el camino de Uttamussac, adonde nuestros guías querían llegar aquel mismo día. La etapa fué larga y fatigosa. Tuvimos que recorrer muchas leguas por un terreno cenagoso y resbaladizo y fué preciso atravesar a nado un río. Ya de noche cerrada, al salir de un pinar vimos un pueblo muy grande compuesto de altas y grandes chozas. Era Uttamussac. En el centro del pueblo se alzaba una cabaña de dimensiones más considerables aún que las otras. Allí se alojaba el emperador, pero en aquellos momentos la vivienda estaba vacía, porque Opechancanough se

apuradas todas las enseñanzas que brillara. En ocasiones trata temas que parecen retomados de días próximos a los que corren; por ejemplo, los desarrollados en su postrera obra. «Las pasiones del alma».  
 Fluye la primera lección del ahínco con que el joven Descartes se busca a sí mismo; deseo de hallarse, viajar. Sigue

la carrera de las armas, hasta caer en la cuenta de que no nació para ella. Y en la crisis mística que sobreviene el más memorable de sus días — 10 de noviembre de 1619 —, el muchacho de 23 años descubre, jubiloso, su verdadera vocación: reformar la filosofía, abrir nuevos senderos al pensamiento, dotar a los investi-

gadores de reglas de oro en materia de métodos.  
 Por fortuna, se encuentra a temprana edad; ya no se abandonará por los caminos de Europa. Los recorrerá a menudo: el filósofo gana en finura y perspicacia contemplando de cerca la comedia humana, que no debe estar ausente de sus interpretaciones, pero lejos de huir de sí, según acontece con tanto viajero aburrido, será su primer y más consecuente compañero. Se resguarda y autovigila como quien administra un tesoro que no le pertenece; pertenece a la humanidad.  
 Desea meditar en una atmósfera libre, pues la filosofía se asfixia en los ambientes confinados. Por eso se refugia durante dos decenios, en Holanda; con todo, allí padecerá insospechados sinsabores. Sin ser hosco y menos misántropo, sino muy gentil y muy humano, ama fervorosamente la soledad. La ama porque sólo en ella se encuentra plenamente consigo mismo y la ama, a no dudar-

aeroplano? Pues el aeroplano como arma de guerra es un instrumento que obliga al hombre a retrotraerse a la caverna... Los toreros españoles andan en la actualidad en su mayor parte «corriendo la suerte» y dando «el salto de la garrocha» en Plaza en Plaza por las Repúblicas hispano americanas en las que desde antiguo se autorizó el espectáculo taurino, y en no pocas de las cuales el entusiasmo por el «arte» supera al que se experimentaba en la propia Península.  
 Suponemos que España no esté al presente para una fiesta donde el principal elemento lo constituyen la satisfacción y la alegría del pueblo; el bienestar general y, sobre todo, la abundancia de dinero para pagar «cara» la entrada al espectáculo. No es la de toros una fiesta de «tres al cuarto». Si se quiere una cuadrilla con toreros de primera clase, «de cartel» y toros de las ganaderías acreditadas que den juego, hay que pagarlos con creces; y pagará el público de la Habana tres y cuatro pesos por una entrada de sombra, después del cine a cuarenta centavos toda la noche? Nos parece de difícil contestación la pregunta, pero nos parece que a ese precio, ni «corridas de chivos». Los empresarios que nos trajeron a Mazzantini, el Guerrita y el Minuto, etc. sugirieron los «grandes revolcones» y no pocos de ellos dejaron la piel «en las astas del toro».  
 Discútese acaloradamente si en Cuba debían o no las Cámaras haber autorizado las corridas de toros, y a ese respecto, y recordando nuestra antigua época de revistero taurinómico en el citado periódico «El Puntillero» de Paco de Oro, se nos ha ocurrido el siguiente romancillo con el que vamos a poner término a esta Vieja Postal Descolorida sobre la extinta Plaza de Toros de la Calzada de la Infanta.  
 UN PURITANO  
 I  
 En cierto lugar en donde hablábase en tono vario de «toros» o no permito al pintoresco espectáculo de las corridas de toros atacadas por un lado y por otro defendidas desde que las inventaron, un puritano gritaba por la cultura velando:  
 —Soy contrario a esas corridas; me opongo a ese descaño; y si al fin dan el permiso, me van a oír esos bárbaros; porque gritaré oír todas las fuerzas que Dios me ha dado; y los llamaré energúmenos; zopencos y reaccionarios. ¡No digo si van a darme! ¡Para entonces los emplazo!  
 II  
 Y efectivamente; el día que con no visto entusiasmo y ante numeroso público se inauguró el espectáculo, al salir el primer toro que hizo en la arena un desguazo de caballos y toreros y no dejó ni uno sano, en un tendido de sol vieron todos con espanto, que el Puritano gritaba...  
 —¡Más caballos! ¡Más caballos!  
 III  
 De Puritanos, la ópera de Bellini, en todo caso.

UNCA se agota la explotación de las vidas profundas. Ofrecen lecciones renovadas de generación en generación siempre actuales y, en parte, nuevas. Tal lo que ocurre con Descartes. Después de 300 años no han sido

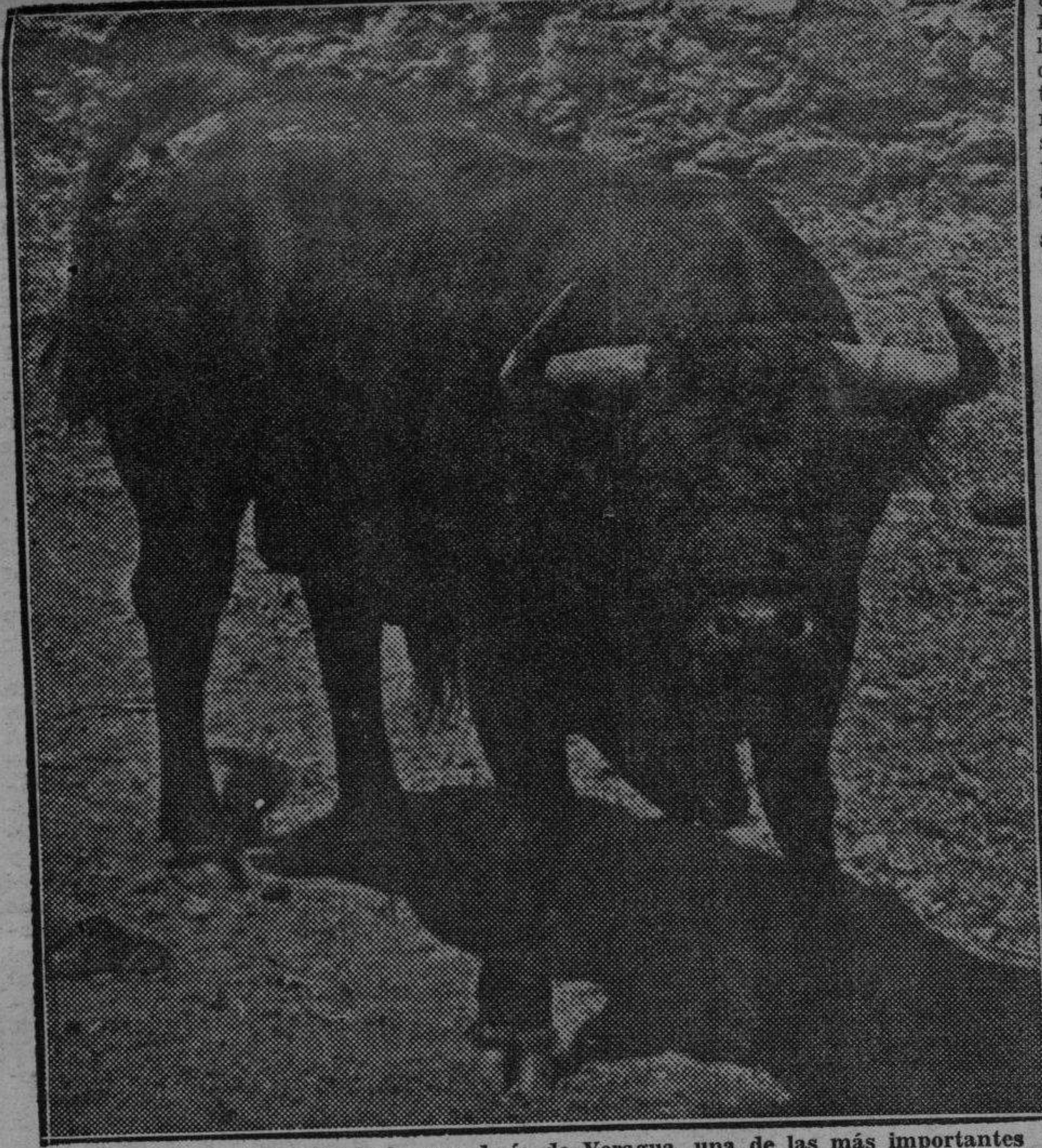
apuradas todas las enseñanzas que brillara. En ocasiones trata temas que parecen retomados de días próximos a los que corren; por ejemplo, los desarrollados en su postrera obra. «Las pasiones del alma».  
 Fluye la primera lección del ahínco con que el joven Descartes se busca a sí mismo; deseo de hallarse, viajar. Sigue

la carrera de las armas, hasta caer en la cuenta de que no nació para ella. Y en la crisis mística que sobreviene el más memorable de sus días — 10 de noviembre de 1619 —, el muchacho de 23 años descubre, jubiloso, su verdadera vocación: reformar la filosofía, abrir nuevos senderos al pensamiento, dotar a los investi-

tro Alhambra, allá por el año 96, y ya puede el lector juzgar de ella cuando se entere de que entre los lidiadores de pega figuraba el gracioso actor cómico «Pirolo», como primera espada, y de que uno de los banderilleros era nada menos que el hoy inspirado maestro Jorge Ankerman entonces en la efervescencia de sus veinte años y ya un distinguido profesor que tocaba el bajo en la orquesta. No recordamos si el autor de «Tumba la Caña», y la criolla «Yumuri» llegó a poner algún par de banderillas. De Pirolo sí recordamos que se subió a morceajadas sobre la barrera y que pedía a gritos que le pusieran el toro delante amarrado con una cuerda, para matarlo.  
 Nuestro padre nos contaba que allá por los años 1860, 61... cuando él contaba diez o doce, una mañana se escaparon de la Plaza de toros del barrio de Pueblo Nuevo, en Matanzas, varios toros feroces que tenían encliquerados para la corrida del domingo, armandose como es consiguiente en la población el corre-corre número uno. Repiques de campanas, pitazos de auxilio, toques de cornetas y espeluznantes mugidos de los toros, que corrían por las calles y arrollaban a cuantos se encontraban al paso. Unos se encaramaban en las ventanas, otros huían despavoridos y algunos emulando a Pepe-Hillo, a Montes, o al Curro Cúchares, que era el torero del día, remedaban con sábanas y bastones los avíos de matar, y se enfrentaban con los toros más «asquinosos» teniendo, al fin, que soltar los «tra-

presentaciones y otras salas. Lucían las esquinas más céntricas carteles anunciadores de la temporada, que eran verdaderas obras artísticas, firmados por los más acreditados pintores del género. La cabeza del toro que cogió a Guerrita se exhibía disecada en la sala del Cosmopolita. Se respiraba una atmósfera de insoponible flamenquismo. A Mazzantini le hacían mucha gracia los negritos toreros—había que verlo—con su chaquetilla corta, sus pantalones ajustados y su andar flamenco; sobre todo los limpiabotas ambulantes, de cajoncillos, que eran de los que había más; pues ni los salones ni los sillones se habían aun prodigado.  
 Un negro puntillero que se llamaba Bembeta, era el mejor amigo de Mazzantini en la Plaza. ¿Bembeta? ¿quién no lo recuerda? ¡Qué habrá sido de Bembeta! Dicen que hasta hace poco se le veía par los corrales del Matadero y algunos puestos del Mercado Unico. Si se llegan a restablecer aquí como se dice, las corridas de toros, y si para entonces vive aún Bembeta, sería oportuno hacerle figurar en la primera corrida, como el símbolo de una fiesta de la que él fué figura popularísima.  
 Alegan muchos que las corridas de toros redundan en perjuicio de la cultura de un país. En los momentos actuales de lucha, discusiones y confusionismos, nada es viejo, ni nuevo, ni culto, ni inculto. Hay que tomarlo todo a beneficio de inventario. ¿Se quiere nada más del día y dentro del progreso moderno que el





Un magnífico ejemplar de la ganadería de Veragua, una de las más importantes de España.

como segundo espada, al hijo de Curro Cúchares, Francisco Arjona Reyes, al que le llamaban «Currito», el que, según los que conocieron a su padre en los ruedos de la Península, tenía muchas cosas de éste; sobre todo, la valentía. Pero la gloria del Guerrita era tan grande que oscurcía a la de todos los compañeros de su tiempo. Muchos años después, sin embargo, ya retirado y viendo una tarde torear el Guerrita en la Plaza de Madrid al gran Belmonte, y asombrado de las enormidades que hacía éste con el toro, le decía a Luis Mazzantini, que estaba a su lado: —Oye, Luis; eso no lo hemos hecho ni tú, ni yo, ni ninguno de nuestro tiempo. Fuimos unos Don Nadie del toro. Sic Transit... Del Guerrita se cuentan mil anécdotas, ciertas o inventadas; entre ellas la de que preparando para la muerte un toro en la Plaza de Madrid, el gran primer actor Antonio Vico que lo contemplaba, cansado de tantas dilaciones, acabó por decirle: —Pero por Dios, Rafael, tírate ya... A lo que el Guerra le contestó: —Don Antonio, en el teatro se muere de tentorillas; pero aquí se las guilla uno de veras. Después de una carrera de gloria y de fortuna, el Guerrita se retiró a su cortijo de Córdoba. «El cortijo del Guerra» dice «Don Pío», famoso revistero de toros cuyo nombre literario, Alejandro Pérez Lugin, nimbó la gloria al escribir la últi-

ma página de su inmortal novela «La Casa de la Troya»—se alza sobre un cerro, atalaya de un hermoso paisaje, alegría de los ojos que no se cansan de ir, enamorados, del valle blanco a la quebrada sierra, cubierta de olivos y de encinas. La casa de ladrillo rojo, de dos pisos, grande, sin pretensiones, revela sólido bienestar y comodidad. Algunas maquetas en los balcones y, sobre la puerta principal, a manera de escudo de armas, una lámpara de mármol blanco con esta inscripción: CUEVAS BAJAS QUINTA DE SAN RAFAEL Y NUESTRA SRA. DE LOS DOLORES. Se edificó en el año de 1892 por el propietario D. Rafael Guerra Bejarano, Guerrita, matador de toros. Luis Mazzantini no fué tan afortunado en lo económico, como su compañero Guerrita. Impuso la mayor parte de los dividendos que ganó lidiando toros en comerciales empresas industriales y comerciales que quebraron todas unas detrás de otras. Fué Concejal del Ayuntamiento de Madrid, y tuvo una vez bastante triste y precaria. En la Plaza de Infanta se llevaron a efecto muchas corridas y encerronas de beneficencia organizadas por las sociedades regionales, alcanzando el más grande de los éxitos la celebrada por el Benemérito Cuerpo de Bomberos del Comercio a beneficio de sus fondos. Aprovechando el furor taurómico que prendió en el público con motivo de las

visitas de Mazzantini, el Guerra y otros toreros de fama, el animoso empresario Eusebio Azcue, que estaba siempre a la altura de espectáculos de esa o parecida índole—aun no había fabricado su teatrico Actualidades—se puso en comunicación con una agencia de la Península y anunció a bombo y platillos «la última novedad del toro», abriendo un abono de ocho corridas con unas Señoritas Toreras que, según los programas, se «las hablan» con los mejores maestros del arte. Excusado decir que se cubrió el abono en demasía y que el día del debut no cabía la gente en la Plaza. En la primera función, la corrida la dieron las Señoritas Toreras, que salieron huyendo de estampía de la Plaza, y estudiando a pique de perder la vida en las «castas» del público, hecho un Miura, al ver el engañar la parte le tocó al propio Eusebio Azcue, pues la famosa agencia le había tomado el pelo, y el dinero de los adra que se llevara a cabo el negocio. Después, las espadas y las banderillas se dedicaron todas a picadoras, y pasaron las de Cain las intenciones, hasta que pudieron retrotraerse a sus patrios lares. Varios aficionados y algunos toreros de segunda mano que se encontraban de paso para Méjico y otras Repúblicas de Centro América, organizaron una encerrona en la citada Plaza; y con su producto se pudo reembarcar a las fracasadas torerillas. Bien dice el refrán que un clavo saca otro clavo. En esta encerrona trabajaron, ya con más calma y libres del primer arrechuco, varias niñas toreras que con algunas buenas suertes se hicieron aplaudir del público que llenaba la Plaza. Recordamos a Dolores Pretel, Rosa y Encarnación Simó, Francisca Vargas y Angela y Blanca Pages, las que volvieron por su buen nombre torero. Reconsideraron el veto del público, como si dijéramos. Muchos años después de haberse suspendido las corridas por disposición del Gobierno Republicano, allá por el 1920, estubo aquí en la Habana, de paso para Méjico, el joven y ya famoso torero José Gómez, Joselito, y las gentes se desvivieron por verlo en las calles, en los teatros y en las visitas que hizo a varias tiendas elegantes de la calle de San Rafael. Era en verdad un mozo de trato agradable y arrogante presencia. Cuando a su vuelta a España murió trágicamente en la Plaza de Talavera de la Reina, el suceso produjo honda consternación en cuantos aquí lo habían tratado. Un grupo de entusiastas aficionados en el que figuraban personas muy estimadas y conocidas en esta ciudad en el comercio, la industria y la empleomanía, daba los domingos en un pequeño ruedo construido ad-hoc en la finca Los Zapotes, en Luyanó, una «imitación de corridas» con becerros escogidos para el caso. Pero a lo mejor se aparecía la célebre Miss Ryder-Jeanette, de la Protectora de animales, para aguarles la fiesta, y cargaba con los concurrentes, llevando ella misma los «pobrecitos becerros» por el cabestro, camino de la Estación de Policía. En tanto vivió Miss Ryder, fracasaron todos los intentos para autorizarse las corridas de toros. Es seguro que de vivir ella en la actualidad hubiera pasado lo mismo; si bien es cierto que de entonces a la fecha todo ha sufrido grandes transformaciones y se han volado, autorizado y llevado a efecto muchas cosas peores que las corridas de toros. Miss Ryder hubiera sido vencida esta vez por la fuerza de las circunstancias.

También estubo aquí en la Habana varias veces, de paso, el hermano mayor de Joselito, Rafael Gómez, el Gallito, y la que fué después su esposa, la célebre cuquetista y bailarina Pastora Imperio, que debutó como dicen ellos—«con un éxito loco»—en el Actualidades de Eusebio Azcue. La Imperio era una moza descendiente directa de aquellas bravias majas del tiempo de Goya; y no aviniéndose a las «cosas» del Gallito, acabó por divorciarse del popular y veleidoso torero. En todas las corridas que vinieron a la Habana en el período del 90, al 95 etc., trabajaron siempre como banderilleros y peones dos jóvenes empleados en el Matadero de esta ciudad, de apellido Navas; uno de ellos, sobre todo, el mayor, tuvo buenas proposiciones del Guerra para irse con él a España, las que rechazó por no separarse de su hermano ni de sus padres. La afición al toro no prendió nunca gran cosa, a la verdad, entre los criollos. Las encerronas que se celebraban algunas veces revestían el tono del más subido choteo. Una recordamos llevada a efecto en la Plaza de Regla, que llegó a ser la «plaza de la guasa». Fué organizada por algunos artistas del primitivo Salón Tea-



Pastora Imperio, la que fué esposa de El Gallito, que tanta influencia tuvo en la vida del diestro español. (En el centro): los hermanos Bienvenida, grandes toreros de los últimos tiempos, descendientes de una dinastía taurómica ilustre. (Abajo): Un detalle de plaza de toros, en una tarde de «las grandess», en Madrid



Una escena de movimiento en la plaza; picadores, mozos de «brega», etc.

hallaba en el interior del país, nadie se atrevía a decirlo. A la luz de las antorchas, el jefe de los Paspahghs pronunció una arenga cantando las hazañas que acababa de realizar con ayuda de sus fieles guerreros. Cuando hubo acabado resonó una aclamación furiosa. Creí que nos iban a degollar a Dicoon y a mí, pero a una señal del jefe cesaron las imprecaaciones y comprendí que se nos reservaba una muerte menos sencilla. Se nos encerró en la misma choza, sin darnos de comer ni de beber y pusieron cuatro centinelas en la puerta. La muerte no me asustaba por mí, pero ¡ay! no estaba sola en la tierra. Si moría entonces, ¿qué sería de Jocelyn? Toda su esperanza descansaba en mí. Mi muerte, al entregarla a sus enemigos, la arrastraría fatalmente a la ruina. Este pensamiento me torturó toda la noche y no pude cerrar los ojos, cuando hubiese ocurrido, como un lirón, si me hubiese ocurrido semejante aventura el año anterior. Me parecía que tadaba mucho en amanecer. Pero al fin apuntó el alba y el pueblo indio empezó a zumbar como las abejas de una colmena. Las mujeres encendían lumbre ante sus chozas y preparaban la galleta de maíz y el pescado seco que servía de comida a los guerreros. A Dicoon y a mí nos quitaron las ligaduras y nos dieron parte en el festín. La costumbre era que, después de la comida en común, los hombres fumasen reunidos, pero aquel día permanecieron colgadas las pipas. Las mujeres se apresuraron a quitar las vasijas y a apagar la lumbre. Después vinieron a colocarse en fila pocos pasos detrás de los guerreros reunidos en la gran plaza que formaban las chozas. Cuando se hizo un silencio perfecto, se levantó el jefe de los Paspahghs, tiró la copa y comenzó a hablar. Todos los peles rojas que había conocido hasta entonces eran elocuentes, pero éste ganaba a todos por la facilidad de palabra y por la precisión de sus gestos. Sobre su pecho, pintarrajeado, cubierto de figuras que querían parecer terribles y que sólo eran grotescas, pendía una sonora cadena de huesecillos esculpidos de un modo estrambótico. Los caballeros en sus encajes realizaban el esplendor de sus ricos atavíos. Al principio habló con tono tranquilo y reposado, pero su voz se fué tornando más sonora y sus gestos más marcados a medida que los recuerdos evocados por él agitaban más profundamente a su auditorio. Recordó cierto día del mes de las flores en que había visto llegar por primera vez a la costa del Pouhatan una porción de hombres de rostro pálido. Enumeró, año por año, las injusticias cometidas por los blancos y las humillaciones sufridas por los primitivos propietarios del suelo. Después anunció con voz profética que había sonado al fin la hora de las reparaciones; Dicoon y yo figurábamos como las primeras víctimas de la venganza. Después nos seguirían muchas más. En su fogosa peroración el jefe orador predijo la matanza sin piedad de todos los extranjeros que viniesen del otro lado de los mares y el incendio de Jamestown. El Pouhatan sería devuelto al fin a los adoradores del gran dios Okl, cuyo auxilio imploraban. Estas palabras fueron saludadas por una aclamación unánime, con una explosión de gritos de alegría y de odio. En su transporte de entusiasmo los indios solo habrían querido asesinarnos inmediatamente. Los hombres se acercaban a nosotros, blandiendo las hachas y las mujeres hacían ademán de clavarnos en el pecho enormes cuchillos de caza. Dicoon y yo contemplábamos este desencadenamiento de pasiones salvajes con sonrisa de desprecio. Pero el jefe habló de nuevo y se restableció el orden. Este segundo discurso duró bastante menos que el precedente y terminó con un gesto del orador mostrando las colinas situadas detrás del pueblo. Volvieron a atarnos sólidamente las manos atrás, y los guerreros nos llevaron en la dirección marcada por su jefe. Salía el sol en el momento de llegar al pie de la colina principal, lugar señalado para nuestro suplicio. El montecillo estaba coronado por tres vastos edificados donde se conservaban la imagen milagrosa de Okl y los cuerpos embalsamados de los emperadores. Las fachadas de los tres templos tenían un color rojo brillante bajo los primeros rayos del sol. Quinientas manos ardorosas y jóvenes trabajaban en la pira ya casi acabada. Subimos a lo alto de la colina a paso de carga. Los horribles sacerdotes del dios Okl nos acogieron ejecutando en torno nuestro una zarabanda desenfrenada. En su pecho, se veían extrañas pinturas, su cabeza se adornaba con pieles secas de serpientes monstruosas, y acompañaban sus danzas con el rítmico sonido de unas «castañuelas». También agitaban al bailar,

inmensas carracas. Dicoon miró a los indios con aire burlón, se encogió de hombros y se puso a mi lado junto a un montón de haces de leña. El lugar donde nos hallábamos formaba un anfiteatro natural y se prestaba maravillosamente al drama de gran espectáculo en el que íbamos a hacer el gasto. Toda la gente del pueblo había acudido a verlos morir. Los guerreros, las mujeres y los niños nos miraban con impaciencia. De repente, Dicoon, que llevaba un rato contemplando un punto en dirección de levante, me hizo una señal y concentré mi mirada en lugar que señalaba Dicoon. En la cumbre de la colina, cara al sol, alzabase una silueta humana, la silueta de un indio. Del hombre izquierdo de aquel guerrero pendía una piel de nutria. En la mano derecha tenía un arco. Contemplaba con interés evidente los prepara-



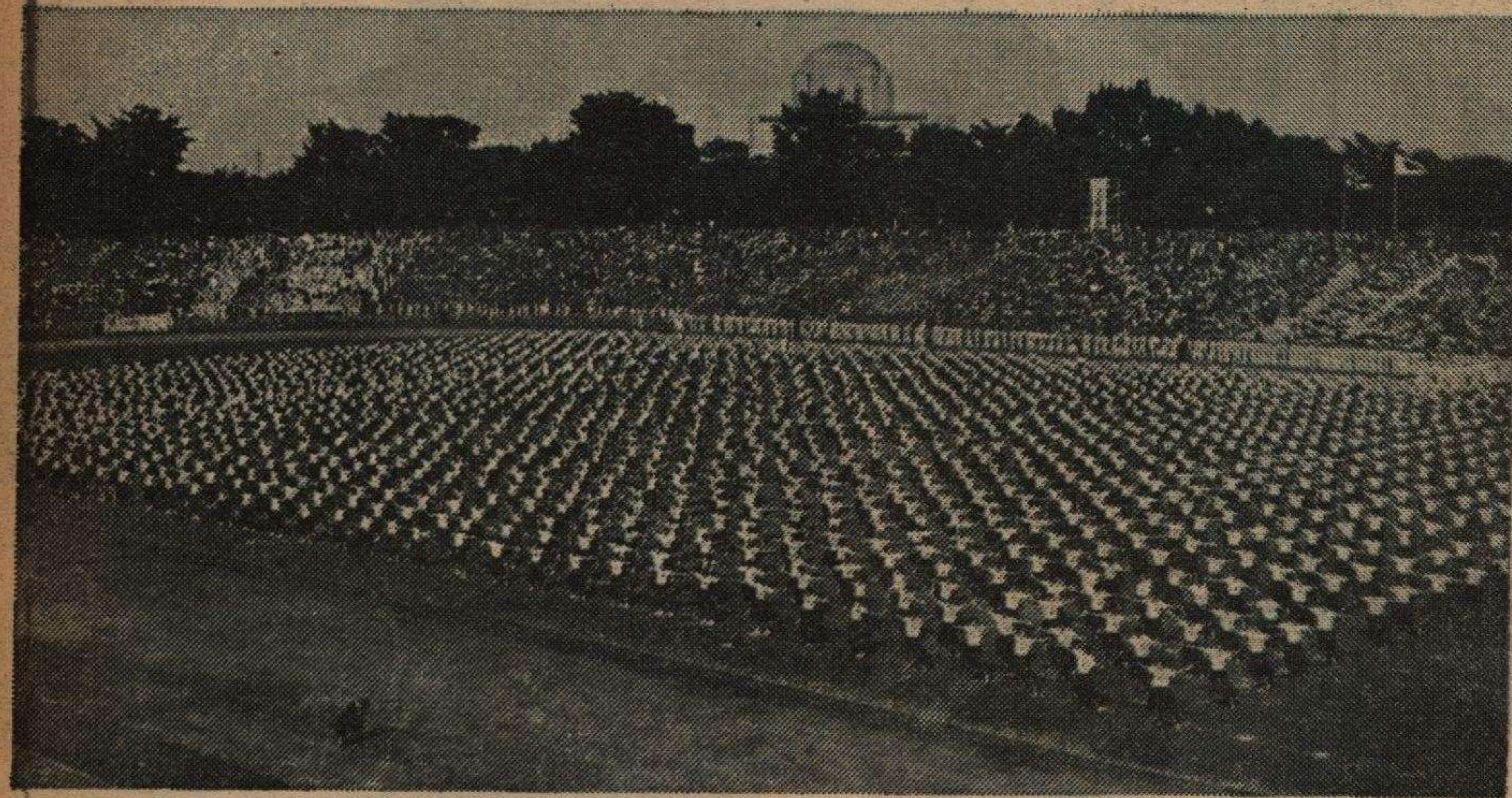
ativos de nuestro suplicio. Nuestros verdugos no le había visto todavía. En aquel momento se acercaron corriendo a nosotros diez indios y apoderándose brutalmente de Dicoon y de mí, nos arrastraron en dirección de la pira. De repente, silbó una flecha sobre nuestras cabezas. Los indios se volvieron y permanecieron un instante indecisos y furiosos, pero a sus primeras manifestaciones de respeto y de temor. Por sus apretadas filas corrió este rumor: —Es el sobrino del emperador! ¡Es Nantauquas! El recién llegado franqueó, con paso rápido y seguro, el espacio que le separaba de nosotros. Nuestros verdugos, petrificados, no hacían un solo gesto ni pronunciaban una palabra. Creo que si hubiésemos aprovechado aquel instante para huir, no hubieran tratado de detenernos.

Nantauquas pasó entre los indios proterrnados y vino directamente a mi lado. Me tendió la mano sonriendo y luego se dirigió a los de su raza diciendo: —Guerreros de las orillas del Panumkey, leales súbditos de mi tío, el emperador Opechancanough, este hombre es amigo de Nantauquas... El emperador me manda a vuestro lado para anunciaros su próxima llegada. Después se acercó a mí Nantauquas. —Amigo mío— le dije—, me parece que estoy soñando, porque no puedo menos de creer que Opechancanough no se preocuparía de arrancarnos del suplicio... —Opechancanough es un sabio—repuso en voz baja mi salvador—. Dice que los ingleses crearán en su buena fe y en la realidad de sus sentimientos pacíficos cuando vean volver a un hombre que fué enemigo encarnizado de los indios y al cual dejaron en libertad después de colmarle de bienes. El emperador espera que el capitán Percy renunciará en adelante a practicar el exterminio de los Peles Rojas, en los Consejos de los ingleses. Hablaba con sencillez y evidentemente creía en la veracidad y lealtad de su tío, pero yo que conocía mejor a los hombres, por ser más viejo que mi interlocutor, conservaba ciertas sospechas. El porvenir no había de tardar en demostrarme que mi desconfianza era justificada y que la flor que fingía tenerme Opechancanough, ocultaba un veneno. —Os he seguido el rastro por la selva—continuó Nantauquas—. He encontrado muerta mi pantera no lejos de Jamestown y he comprendido lo que significaba. Os debo la vida, Nantauquas. ¿Cómo podré testimoniaros mi reconocimiento? —El capitán Percy es mi amigo. ¿No

se mostró grande y generoso con mi hermana cuando fué llevada cautiva a Jamestown? Nantauquas no ha olvidado el favor ni lo olvidará jamás. Mientras hablábamos, nuestros verdugos salieron en masa al encuentro de Opechancanough, que bajaba por el mismo sendero por donde había venido Nantauquas. Poco a poco se acercó rodeado de sus súbditos. Yo me adelanté y le llamé mi salvador, expresándole en los términos más sencillos y cordiales posibles mi agradecimiento y el de Dicoon. El emperador me tendió la mano y me la estrechó vigorosamente. Parecía sincero y las palabras de paz que pronunció parecían salir de lo más profundo de su corazón. Sin embargo, al tratar de leer en sus ojos, tuve que declararme a mí mismo que era inútil buscar en ellos una expresión de amistad. —Dentro de poco iré a Jamestown—dijo el emperador con sonrisa enigmática—, pero no será mañana ni pasado. Espero que tampoco el capitán Percy tendrá mucha prisa de volver a su hogar y que me concederá cinco días, durante los cuales fumará la pipa de la paz conmigo y asistirá a los festines y a las danzas que organizarán en su honor mis guerreros Paspahghs. El sexto día regresará a Jamestown cargado de presentes de Opechancanough y con un mensaje de paz para los blancos. Tuve que contenerme para no rechazar los dientes ante el nuevo retraso que se me imponía. Jocelyn debía creerse perdido. ¿Qué sería de ella durante mi ausencia? Pero había aprendido a disimular y acepté fingiendo, la más viva alegría, la intempestiva invitación del tío de Nantauquas. CAPITULO III En el que somos obsequiados por un emperador Durante varios días las fiestas sucedieron a las fiestas. Opechancanough me invitaba constantemente a una diversión nueva. Sin embargo, Dicoon y yo experimentábamos un sentimiento de angustias como terminaría nuestra aventura. Opechancanough había prometido despedirnos en el término de cinco días. ¿Cumpliría su palabra? Comencé a sentir dudas. Por último, la noche del cuarto día, vi a Nantauquas y echándose en sus brazos le pregunté: —¿Volverá alguna vez a Jamestown? Me miró de frente. En su mirada había tanta franqueza y tanto candor que mis sospechas se desvanecieron en el acto. —Capitán Percy—repuso el indio—, partiréis mañana al salir el sol. Opechancanough me ha dado su palabra. —Me tranquilizo—declaré—. Comenzaba a poner en duda la buena fe del emperador. ¿Por qué no nos devolvieron la libertad? ¿Por qué ha querido retenernos aquí cinco días? —Lo ignoro—respondió Nantauquas moviendo la cabeza—. Opechancanough no da parte a nadie de sus propósitos. Sin embargo, puedo prometer a mi amigo blanco que volverá a ver las colinas de Jamestown. Llegará allí como portador de un mensaje amistoso. Esta noche dará el emperador una gran fiesta en su honor. Bailarán ante él las jóvenes y los jóvenes y mañana, a la hora del alba se pondrá en camino. —¿No vendréis con nosotros?—pregunté—. Vos seréis siempre bien recibido en Jamestown. No olvidéis, Nantauquas, que no tenéis mejores amigos que Mister Rolfe y el capitán Percy. Nantauquas volvió a mover la cabeza diciendo con aire solemne. —Nantauquas ha reflexionado mucho desde hace algún tiempo y reconoce que los hombres blancos le han parecido menos crueles que los indios y que considerara al Dios de los blancos más grande que el dios Okl. Nantauquas reconoce también que no hay amigos tan buenos como Juan Rolfe y el capitán Percy. Pero Opechancanough es un rey y los hombres rojos, sus hermanos por la sangre. Nantauquas hizo mal de olvidarlo. Hoy lo recuerda y ha jurado acordarse siempre. Nantauquas ha vuelto a su rey y a su pueblo. Miré a mi joven amigo con sorpresa. Su voz tenía tanta firmeza, que no traté de discutirle. Comprendí que su decisión era irrevocable. —Nantauquas, hermano mío—repetí—, respeto vuestra creencia, y lo mismo hoy que ayer sois dueño de mi estimación de mi amistad y de mi agradecimiento, pero, ¿seguréis siendo mi amigo? Nantauquas me tendió precipitadamente la mano derecha. Yo se la estreché largo tiempo, en silencio. Después nos separamos y fui a reunirme con Dicoon en la tienda en que nos albergábamos ambos. Me hallaba verdaderamente febril,



# Tres Millones de Japonesas se Preparan Para las Olimpiadas



Concentración de muchachas atletas en el estadio de Meiji, en Tokio, donde se celebrarán las Olimpiadas de 1940. Algunas de estas chicas representarán al Japón en las próximas justas internacionales.



El tipo moderno de la muchacha japonesa, que ha hecho de la natación su deporte favorito.

Por GABRIEL ARAL

**J**APÓN está en pie de guerra, pero también dedica parte del tiempo a prepararse para las Olimpiadas que se celebrarán en Tokio en el 1940. Actualmente, se están entrenando seis millones de muchachas en los estadios nacionales, con la esperanza de poder competir en los diversos torneos femeninos con las aspirantes de los demás países del mundo. Probablemente, una décima parte del uno por ciento de estas muchachas llegarán a ser buenas atletas y nadadoras, y del total sólo 600 serán seleccionadas para las pruebas finales en que se escogerá el equipo representativo de la nación. El hecho de que acaso no más de seis de ellas podrán salir victoriosas en las justas olímpicas no detiene a estos seis millones de muchachas que acarician la ilusión de convertirse en campeonas.

La Asociación Japonesa de Atletas Aficionados calcula que los seis millones aspiran a convertirse en campeones, a pesar de que las que lo lograrán no pasarán de media docena.

La capital del imperio aguarda con regocijo la fecha de las Olimpiadas. Dondequiera se ven los círculos entrelazados simbólicos de estas famosas justas deportivas: en las calles, en las piscinas, en los ríos, en el mar, en los edificios públicos, en las escuelas. Desde la edad de seis años el niño japonés empieza a comprender que las Olimpiadas representan la excelencia máxima en el deporte universal, y cuando llegan a su plena juventud ya han formado un concepto cabal de los requisitos principales que debe reunir todo buen atleta.

Mientras los varones aprenden a cultivar el culto de la patria, las mujeres ja-

ponesas hacen del deporte uno de sus cultos predilectos. Desde pequeñas se les enseña que el orgullo nacional depende de la supremacía de los ciudadanos en sus respectivas actividades principales: el hombre en la carrera militar y la mujer en el deporte. En las horas de ocio, las niñas no hacen juegos triviales como en los demás países, sino que practican el salto y toman parte en justas de correr. Ya más crecidas, aprenden la técnica de la natación y en este deporte todas son expertas cuando han llegado a la adolescencia. Nadan velozmente, moviendo los brazos y los pies con esa gracia subyugadora que parece ser el don exclusivo de las risueñas japonesas.

**D**E HECHO, la natación se practica bajo los auspicios del gobierno y de acuerdo con la más estricta disciplina. Casi todas las ciudades y aldeas del Japón cuentan con un nadador notable. La Asociación de Nadadores pone maestros a enseñarles los trucos del oficio a las chiquillas de seis años. Las muchachas de 10 a 11 años de la escuela elemental hacen cursos completos y practican constantemente. A los 13 o 14 años toman parte en las pruebas de competencia y muchas de ellas son seleccionadas para las Olimpiadas.

El imperio del sol naciente está dividido en treinta y ocho regiones de natación bajo la dirección de veinte asociaciones de aficionados. Hay 2,000 muchachas que han recibido la Cruz de Honor de los Nadadores, una condecoración que las destaca inmediatamente como nadadoras supremas. Para poder ser candidatas olímpicas las muchachas tienen antes que obtener la referida condecoración, cuyo emblema es una placa de plata con una, dos o tres listas horizontales de

color azul, según la categoría a que pertenezcan.

Entre estas condecoradas hay unas cincuenta que han recibido la Cruz "A", que corresponde a las nadadoras capaces de hacer la distancia de 100 metros en 1 minuto 10 segundos. Estas mujeres tienen que nadar 400 metros en 5 minutos 5 segundos. En el 1935 Japón estableció un récord de 1 minuto 14.6 segundos para la distancia de 100 metros, de manera que los requisitos actuales son mucho más altos.

Hay 300 mujeres que han ganado la Cruz "B" haciendo los 100 metros en 1 minuto 17 segundos, y 1,000 mujeres que tienen la Cruz "C" por estar en condiciones de nadar esa distancia en 1 minuto 25 segundos.

**K**AKU MATSUSAWA, campeón de distancia en las justas de natación de las Olimpiadas Orientales que se celebraron en Osaka hace varios años, es el jefe de los instructores que enseñan a los aficionados del deporte.

La mujer japonesa sobresale también en otras ramas atléticas, como lo demostró Kune Hitomi ganando el campeonato de las carreras. El verano pasado se celebró una competencia nacional para determinar los progresos realizados durante el año anterior. Etsu Kumiya, una muchacha de 15 años, corrió los 100 metros en 12 segundos. Miyo Mitsui, de 17 años, casi igualó el récord de los 80 metros con obstáculos. Yuri Hirohashi, una chica que mide 5 pies 4 pulgadas de estatura, hizo un salto de 5 metros y medio, o sea aproximadamente 18 pies. La maestra Sada Yamamoto, que ganó el cuarto puesto en las Olimpiadas de Berlín en este evento, lanzó la jabalina una distancia de 44.86 metros, y Hide Mine-

shima lanzó el disco 40 metros.

Las japonesas no tienen músculos fuertes ni son mujeres grandes. La muchacha de escuela común y corriente tiene una estatura de cinco pies y pesa 80 libras. Muy rara vez se encuentra una mujer japonesa de 5 pies 8 pulgadas y que pese 130 libras. Recientemente apareció una muchacha de 20 años, Sumiko Kojima, que tiene 5 pies 6 pulgadas de estatura y pesa 148 libras. Esta mujer lanzó la bola pesada una distancia de 13 metros, casi igualando el récord mundial establecido por la alemana Fraulein Mauermayer en el 1934.

Como se ve, la mujer oriental se ha colocado rápidamente en las avanzadas del deporte. Quizás este sea el preludio de su próxima participación en las luchas políticas también.

## RODRIAN DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA POR PAUL H JEPSON



¿QUÉ HARÉ PARA ESTE DOLOR?... CAFIASPIRINA, MI AMOR!...

TRAGOS ANOCHE... Y HOY... ¡QUE TORMENTO!

TOMA CAFIASPIRINA Y NO HABRÁ LAMENTO!

• Para que Ud. pueda quitarse rápidamente y con absoluta seguridad cualquier dolor físico, como neuralgia, dolor de oído, jaqueca, dolor de cabeza, etc., la CASA BAYER le ofrece la Cafiaspirina, que se fabrica bajo la más severa dirección científica, empleando ingredientes de la más alta calidad y pureza.

**CAFIASPIRINA**  
alivia y reanima

BAYER



# Myra Intrepida



LING SIN SORPRENDIÓ A MYRA Y A JACK LANE HABLANDO DE UN PLAN PARA INVADIR SU PALACIO SUBTERRÁNEO Y LOS INSTÓ A QUE SE ALIARAN CON ELLA O DE LO CONTRARIO SE EXPONDRÍAN A MORIR.

ELLOS OPTARON POR ACEPTARLE LA PROPOSICIÓN CON EL OBJETO DE ENTERARSE DE TODOS LOS DETALLES DE SUS PLANES SECRETOS.

NO COMPRENDO POR QUÉ NOS A MANDADO A VIGILAR EL BANCO CENTRAL. ¿QUÉ OPINAS TU, LEW?

TAL VEZ ESTO ESTÉ RELACIONADO CON LA AMENAZA DE CREAR UN PÁNICO FINANCIERO DE QUÉ NOS HABLÓ.

A MÍ NO ME GUSTA NADA ESTA ALIANZA CON LING SIN. SÓLO ACEPTÉ POR COMPLACER A MYRA.

TENGA-MOS PACIENCIA HASTA QUE AVERIGUEMOS LO QUE SE PROPONE.

¿SE HA FIJADO EN LA GRAN ACTIVIDAD QUE HAY AQUÍ?

YA VEO, ¿PERO QUE LLEVARÁN EN ESOS BULTOS AQUELLOS HOMBRES?

MIENTRAS TANTO, EN SU RETIRO SUBTERRÁNEO, MYRA SE SIENTE SATISFECHA DE LOS INFORMES QUE RECIBE DE JACK DEL CENTRO FINANCIERO.

YA VE USTED, SEÑORITA MYRA. LA CIENCIA HA TRIUNFADO DE NUEVO. JACK INFORMA QUE HA EMPEZADO EL PÁNICO FINANCIERO.

¿CÓMO HA PODIDO USTED PRECIPITAR ESE PÁNICO?

ACOMPÁÑEME. PUESTO QUE YA FORMA PARTE DE MI PERSONAL LE MOSTRARÉ EL MILAGRO DEL SIGLO.

¿QUÉ HA PERFECCIONADO UN MÉTODO PARA FALSIFICAR BILLETES DE BANCO?

¡NO ES UNA COSA TAN TRIVIAL COMO ESO!

¡ESTO ES ORO! ¡ORO PURO!

PRECISAMENTE, ORO. TONELADAS DE ORO. MIS QUÍMICOS SABEN DESCOMPONER Y CAMBIAR LOS ÁTOMOS DE CUALQUIER ELEMENTO. ESTO LE PROBARÁ QUE VAMOS A ESTABLECER UN NUEVO ESTADO DE COSAS EN EL MUNDO Y QUE EL DINERO ACTUAL NADA VALDEA.

¡LEW, ESTA GENTE LLEVA BARRAS DE ORO!

¡OIGA AMIGO, DÓNDE ENCONTRÓ ESE PRECIOSO METAL?

¡EN EL PATIO DE MI CASA ESTA MAÑANA! ¡VALE MUCHO DINERO!

EL CAOS SE APROXIMA ---

# Cánones de la Belleza

Por Graciela Rivas

Hollywood.

¿QUIEN no recuerda el concepto de la belleza en años anteriores, cuando las mujeres lucían el cabello cortísimo y las faldas más arriba de las rodillas? Entonces podíamos usar sombreros de todas clases. Los había estilo aeroplano; otros que nos tapaban las orejas; otros echados hacia atrás, y no pocos de los llamados Emperatriz Eugenia, que eran modelos diminutos y de una gracia incomparable.

Para las fiestas y reuniones nocturnas lo que se estilaba era la cara pálida, comó la muerte, y los labios de un rojo encendido para mayor contraste. Los vestidos eran cortos, altos por delante y largos atrás, además de muy ceñidos en la línea de la cintura y las caderas. Habíamos olvidado los tiempos de la flapper, pero todavía nos atrevíamos a ponernos plumas de avestruz en la cabeza para no aparecer anticuadas.

Hasta que un día empezaron a cambiar los detalles de la fisonomía femenina con arreglo a las nuevas teorías del maquillaje. El cabello creció hasta más abajo de la nuca; los vestidos se alargaron; la cintura subió de posición y la piel comenzó a oscurecerse y a volverse color canela.

Estas eran las ideas que me venían a la mente mientras aguardaba la llegada de Jack Dawn, el maestro de maquillaje de los estudios Metro, que había prometido hablarme de los cambios en el arte del embellecimiento. En su taller los expertos se dedicaban a darle los últimos toques a las pelucas francesas que habían de usarse en la cinta sobre la vida de María Antonieta, en que reaparecerá en el lienzo la competente actriz Norma Shearer. Pelucas blancas a la Pompadour, con bellos rizos colgando sobre los hombros, elegantísimos, pero difíciles de conservar con la debida nitidez.

NUESTRO amigo y perito exclamó, refiriéndose a aquellos menesteres: "Pertenece a una época que no volverá jamás, la época en que se podía perder el tiempo sin la menor preocupación. Las mujeres bellas de Francia se hacían cuidar el cabello como princesas. Un perito se encargaba de peinarlo; otro de empujarlo; otro de conservarlo alisado. Las pelucas venían como anillo al dedo a la indumentaria suntuosa del siglo 17. Hoy no podríamos concebir uno de esos accesorios en la cabeza de una muchacha moderna en traje de baño."

Jack Dawn tiene a su cargo el cuidado de bellezas como Greta Garbo, Joan Crawford, Rosalind Russell y Myrna Loy. Es un artista consumado, que estudia el rostro femenino como pudiera estudiar un pintor el problema de la perspectiva.

"Los cambios en cuestiones de belleza femenina—dice—no suceden por capricho, sino que son el resultado de ciertas modalidades de la vida misma: A veces un invento o un cambio en los medios de transporte influyen decisivamente en los estilos de embellecimiento de la mujer, o en las tendencias de la moda. Antes, las mujeres usaban unas camisotas enormes y feísimas para bañarse; hoy que las muchachas aprenden a nadar desde pequeñas, exigen trajes de baño ajustados y cómodos, que permitan el movimiento rítmico del cuerpo y los brazos.

"¿Qué mujer moderna se pondría 14 enaguas y usaría colas en todos sus vestidos?" Hoy nadie acepta la estrecha cárcel del corset antiguo ni docenas de horquillas en el cabello ni sombreros atados con trencillas al cuello.



Myrna Loy: en el 1929 (izquierda), en el 1931 (centro), y en 1938.



Joan Crawford en el 1930 (arriba), y como es en la actualidad. El cambio puede llamarse radical.

"La absoluta libertad de que goza la mujer en nuestra época le ha permitido mejorar notablemente sus ideas sobre la indumentaria. Ha logrado un término medio entre el recato y la comodidad. Por ejemplo, yo dudo mucho que vuelva a usar la falda demasiado corta, que es muy fea y no concuerda con el concepto avanzado de la silueta artística. Por otro lado, no son pocas las mujeres que necesitan aprender a arreglarse y a vestir. Todavía hacen legión las que desconocen los secretos del maquillaje correcto, porque nunca se han mirado al espejo y han analizado concienzudamente los defectos y los detalles atractivos del rostro.

"Cualquier mujer que haga esto empezará a darse cuenta cabal del arreglo que más le conviene. Si tiene la cara alargada y angosta, acabará por convenirse de que debe aplicarse el colorote horizontalmente y hacia arriba sobre los pómulos. Si el rostro es redondo, debe pintarse con prudencia, verticalmente y hacia abajo. Si el cuello comienza a dar señales de envejecimiento debe cubrirse, pero teniendo cuidado de no ponerse telas blancas o de colores caso de tener papada. Las mujeres de cara larga no deben usar cejas finas y altas; las de cara redonda no deben arqueárselas demasiado hacia abajo.

"El lápiz de labio debe darle contorno a la boca, pero si el labio inferior es muy grueso conviene pintarlo por adentro siguiendo el contorno del labio superior. De hecho, las mujeres de boca gruesa casi no deben de pintarse los labios, mientras que los labios delgados sí exigen bastante pintura."

AGREGA Jack-Dawn que el cabello debe ser como el marco del rostro y adaptarse a la conformación y los rasgos de éste. El cabello corto desparado por sobre los hombros envejece a las mujeres de edad, y si no se conserva nítido y bien cuidado le sienta mal a las jovencitas.

"A mi entender—dice—el cabello blanco le queda muy atractivo a las mujeres de mayor edad y no deben tratar de teñirse. Actualmente, las muchachas están usando de preferencia el cabello más corto, aunque muchas artistas de cine continúan luciendo hasta más abajo de la nuca. Las caras redondas se ven mejor con el cabello peinado hacia atrás. Las caras largas, en cambio, son más atractivas cuando se las rodea de una cabellera rizada o con ondas."

En cuanto a la silueta, parece que ya no va a ser elegante la delgadez exagerada ni el aspecto esquelético que hemos dado en describir como la suprema encarnación de lo chic. El cuerpo femenino debe tener curvas, un busto bien formado y hasta cierto grado de expresión en las caderas. Podría afirmarse que la silueta de más boga en la actualidad es la que refleja solidez al par que donosura.

Posiblemente, nos estamos acercando de nuevo a la naturaleza. No sería extraño, pues, que los peritos nos informaran que el maquillaje va desapareciendo paulatinamente y que las mejillas encarnadas están fuera de moda. Es innegable que ya las doncellas jóvenes no se retocan la pintura tanto como el año pasado, y que están prefiriendo versos pálidas y suavizadas.

## Los NERVIOS no le dan reposo



Mujeres que se sienten atormentadas y abatidas, ¡lean detenidamente!

La Naturaleza no ha dispuesto que la mujer sufra el tormento de unos nervios que parecen próximos a estallar, se sienta abatida y no pueda dormir. En usted está el evitar innecesarios sufrimientos.

El organismo femenino es un aparato delicado al que afectan toda clase de preocupaciones, especialmente las que originan en desarreglos peculiares de la mujer, minándolo y debilitándolo.

Resuelva comenzar hoy mismo a cuidar su salud. Tome el famoso Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham, hecho especialmente para la mujer, de benéficas hierbas y raíces. Deje que ayude a la naturaleza a tonificar su organismo, aplacando la inquietud de sus nervios, aliviándole los dolores de cabeza y de espalda, disminuyendo el malestar de los desarreglos femeninos, dándole nuevas fuerzas para disfrutar de la vida.

Desde hace más de 60 años unas mujeres se dicen a otras que "para sentirse bien" no hay como Pinkham... y la experiencia lo ha probado en muchísimos casos. Pruébelo usted.

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham

¡98 de cada cien les hace BIEN!



# Jane, graciosa gitanilla

por Sam Lukas

**S**EMANAS atrás se firmó en Hollywood uno de los contratos de cine más importantes del año. De acuerdo con este documento, Jane Withers, la pícara diablilla del lienzo, pasa a ser una de las artistas mejor pagadas de la industria del celuloide, con un sueldo semanal de 2,500 dólares. Esta remuneración la coloca en la misma categoría de Freddie Bartholomew, que también gana 2,500, y un poco más abajo de Shirley Temple, cuyos haberes montan a la respetable suma de 3,500 dólares semanales.

Hace poco más de un año, los productores de películas no se mostraban muy interesados en los servicios de Jane. La consideraban una chica bastante feíta y pesada, y no podían concebir que llegara a ganarse las simpatías del público como se las ganó la pequeña Shirley. Sin embargo, actualmente Jane Withers es la segunda atracción de taquilla en los elencos femeninos de Cinelandia y por lo que se ve su popularidad va en constante aumento.

Indudablemente, esta chica traviesa es el fenómeno más sensacional que ha producido el cine en mucho tiempo. Hace papeles serios, canta, baila, y no hay quien la iguale en el ramo de la mimica. Personifica admirablemente cualquier tipo de mujer y sus caricaturas de las estrellas de mayor renombre son célebres. Para algunas artistas resultan temibles, pues Jane posee el don de imitar los aspectos ridículos de las personas con infinta comicidad.

**S**E HA dicho que es fea y no hay para qué negar que en realidad carece de los atractivos comunes y corrientes de las niñas "lindas". Pero su rostro es tan simpático y expresivo que la hace amable y encantadora. Los detalles únicos que contribuyen a su popularidad no pueden describirse en concreto. Es, sencillamente, que al verla nos hace sonreír y pensar en cosas agradables, aunque al fin y al cabo esas cosas agradables no sean nada más que travесuras de chiquilla.

Nadie sospechaba que andando el tiempo la pequeña Jane ocuparía un puesto de categoría en el lienzo. Muchas personas que saben apreciar el talento natural a primera vista le negaban hasta que tuviera disposición para papeles cómicos. Grande fue su sorpresa cuando el año pasado se hizo una investigación de los hechos y se comprobó que Jane es, después de Shirley Temple, la mayor atracción de taquilla entre todas las mujeres de Hollywood. Ahora ocupa el sexto lugar en orden de importancia en los elencos, superándola entre los hombres únicamente Clark Gable, Robert Taylor, Bing Crosby y William Powell. Las demás actrices de la pantalla, inclusive la Garbo y la Crawford, están a la cola de las dos prodigiosas artistas infantiles de la Twentieth Century-Fox.

A principios de 1937 pasó del trigésimo cuarto puesto al undécimo, y para fines de año ya había dejado atrás a las luminarias más encopetadas de Hollywood, desplazando de su posición a Dick Powell y pasándole a Fred Astaire y

Ginger Rogers, quienes figuraban entre los diez artistas más populares del lienzo. Este progreso extraordinario lo realizó sin la ayuda de los productores, que en ningún momento la presentaron en películas de primera clase, sino en producciones mediocres cuyo costo no pasaba de cien mil o doscientos mil dólares en un periodo en que se estaban filmando cintas hasta de dos millones para otros artistas de menos peso en la taquilla.

**E**L NUEVO contrato que acaba de firmar con la Twentieth Century-Fox es por dos años, a razón de 40 semanas de trabajo anuales, sin que el estudio pueda suspenderla de empleo en ningún momento. De modo que su sueldo como actriz hasta 1940 está garantizado que no bajará de cien mil dólares anuales, aparte de otros 50,000 que cobra por auspiciar los productos de varios

decidió convertir a su hija en una gran artista. A la edad de 3 años la había presentado al público en programas de radio, y en el 1932, siendo una chiquilla de seis años, la trajo a Hollywood. No hay que decir que los primeros once meses de gestiones culminaron en el más completo fracaso, pues ni siquiera lograron que les permitieran llegarse hasta las oficinas de los estudios.

La cara redonda y la nariz respingona de Jane, sin embargo, estaban predestinadas a convertirse en una mina de oro. Al principio, cada vez que la llevaban a un estudio donde necesitaban niñas, los directores la rechazaban, prefiriendo las chiquillas de caras lindas que se pintaban las mejillas y los labios.

—¡Imagínense ustedes,—dice la madre—pintarles las caritas risueñas a niñas que aun no habían cumplido los 8 años! A mi Jane yo no le ponía colorete por

muy alta y no le permitíamos concentrar en sus profundos problemas escolares. Aprovechamos para hacerle dos o tres preguntas, que ella contestó acompañando las respuestas de guiños originalísimos. Lo que nos quería decir era que continuaríamos haciéndole preguntas para no tener que estudiar, y escapar a la vigilancia de la maestra. Luego añadía picaramente:

—Me gusta mucho la aritmética y el delecteo. Pero lo que me gusta más es... ¡la hora del recreo!

Mucha risa me produjo la anécdota de Jane y el director Bruce Humberstone, bajo cuya tutela está filmando la película Gitanilla. Humberstone la llamó para que subiera al escenario de sonido, y ella, muy dispuesta y vivaracha, le contestó suplicante:

—¡Por favor, señor Humberstone, dé-



Jane Withers en una escena de la cinta "Gitanilla".

fabricantes y unos 15 a 20,000 dólares que gana cuando aparece en persona en los teatros de la nación.

A no haber sido por la oposición de la compañía filmadora, Jane podría ganarse otros 75,000 dólares más tomando parte en una serie de programas de radio, oferta que su mamá se apresuró a aceptar cuando se la hicieron, pero que no pudo cristalizar debido a los entorpecimientos legales del contrato.

La administración de los negocios de la chica está encomendada a su padre, Walter Withers, y a su inteligente madre, doña Ruth. Todo el dinero que recibe por concepto de sueldos es invertido cuidadosamente, y del total que cobra cada semana la cantidad de 1,000 dólares es depositada en fideicomiso para que Jane no pueda tocarla hasta que sea mayor de edad.

Doña Ruth acarició en cierta época de su vida la idea de llegar a ser actriz, pero al no poder realizar sus ambiciones

nada del mundo. ¡Eso sí que no!

Llegó un día en que los estudios Twentieth Century-Fox estaban seleccionando personal para una película de la encantadora estrella Shirley Temple. En esta cinta había un personaje travieso e incorregible y la única niña que tenía cualidades para hacerlo era Jane Withers.

**S**IGUIERON tres años de contratiempos y sacrificios, durante los cuales la situación cambió definitivamente. Ya hoy, la muchachita de la cara redonda no tiene que preocuparse de su futuro. Trabaja cuatro horas al día en el estudio y dedica otras tres a estudiar como cualquier niña de escuela, bajo la dirección de su maestra particular, Lola Figlund.

Mientras conversábamos sobre ella, Jane hacía que estudiaba las lecciones, y con frecuencia interrumpía a su mamá como para llamarle la atención hacia el hecho de que estábamos hablando en voz

jeme hacer otro problema más de matemáticas!

"Las travесuras de Jane—confiesa la madre—a veces nos han causado algunos contratiempos. Cuando tenía 4 años se metió en el jardín de una vecina y arrancó varias matas de tulipas para plantarlas en nuestro propio patio. Después que llegamos a Hollywood, acostumbraba reunirse con los demás chiquillos y pegar rótulos en las puertas del vecindario, rompiendo los cristales de alguna que otra ventana. Hacían tanto ruido que nos vimos obligados a mudarnos para que no nos echaran".

El castigo de Jane es sencillísimo. Si hace algo malo, no le dan permiso para ir al cine el sábado, que es su día de diversión. Ella se desconsuela y sufre cuando le imponen este correctivo. Al ser informada de que había ganado el sexto puesto entre todas las estrellas del lienzo, dijo por todo comentario:

—¡Quizás ahora me dejen ir al cine!

## TRUCUTÚ

¡CACHÓN, EL CIRCO YA NO PUEDE CAMINAR MÁS!

¡NO VEO CÓMO PODEMOS PASAR!

DESPUÉS DE TANTOS TRABAJOS QUE HEMOS TENIDO

OYE, TRUCUTÚ, CREO QUE PODREMOS HACER ALGO. VOY A EXPLICARTE.

¡BUENO, EXPLÍCATE!

¡CACHÓN, FUGUCHÉ, TE HE OÍDO COSAS EXTRAORDINARIAS PERO ME PARECE QUE ESTO ES LO MÁS EXTRAORDINARIO DE TODO!

¡YA VERÁS QUE BIEN SALE! DILE A LOS MUCHACHOS QUE PREPAREN SUS HACHAS Y VERÁS QUE PRONTO TENDREMOS EL CIRCO OTRA VEZ EN CAMINO.

¡EA, LOS DE LAS HACHAS! ¡VENGAN ACA, QUE HAY MUCHO QUE HACER!

¿PERO QUÉ RAYOS HACEN ESOS HOMBRES?

¡NO SE APURE, DOÑA PANCRACIA QUE PRONTO VA A SABERLO Y LO AGRADECERÁ!

¡CHOP! ¡CHOP!

¡NO ACABO DE ENTENDERTE, FUGUCHÉ! ¿QUÉ ES LO QUE PIENSAN HACER?

¡VD. OBSERVE A LOS MUCHACHOS Y A TRUCUTÚ. ELLOS SABEN LO QUE DEBEN HACER!

¡HALEN FUERTE, PEREZOSOS! ¡NO PODEMOS ESTAR TODO EL DIA AQUÍ!

¡HALEN!

¡AHÍ! LO TIENE, DOÑA PANCRACIA! ¡EL GENIO DE UN HUMILDE SERVIDOR!

¡CACHÓN, FUGUCHÉ, ERES UN GENIO DE VERDAD!

ESTÁ BUENO SU MAJESTAD! ¡YA PODEMOS CONTINUAR ADELANTE!

¡ADELANTE, MUCHACHOS! ¡NADA PUEDE IMPEDIR LA MARCHA DEL CIRCO REAL DE GUZILANDIA!

¡FARRÉ YUMBO! ¡CAMINA DE PRISA!

¿OÍSTE LO QUE ME DIO DOÑA PANCRACIA? ¿QUÉ YO SOY UN GENIO? ¿TÚ QUE CREES?

NO... ¡DIGO QUE NO LO DUDO!

¡NO HAY MANERA DE CONVENCER A YUMBO QUE PASE!

¡TIENE MIEDO DE CAERSE!

ESTO ES UN CONTRATIEMPO, PERO DESPUÉS DE TODO ME PARECE QUE ESTE ELEFANTE TIENE BUEN SENTIDO COMÚN!

¿CACHÓN, COMO IBA YO A SUPONER, QUE LOS ELEFANTES LE TENÍAN MIEDO A LOS PUENTES?

TANTO TRABAJO Y TANTO GENIO PARA NADA! ¡BAH!

## FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA

LA EDAD DEL HOMBRE

**A** PESAR DE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE DE PEKÍN, QUE DATA DE HACE 750,000 AÑOS, LA CIENCIA CONSIDERA PROGRESISTA A ESTE TIPO HUMANO, A JUZGAR POR EL EMPLEO DE LOS MATERIALES QUE TENÍA A SU DISPOSICIÓN. CON ELLOS, HIZO HERRAMIENTAS Y ARMAS ÚTILES PARA LA CAZA. CONOCÍA ADÉMÁS, EL FUEGO, COMO LO DEMUESTRAN LOS HUESOS CARBONIZADOS HALLADOS JUNTO CON SUS RESTOS FÓSILES.

**Esta chica vestida de Gitanilla, que próximamente hará las delicias del público con sus bailes españoles y sus alegres panderetas, es la misma que hace cuatro años no podía conseguir trabajo en Hollywood. Hoy ocupa el sexto lugar como atracción de taquilla en los elencos cinematográficos, superada únicamente por su amiguita Shirley Temple. Es más popular que Greta Garbo y la Crawford, Ginger Rogers y la Dietrich.**



tomado en el período de su infancia. América y en los Estados Unidos. Así la leche de vaca que actualmente consumimos no varía mucho de la leche humana, excepto en cuanto a pequeñas diferencias que se pueden compensar con la adición de ciertos productos artificiales.

En términos concretos, sin embargo, la similitud de ambos líquidos es verdaderamente asombrosa, como puede verse por esta tabla:

Elemento Nutritivo	Leche Humana	Leche de Vaca
Grasa	3.5%	3.5%
Proteína	1.5%	3.35%
Hidratos de Carbono	6.5%	4.7%
Sales Minerales	0.2%	0.75%
Agua	88.3%	87.7%

Pero esta diferencia entre la leche humana y la leche de vaca ha sido nivelada por la ciencia moderna con ciertos elementos fáciles de añadir. La madre educada de la época contemporánea conoce al dedillo la química de la leche. Gracias a la labor de divulgación que se ha realizado en los últimos años, los deberes de la maternidad consciente pueden desempeñarse ahora a cabal satisfacción de la ciencia encargada en todo momento de velar por el bienestar humano.

EN LOS Estados Unidos la industria lechera es más grande—y más importante—que la de los automóviles y la del cine. La trayectoria que sigue una botella de leche desde la ubre de la vaca al estómago del consumidor, señala una epopeya económica en la que intervienen una porción de obreros y fabricantes: el campesino que cria la vaca, el que produce alimentación para el ganado, el que transporta la leche desde el establo a los centros de distribución, el fabricante de botellas y envases, y finalmente la corporación distribuidora del líquido en las grandes metrópolis y los vendedores detallistas.

La explotación de este negocio en grande escala, por ejemplo en una ciudad como Nueva York donde se consumen diariamente un promedio de tres millones de litros, requiere el suministro de cantidades fantásticas que llegan a la metrópoli por dos vías: por conducto

de los labradores y ganaderos de las inmediaciones o por medio de trenes dedicados exclusivamente al transporte diario de la leche a través de grandes distancias.

Esta enorme industria lechera cuenta con un ejército de médicos, veterinarios y agrónomos que trabajan incansablemente, como una legión incógnita, para que el tarro de leche condensada, el pedazo de queso o la botella de leche cruda, reúnan los siguientes requisitos:

- 1—Seguridad sanitaria, es decir, que la leche esté libre de microbios y sustancias nocivas a la salud.
- 2—Valor nutritivo o sea que el líquido tenga al proporción que exige la ley de proteínas, hidratos de carbono, grasas y sales minerales.
- 3—Palatabilidad o sea que la leche reúna las condiciones propias de un alimento agradable para el niño, el adulto y el viejo.

Cumplidos estos requisitos esenciales, un litro de leche de los de consumo corriente en los Estados Unidos, produce la misma energía que once onzas de bife, ocho huevos o 10 onzas de carne de gallina. Existen en el ramo, para consumo general, tres tipos importantes, de los cuales se fabrican además los productos derivados para la exportación. Estos tres tipos son las leches grado A, grado B, y certificada.

Leche A. Este tipo no debe contener más de 50,000 bacterias inofensivas por centímetro cúbico en el momento de ser vendida. El contenido de grasa de esta leche es de 4 a 5 por ciento del volumen en el estado de Nueva York. Procede de vacas a las cuales se las ha hecho dos veces la prueba de la tuberculina para determinar si padecen de tuberculosis. Los establos donde se cuida del ganado tienen que ser construídos de conformidad con ciertas leyes sanitarias, la principal de las cuales exige el drenaje completo de las deyecciones. Los lecheros que trabajan en estos establos tienen que ser examinados por el Departamento de Salubridad. La leche, inmediatamente de ordeñada, debe ser guardada en recipientes metálicos de tipo oficial y enfrida en un compartimiento separado del establo. El mismo día que es ordeñada se despacha a las compañías distribuidoras para ser pasteurizada y embote-

llada a máquina. El transporte y la manipulación se llevan a cabo en cámaras frigoríficas, y cuando se entrega al consumidor no han pasado todavía 24 horas desde que se ordeñó de la vaca.

Leche B. Los requisitos para la venta de este tipo de leche no son tan estrictos como en el caso de la leche tipo A. El máximo de bacterias permitido es el mismo, pero la proporción de grasa puede descender hasta el 4 por ciento. Las vacas que la producen solamente son sometidas a una prueba de tuberculina y los lecheros no tienen que pasar un examen médico tan riguroso. La leche B es pasteurizada y embotellada a máquina, pero puede distribuirse hasta las 48 horas después en cámaras frigoríficas.

Leche Certificada. La producción y distribución de este tipo de leche están vigiladas por un tribunal llamado Milk Commission, cuyos miembros son nombrados por la Federación de Médicos. Esta leche es sin duda la más perfecta del mundo, pues su producción está regulada por una serie de leyes que exigen la limpieza exagerada de los establos, el control de la alimentación y el agua que consumen las vacas, el ordeño a máquina, la inmediata pasteurización, el historial sanitario y biológico de las bestias, el examen médico de los lecheros para eliminar a los que padecen de tuberculosis, sífilis o fiebre tifoidea, el examen bacteriológico diario de la leche, una inspección diaria de las máquinas y los envases y la distribución al público el mismo día que es ordeñada.

Después de llenados estos requisitos, es natural que el producto resulte supremo, y con razón la Federación de Médicos lo considera como un galardón honroso en sus actividades para proteger la salud del público.

En el próximo artículo el Dr. Cantala continúa analizando la relación directa entre la leche de vaca y la salud de los pueblos, y da a conocer los métodos más avanzados que se practican en los Estados Unidos para garantizar al público la pureza de éste, el alimento supremo del hombre.

guída el significado de la seña. El instante era propicio. Había que obrar con rapidez y desventajados los cuchillos.

### CAPITULO V

#### Cómo llegué a Jamestown

El indio que Diccon había elegido por su primera víctima no sospechaba nada y cayó con el corazón traspasado antes de poder darse cuenta de lo que ocurría. Mi adversario me hizo más que hacer. Me había sentido acercarme y al alzar el cuchillo, se levantó de un salto y me cogió por el cuello. Al choque se me escapó el arma de las manos y rodamos por el húmedo suelo. En aquel momento se redobló la intensidad del agua y del granizo que llevábamos soportando durante más de un cuarto de hora. El torso de mi enemigo no me ofrecía ninguna presa. Mis dedos se escurrían sobre su piel como si estuviese untada de aceite. Al ver mi impotencia el indio redobló sus esfuerzos y sacó súbitamente el cuchillo. Por fortuna advertí a tiempo la maniobra y me apoderé de su arma. Un segundo después le hundí el cuchillo en la garganta. El indio hizo unos movimientos convulsivos y dejó de hacer presa.

Me incorporé a escape y corrí a reunirme con Diccon el cual acababa de arreglar sus cuentas con nuestro tercer guía. Seguimos nuestro camino rodeados de peligros más grandes. Ocultos detrás de un sicomoro vimos pasar un destacamento de indios con sus atavíos de guerra, que se dirigían hacia Jamestown. Nos creíamos salvados y reanudamos la marcha, cuando silbaron tres balas en nuestros oídos. Uno de los proyectiles alcanzó a Diccon.

—¿Estás herido? —exclamé.  
—Ligeramente, en el brazo derecho— respondió Diccon—. No será nada... Sigamos.

—Nos internamos en la selva, el Pie. Roja que nos había tirado, renunció a perseguirnos y continuamos alegrementemente la marcha. Pensaba que caía a paso me acercaba más a mi esposa y su imagen no se apartaba de mi mente.

De pronto noté que no me seguía Diccon y retrocedí consternado. Le encontré sentado al pie de un sicomoro con la cabeza apoyada en el tronco.

—¡Ten valor! —exclamé—. ¿Sientes ya necesidad de reposo? Diccon, amigo mío, no esperaba que me dejases así!

—Mi criado me dirigió una mirada apagada.

—Es cierto—dijo—. Mi conducta es absurda. No sé qué me ha pasado de pronto.

Se levantó trabajosamente y echó a andar a mi lado. Así avanzamos por espacio de algunos minutos. Marchábamos por un terreno arenoso y desnudo. La noche se echaba encima e instintivamente aceleré el paso.

Diccon comenzó a quedarse detrás y le oí quejarse detrás de mí.

—¡Diccon! —exclamé—. ¿Qué significa estos...?

Aún no había acabado mi frase, cuando se desplomó como una masa. Horriblemente inquieto le pregunté de nuevo la causa de su debilidad. Quiso reírse y trató de pronunciar algunas palabras, pero sus labios exangües no dejaron escapar más que un sordo murmullo.

Humedecí sus labios con un poco de agua del río y entonces con voz apagada articulé trabajosamente estas palabras:

—La bala del indio... Me rozó el brazo... pero penetró en el costado... No quería decir... ¡Qué desgracia...! ¡Me han hecho traición mis fuerzas...!

Su respiración era fatigosa. En sus labios apareció una espuma sanguinolenta.

—Voy a morir aquí —dijo—. Buen viaje, mi capitán. ¡Dios quiera que lleguéis a tiempo a Jamestown! Cuando rompan fuego... los demonios rojos... contra los ingleses... acordados de mí... y enviadles en mi nombre... la primera bala.

Profundamente afligido por esta nueva catástrofe, cogí a mi fiel criado en brazos y le deposité en la arenosa orilla. No ignoraba que tenía fiebre antes de morir y que le gustaría tener agua a su alcance. Diccon, que conservaba toda su presencia de ánimo, me suplicaba que no me retrasase por cuidarle, y que siguiese mi camino hacia Jamestown.

—Déjame solo —murmuré—. Déjame solo, aquí con los lobos.

Algunos instantes después, como para dar razón a las últimas palabras de mi criado, retumbó, a veinte pasos de nosotros, un aullido lúgubre. Otros aullidos procedentes de los cuatro puntos del horizonte, respondían al primero y no tardó en formarse un concierto lleno de amenazas en toda la selva.

Recogí ramas secas y encendí una gran hoguera en la orilla, ero los aullidos no cesaron por tan poca cosa. For la otra rilla del río se deslizaron formas confusas. Cogí trozos de leña encendidos y

los tiré con fuerza en la dirección que venían las formas fugitivas de las fieras. Los lobos se alejaron y me dejaron velar en paz los últimos momentos del desgraciado a quien quería como a un hermano.

Las horas transcurrían y Diccon no se movía. Hacía media noche abrió los ojos como si saliese de un sueño y mirándome con fijeza dijo:

—¿Estás todavía aquí, capitán? Olvidáis que el tiempo pasa!

Parecía contrariado, casi irritado. Se quedó un instante como dormido y después se despertó y abordó otro asunto.

—¿Me habéis perdonado? —murmuré con voz tan baja que tuve que inclinarme para oírle—. ¿Me habéis perdonado?

—¡Valor, capitán Percy, valor!

—¡Diccon! ¡Mi fiel Diccon...! ¡Amigo mío!

Un fulgor extraño iluminó los ojos del moribundo y respondió débilmente a mi presión oprimiéndome la mano a su vez. Después se perturbó su cerebro y los recuerdos acudieron a su memoria en confuso tropel.

No tardó en delirar. No es posible dar idea de la crueldad de este fin de un hombre de tanta energía, expirando en

la desobediencia que cometí un día en Jamestown, cuando dije que Lady Jocelyn fuese al bosque a pesar de vuestras órdenes terminantes en contrario...? ¿Me habéis perdonado?

Me arrodillé al lado del moribundo y estrechándole la mano derecha, exclamé:

—¡Diccon! ¡Mi fiel Diccon...! ¡Amigo mío!

Un fulgor extraño iluminó los ojos del moribundo y respondió débilmente a mi presión oprimiéndome la mano a su vez. Después se perturbó su cerebro y los recuerdos acudieron a su memoria en confuso tropel.

No tardó en delirar. No es posible dar idea de la crueldad de este fin de un hombre de tanta energía, expirando en

do de debilidad que tuve que reunir toda mi energía para no caer dormido al suelo. Al morir el día vi a lo lejos la ciudad adonde me dirigía. Jamestown no distaba más de una o dos millas. Al fin llegaba al término de mis trabajos. ¡Valor, capitán Percy, valor!

Ya era noche cerrada cuando llegué a la muralla. Di mi nombre al pasar ante el centinela y seguí mi camino hacia la casa del gobernador. Sir Francisco Wyatt, sucesor en el cargo de Sir Jorge Yeardeley.

Llegué a la casa sin tropiezo alguno. con el sombrero echado por la cara para que no me conociese nadie en las calles. Los criados se paseaban silenciosos por el vestíbulo del palacio del gobernador. Al verme lanzaron un grito como si hubiesen visto al diablo en persona. Fíjese entre ellos con la cabeza alta y me dirigí a la sala de audiencia. La puerta estaba entre abierta. La empujé y permanecí unos instantes en el umbral, sin que nadie notase mi presencia.

Al habituarme mis ojos a la luz, reconocí uno por uno a los individuos que rodeaba a Sir Francisco Wyatt. Estaban allí el tesorero y Claryborne, Piersey, mi amigo Juan Rolfe y otros más, todos conocidos. Rolfe parecía apesadumbrado y rendido de fatiga. Tenía la ropa destrozada y las botas llenas de barro.

Después no tardó en formarse un concierto de voces.

El gobernador lanzó un suspiro y le dió una cariñosa palmada en el hombro.

—¡Es hombre muerto! —exclamó— Rindámonos a la evidencia. Mr. Rolfe... ¡Qué pérdida tan grande para nosotros y para la colonia...! ¡Participamos de vuestro dolor, querido amigo!

—Nosotros también le hemos buscado todo el día —añadió el tesorero—. En mi opinión nuestro amigo ha sido asesinado por los indios que como sabéis, le profesaban un odio implacable. Los Paspahgs han debido de sorprenderle en la selva acompañado de su fiel criado, indudablemente habrán matado a ambos, arrojando después sus cadáveres al río.

—Sin embargo—interrumpió Sir Francis Wyatt—los indios están en paz con nosotros por ahora. Se han prestado hasta para servir de guías a un destacamento de los nuestros, que ayer, a mediodía recorrió la selva buscando al bravo militar cuya pérdida lloramos. Su actitud respecto de nosotros es, en verdad, de las más pacíficas.

—Señores—exclamó Juan Rolfe levantándose—voy a tomar una copa de vino y un poco de empanada. Luego saldré a registrar los alrededores y me llegaré hasta la selva. Era mi amigo, mi mejor amigo y por mucho que hayais por disuadirme para que no salga en su busca, saldré, es lo juro...

De repente me vió y palideció bruscamente. Todos los presentes se quedaron atónitos, sin atreverse a dar crédito a sus ojos.

—¿Sois un hombre o un espíritu? —murmuró al fin Juan Rolfe—. ¡Responded en nombre del cielo! ¿Sois Ralph Percy?

—Sí—respondí—soy Ralph Percy, vuestro amigo. No sé qué iréis a buscar esta noche en la obscura selva, pero ¡en nombre del cielo!, renunciad a vuestro proyecto, os lo suplico. En cuanto a los indios que os han ayudado con sus conocimientos y os han prometido su apoyo dejad de otorgarles vuestra confianza. Vais a encontraros frente a ellos en sangrientos combates...

Aunque me hallaba muy agotado por las privaciones que acaba de sufrir y por la formidable marcha que acababa de realizar habíe alto y firme. Detalles precisos y completos a fin de no dejar ninguna duda en el ánimo de los que me escuchaban sobre la veracidad de mi relato y sobre el perfecto estado de mi razón... Todos me escuchaban ávidamente y se alegraban de haber escapado gracias a mí de una matanza segura. Por lo menos habría lucha, y la victoria sería del más fuerte y del más hábil.

Terminado mi relato, permanecí silencioso unos instantes, disponiéndome a dirigir a mis oyentes una pregunta acerca del ser que más quería en el mundo. Pero no me dieron tiempo. En un abrir y cerrar de ojos me vi rodeado y acorralado a preguntas. Todos querían saber más del complot descubierto por mí. Después me interrogaron sobre las circunstancias que habían motivado mi prisión y mi fuga. Yo me sostuve y complacía a todos el tiempo que me fué posible, pero, al fin, me abandonaron las fuerzas y caí como una masa inerte en el sillón de Sir Francisco Wyatt.



# Fortifique la salud de sus niños con este desayuno productor de energía

Kellogg's Corn Flakes crespas y deliciosas con leche y azúcar

DESDE el amanecer en continua actividad... balanceándose, corriendo, brincando, subiendo! ¡Consumiendo energía sin cesar! Si esa energía no se renueva constantemente, los niños pierden peso y su resistencia decae.

Madres, velad por que el desarrollo y la vitalidad de vuestros hijos se vean protegidos por una alimentación adecuada y productora de energía.

Al desayuno, un nutritivo tazón de Kellogg's Corn Flakes pronto suministra un gran cúmulo de energías. Es además fácil de digerir a cualquier hora... después de clases, o antes de acostarse.

No hay que cocinarlas - no dan trabajo

Kellogg's Corn Flakes vienen listas para servirse... directamente del bolso interior CERRADO que las conserva frescas y tostadas. Su rico sabor gusta tanto a los niños como a los mayores. Sirvaselas a la familia entera. Cada paquete contiene diez buenas porciones. Compre un paquete hoy mismo.

### ASI TOMARAN MAS LECHE

Toda criatura necesita tomar diariamente por lo menos un litro de leche... para formar huesos y dientes sanos y fuertes... para ayudar a evitar infecciones. Algunos niños se niegan a tomar la leche que requieren; pero les encanta servida con "Corn Flakes" frescas y tostadas. Kellogg's incitará a sus niños a tomar casi una taza más de leche al desayuno. O sirvalos Kellogg's al almuerzo o a la comida. No hay mejor modo de inducirlos a tomar más leche.



¡El Preferido de toda madre moderna!



En el que recibo noticias que me

desesperan

Cuando desperté de mi profundo sueño, me hallé tendido en una cama, en una habitación inundada de sol. Miré en torno mío y vi que estaba solo. Contemplé un instante, por la abierta ventana, el azul firmamento. ¿Dónde estaba y por qué estaba allí? Después, oí el redoble de un tambor y el ladrío de un perro, seguido de voces de mando imperiosas y firmes.

Salté de la cama y corrí a la ventana. Las calles ofrecían el aspecto de una población que se organiza para la defensa, y comprendí que mi aviso había sido escuchado.

El tambor redoblabla y un individuo que llegaba de las fortificaciones recorría la villa gritando:

—¡Los Pielos Rojas están reunidos en la selva! ¡Son innumerables...! ¡A las armas! ¡A las armas!

Mientras tanto, entró Pory. Venía a ver si seguía durmiendo.

Iba a dirigirle las preguntas que me torturaban el corazón y a interrogarlo acerca de Jocelyn, pero mi interlocutor parecía dispuesto a no dejarme hablar, y con su volubilidad acostumbrada, me felicitaba, por mi heroísmo, bendecía el nombre de Nantauquas mi salvador y se lamentaba de la muerte del pobre Diccon.

Esta actitud me molestaba. Bajé con él al piso bajo.

—Venid, capitán Percy, venid conmigo. El gobernador ha mandado preparar una comida para vos, Tenéis que recuperar las fuerzas.

Impacientado, en el colmo de la inquietud, le detuve y le dirigí bruscamente esta pregunta:

—¿Segue el «Jorge» anclado en el puerto de Jamestown?

Al decir esto clavé la mirada en el rostro de Pory. Yo sospechaba que su actitud era debida al temor que le inspiraba tener que contestar a esta esperada pregunta, pero respondió sin titubear:

—Sí, el «Jorge» sigue en el puerto. Debía hacerse a la vela esta semana, pero un mensaje traído recientemente por el «Esperanza» ha decidido al gobernador a retrasar la salida del navío. El «Jorge» no zarpará hasta que esté decidida nuestra suerte. Llevará a Londres las primeras noticias del asedio de Jamestown.

El «Jorge» no se había apartado de la costa de Virginia. Me satisfacía la noticia. Jocelyn hallábase, pues, en Jamestown y, por consecuencia, lord Carnal seguía deshonrando a la ciudad con su odiosa presencia. ¿Se le habrían curado las heridas? ¿Le habría dejado la pantera de Nantauquas las señales de su infamia? No iba a tardar en saberlo.

Subí yo la escalera de casa del gobernador delante de Pory y en mitad del camino me volví y pregunté de improviso a mi compañero por mi amada Jocelyn. Pory no me contestó. Limitóse a murmurar:

—Más despacio, capitán Percy, más despacio... ¡Mis viejas piernas se niegan a seguirlos...

Pronunció estas palabras con un tono que me desagradó bastante, porque creí percibir en él algo que se asemejaba a la compasión. Le miré con fijeza, pero bajo los ojos se le dirigió rápidamente al comedor del palacio. En la antecámara había gran número de criados y mensajeros, y todos se apartaron con gran respeto para dejarme paso. Una voz femenina llegó hasta nosotros. Instantáneamente me miré al traje. Estaba todo roto y manchado de barro, más, no obstante, penetré en el salón del gobernador sin reparo.

En el salón no estaba «ella». La voz femenina que acaba de oír era la de Lady Wyatt, que con el rostro pálido acompañaba a su marido en los febriles pasos que daba de un lado a otro. West se había separado un instante de sus tropas, y redactaba un informe en un ángulo de una mesa. Con Lady Wyatt se hallaban Sandys y Rolfe. Un sol radiante inundaba el salón. Un canario cantaba alegremente. Al entrar yo cesaron de pronto los ruidos. Sólo el pajarito siguió con su armonioso canto.

Creí notar algo insolito en el silencio con que se acogía mi aparición, creí observar algo extraño, como en las palabras del Pory. Una mirada de inteligencia que cambió en el momento y el secretario redobló mi inquietud. Hasta Rolfe estaba muy pálido y sus labios permanecían obstinadamente cerrados. West, que se había puesto de pie, se retorció el bigote con ademán febril.

—Os damos la bienvenida de todo corazón—dijo sir Francisco Wyatt—. ¡Bendito sea el día que os pusisteis al servicio del rey y de Virginia!



Por el corro que nos rodeaba corría un murmullo de aprobación.

—Os doy las gracias, a vos, señor gobernador, y a todos—repuse inclinándome—. ¡Juzga vuecencia oportuno enviarme a la cárcel?

—En Virginia no hay cárcel para el capitán Percy—respondió gravemente sir Francisco Wyatt—. Su valiente defensor sólo le inspira una gratitud sin límites y una admiración inmensa.

—En ese caso—declaré sonriendo—me pondré a las órdenes de vuecencia para cualquier misión que tenga a bien en-

cargarme, en cuanto haya besado la mano a mi esposa.

En el mismo instante se hizo un silencio sepulcral y todos bajaron los ojos.

—Sir Francisco Wyatt—dije con voz firme—o ruego que me déis noticias de mi esposa. Aunque esté enferma, aunque haya sido enviada a Inglaterra, aunque haya muerto, decidme la verdad.

La esposa del gobernador comenzó a sollozar.

—Era una mujer valerosa y resignada—dijo llorando—. Soportad vuestra desgracia como ella quería veros soportarla.

—¡Explicaos, señora!—exclamé sin aliento.

Entonces, con palabras entrecortadas, me contó que Jocelyn, no creyendo el rumor de mi muerte, había huido para buscarme, arrojando todos los peligros y aún no habían vuelto los mensajeros enviados en su busca.

—No iba sola—añadió Rolfe—. Al mismo tiempo que ella ha desaparecido Jeremías Sparrow. No lejos de la villa se han encontrado las huellas de su paso.

Esta noticia me tranquilizó algo. Imagínese el dolor que me desgarraba el corazón, pero no quería creer en mi desgracia. Me sobrepuse a mi pena, y después de despedirme de todos, bajé a la calle para tomar parte en la defensa de la villa, dirigiendo mis pasos a la hostería principal. Acababa de saber que cierto personaje de nota, con el que tenía cuentas importantes que arreglar, se hospedaba allí y vivía en solitario retiro. Con el corazón rebosante de rabia descendí hasta la parte baja de la ciudad, completamente resuelto a matar a Lord Carnal.

CAPITULO VII

En el que nos encontramos frente a frente

En el salón de la planta baja de la hostería no había nadie. Los bebedores y los jugadores habían dejado sus diversiones favoritas para participar de la defensa de Jamestown. Provistos de una espada o de un mosquete ocupando ahora algún puesto peligroso en el fuerte en la muralla.

Atravesé el desierto salón y subí por la escalera que conducía a los pisos superiores. Al pasar junto a una ventana, eché una mirada al exterior y vi el cielo azul, el río de plaza y el «Jorge» anclado en el puerto. No lejos de él se hallaba el «Esperanza». Sus cañones descubiertos miraban a tierra y parecían dispuestos a socorrernos en caso de necesidad tirando contra los guerreros indios que llegasen por el río. En la linde del bosque ardía con furia el incendio prendido por los indios. Tres casas pertenecientes a Juan West y a su primo Minifie, no eran ya más que un montón de escombros humeantes. ¡Habrá corrido igual suerte mi granja de Weyanoke?

La primera puerta que quise abrir estaba cerrada. Llamé con la mano y con la voz, pero en vano. La empujé con fuerza y la puerta cedió entreabriéndose un poco, pero me impedía abrirla del todo un obstáculo cuya naturaleza no podía explicarme. Redoblé mis esfuerzos y, al fin, pude penetrar.

Entonces vi la resistencia. Tras de la puerta, tendido en el suelo yacía el cadáver del doctor Nicolo. Me incliné sobre él y comprendí que su alma perversa se había separado para siempre de su envoltura terrestre. Esta vez estaba bien muerta la serpiente, y como dice el proverbio, «muerto el perro se acabó la rabia».

A diez pasos de distancia se alzaba un biombo, por encima del cual asomé la cabeza, y cual no sería mi estupor al ver a mi rival sentado ante una mesa con la cabeza entre las manos y tapándose los oídos con los dedos pulgares.

Leía con mucha atención una carta, y estaba tan abstraído que no sintió mis pasos. Por encima del hombro de Lord Carnal pude entonces leer lo siguiente:

«...Más os hubiera valido cortaros el cuello que emprender ese absurdo viaje a Virginia. Ya se ha perdido todo: riquezas, honores, favores... Buckingham es el amo. Triunfa con insolencia, y nosotros los que adoramos a otro sol, sufrimos humillaciones infinitas de parte de nuestros enemigos, que son los vuestros. Venid, acudid lo más pronto posible a fin de jugaros la última carta. Vos seréis siempre el señor más guapo y más elegante de Inglaterra. Quizás cuando os vea el rey otra vez, os devuelva el poder que habéis perdido. Pero daos prisa para que el rey...»

El resto de la carta quedaba oculto por la manga le terciopelo de lord Carnal.

Levanté la mano y las dije caer sobre el hombro de mi rival. Este se estremeció y me miró como si se encontrara ante la muerte.

Una venda negra cubría la parte derecha de su frente, la mejilla y la oreja del mismo lado. Tenía arrancada la oreja izquierda, la mejilla surcada por una te-

# La Leche de Vaca - Alimento Supremo de la Humanidad

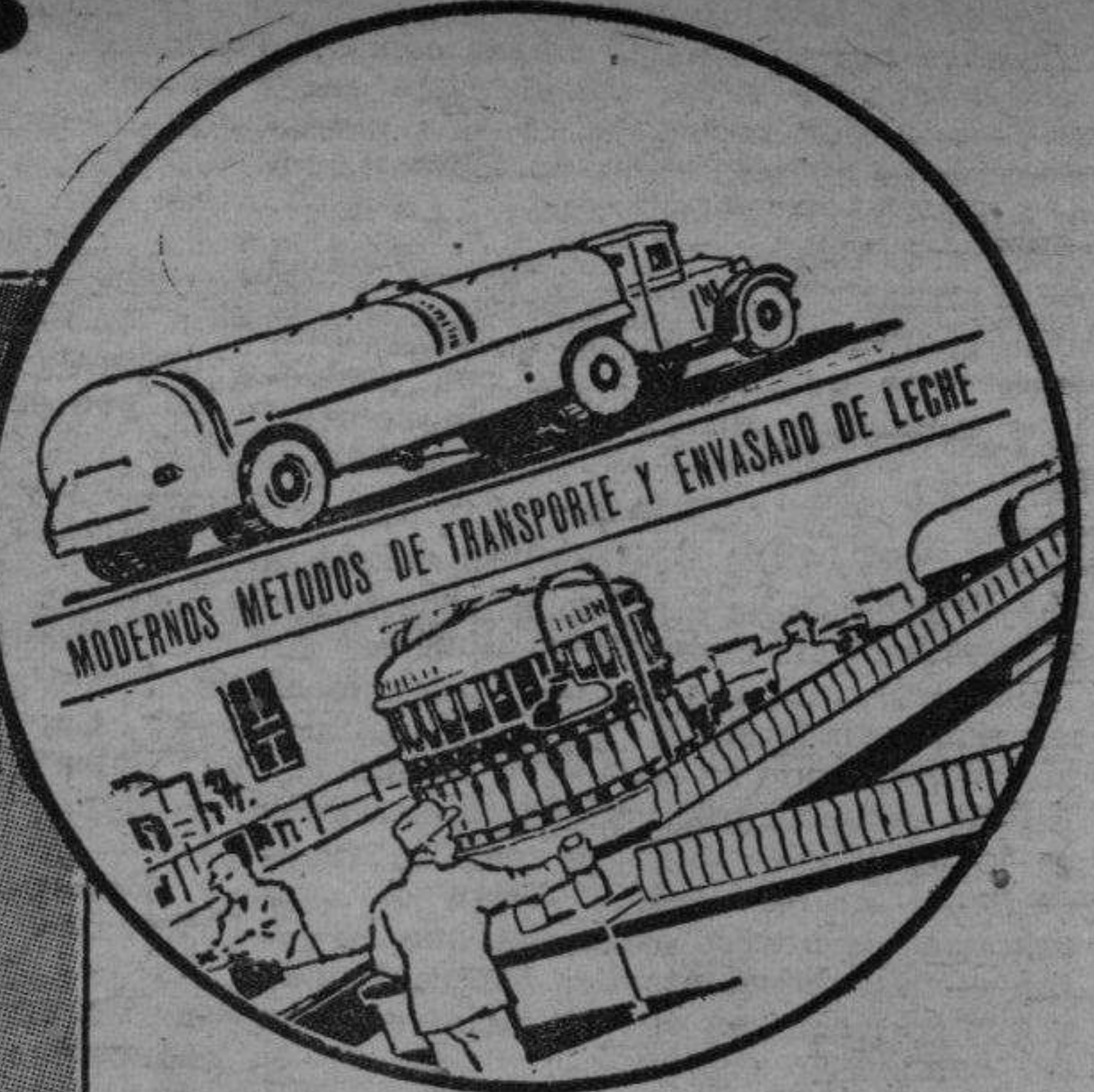
POR EL

Dr. J. Cantala

DIETA quiere decir civilización, y dentro de los límites de la dieta el consumo de la leche es el factor que puede servir de índice para medir el avance humano. Para que se vea la influencia de este factor alimenticio en la vida, basta citar algunas cifras elocuentes. Los Estados Unidos, por ejemplo, consumen diariamente medio litro de leche per cápita, lo que supone, en una población total de ciento treinta millones de habitantes, un lago de sesenta y cinco millones de litros todos los días, que equivale a mil novecientos cincuenta millones de litros mensuales, y a la fantástica cantidad de veintitres mil setecientos veinticinco (23.725,000,000) millones de litros al año. Hace trescientos cincuenta siglos el



Pasteur, grande entre los grandes sabios y uno de los principales benefactores de la humanidad, trabajando en su laboratorio para darle al mundo las ventajas de sus vastos conocimientos. Nadie como Pasteur hizo tanto en favor de la salud de los niños y por la protección de la maternidad.



Desde que la vaca del Dr. Chancya produjo el primer litro de leche en América hasta los 26,725 millones de litros que consumen para su alimentación anualmente los ciudadanos de los Estados Unidos. Primero de una serie de artículos escritos especialmente para este magazine.

tomada por el consumidor, su contenido se ha llenado de millones de microbios mortíferos, que ocasionarán enfermedades si a lo menos no se somete el líquido al procedimiento doméstico de la cocción.

Allá para el año 1865 fué Suecia el primer país del mundo que empezó a emplear el método de la pasteurización para purificar la leche. Pocos años después, Nathan Strauss, millonario y filántropo newyorkino, inició en la ciudad de los rascacielos una campaña encaminada a la higienización de la industria de las lecherías. Hasta el año 1900 no se había terminado de trasladar los establos y vaquerías de Nueva York a la campiña. A poco, se generalizó la práctica de la pasteurización, y ya hoy, como es lógico, el procedimiento es obligado aun para la leche que se usa en los productos secundarios de la industria.

Es un hecho indiscutible que infinidad de gérmenes perjudiciales son aniquilados por este procedimiento de la pasteurización, que consiste fundamentalmente en calentar la leche hasta una temperatura de 145 grados Fahrenheit. El microbio de la difteria, pongamos por caso, muere a una temperatura de 131 grados Fahrenheit; el que causa los resfriados no resiste más de 134 grados de calor; el de la fiebre tifoidea desaparece a los 137 grados, y el de la tuberculosis a los 139 grados Fahrenheit. Guiándose por estos cálculos, las autoridades han establecido la regla de que la pasteurización requiere una temperatura de 142 a 145 grados Fahrenheit.

Cualquier ser humano que desempeñe un trabajo físico no muy agotador, podría vivir perfectamente bien con cinco litros de leche diarios. Porque el líquido lácteo tiene los elementos más esenciales para la vida: proteínas, hidratos de carbono y sales minerales en proporciones convenientes. Las proteínas son necesarias para el desarrollo de los músculos y los órganos, y contienen una gran cantidad de nitrógeno. En la leche encontramos dos clases de proteínas: la caseína y la lactoalbúmina. Los hidratos de carbono o azúcares son los elementos que necesita el organismo para la carburación de otras sustancias, principalmente las grasas acumuladas en el cuerpo. La leche contiene los hidratos de carbono en forma de lactosa. También tiene la grasa en forma de globulillos infinitesimales que constituyen la crema o mantecilla, y en este elemento grasoso se hallan disueltas las vitaminas A y D, esas sustancias misteriosas que son como el chispazo de la vida y del crecimiento natural del hombre.

Y las sales minerales forman una gama compuesta de calcio, fósforo y hierro, que son a manera de ladrillos indispensables para la edificación de los tejidos y los huesos del cuerpo humano. Únicamente cuando el párvulo ha cruzado la frontera que lo separa de la adolescencia y la pubertad, puede saberse a ciencia cierta la cantidad de leche que ha



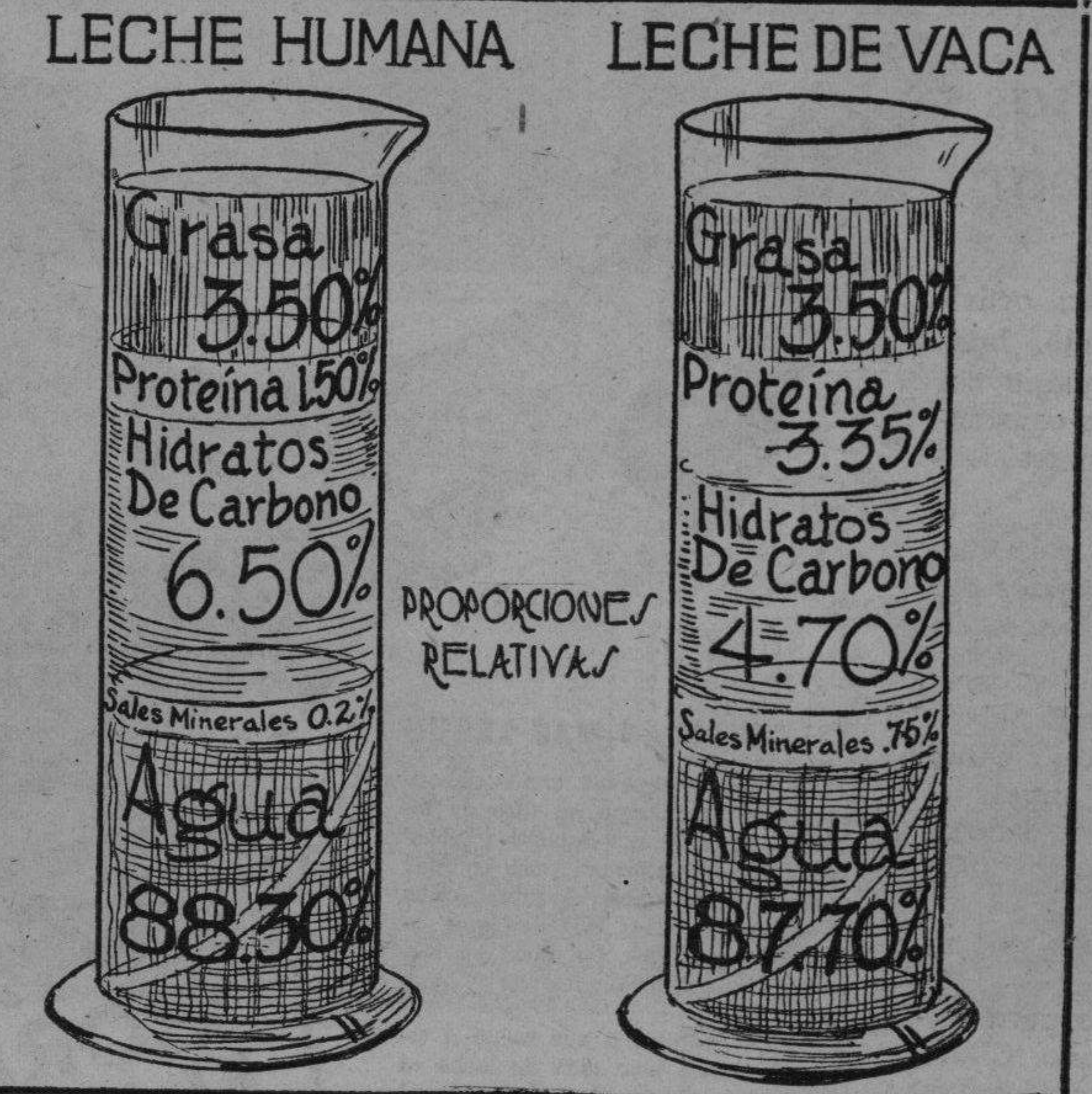
Este diagrama indica a la simple vista el prodigioso descenso de la mortalidad infantil en los Estados Unidos en los últimos 50 años.

hombre comía aun los frutos naturales tal y como se los daba la tierra. Debí observar, en aquellas remotas soledades de la historia, cómo las bestias más feroces amantaban a sus pequeñuelos, y seguramente por instinto de conservación llegó a darse cuenta del valor alimenticio de la leche. El fenómeno natural se manifiesta en una forma dislocada dentro de la escala zoológica: los reptiles roban la leche de los mamíferos, y las aves picotean los residuos lácteos que tienen en sus hocicos ciertos mamonzuelos de la selva.

Sólo hace unos 15, años que se inició la doma del suelo y apareció la agricultura que había de dar lugar a la producción doméstica de la leche. Al relatar la división de los tiempos milenarios, la historia nos habla de los períodos azilano, neolítico, del bronce y del hierro. En la época en que surgió el bronce, el hombre se inclinó para labrar la tierra y entonces nacieron tres civilizaciones: la del trigo, la del maíz y la del arroz.

Los hombres que comían trigo ordeñaban la vaca y la cabra; los que se alimentaban de maíz en los picos de los Andes, sacaron la leche de las ubres de la llama; y los que se sustentaban de arroz, mezclaron su alimento principal con la leche del camello y del búfalo. Fué en una época relativamente reciente que se descubrió que la vaca era el animal propicio para darle al hombre el alimento más perfecto producido por la Naturaleza.

SIGLO tras siglo, la humanidad continúa abasteciéndose de vitales energías con este precioso líquido, pero no es hasta el año 1888 que Tomás Morgan Rotch, profesor de medicina de Boston,



Este cuadro no necesita explicación, pero lee las interesantes observaciones que en este y sucesivos artículos hace sobre el punto el distinguido médico y escritor español Dr. Julio Cantala.





Rosamunda Gérard, esposa de Edmundo Rostand

querían, o que las quería. Mujeres de talento, capaces de sugerir una gran idea o un gran horizonte del pensamiento con su intuición genial, o de alejar de orientación equivocada y de una concepción

falsa al pensador que aman y con el que conviven.

Pero un día la crítica literaria, más justiciera, colocará en el luminoso halo de gloria de escritores, sabios, políticos

y artistas a una legión de mujeres, desconocidas, modestas, intelectualmente mediocres, pero espiritualmente nobles, que solamente con su presencia animadora, su amor comprensivo y abnegado, su delicadeza se...  
Hasta el pobre gorrión, que se instala en la ventana detrás de la que el escritor trabaja, puede poner el espíritu creador en contacto con las sugerencias divinas y fecundas de la naturaleza y «precipitar» estados de alma, que llevan en germen el misterio de una gran idea y la emoción reveladora. La pluma del escritor es el frágil puente que pone en comunicación un alma con el infinito, y en la tinta que fija las imágenes se mezcla la sangre viviente del corazón de un poeta.

**LAS COLABORADORAS DESCONOCIDAS**

Cuando Maeterlink desmintió que la actriz Georgette Leblanc le hubiera sugerido ideas y arreglado esbozos de sus obras geniales, posiblemente dijo la verdad; pero una verdad meramente material y exterior. Y el comediógrafo Sacha Guitry también debe haber afirmado de buena fe que Yvonne Printemps no colaboró en la creación de sus piezas más exitosas.

Pero en ese terreno de las relaciones amorosas existe una verdad diferente, que se halla todavía en estado crepuscular en nuestra sensibilidad. La verdad es que una obra de arte es a menudo el resultado de un estado emotivo, o encuentra su arranque, la chispa inicial, en una exaltación del sentimiento o los sentidos. ¿Qué es el invisible germen

vital, respecto a una individualidad humana, que, sin embargo, le debe su existencia? El amor (incluyo en esa palabra todas las emociones afectivas y no solamente las de orden sexual, aunque estas últimas sean las más sugestivas) es el estado de gracia de la imaginación artística y literaria, el clima de la euforia creadora del espíritu, el estimulante más poderoso de la inteligencia humana. Muchas veces, el escritor, el novelista, el escultor, el pintor, idealizan en los personajes o las figuras que crean individualidades reales de mujeres, que dominan, en el momento de la creación, su espíritu o sus sentidos. Ellas no siempre se dan cuenta de esa identificación. No colocaron ante sus ojos el modelo real de su personaje; y no era necesario, porque el modelo—la persona querida—ya estaba en el espíritu del novelista o del pintor, como un esbozo de la perfección de «la belleza» artística, que la obra debe realizar y materializar.

Para resolver ese problema de honda psicología, el «flujo» de la mujer en la obra artística de su compañero, hace falta una vista penetrante, más que de lince, en las interioridades del alma.

Porque, a veces, la mujer, como expresión viviente de la belleza, de la ternura, sugiere sin darse cuenta al artista la fórmula de la creación que bullía confusa en su mente.

La obra de arte nace en la atmósfera irreal del ensueño, al que el amor canta y cantará la eterna canción de cuna propiciadora.

Francisco CICOTTI

**LADY ASTOR LA RIVAL DE ANTHONY EDEN**

En la fotografía que acompaña a esta crónica aparece Lady Astor en las gradas del Capitolio de Washington rodeada por los senadores Pittman, Caraway, O'Mahoney y Pepper que salieron a despedirla en su visita al Senado americano de los últimos días de enero pasado.

Con masculina cortesía nadie ha ido a investigar en los registros oficiales la edad de Nancy Langhorne que tal es el nombre de esta dama oriunda de los Estados Unidos y perteneciente a una vieja y rica familia de aristócratas de Virginia. Hace un año causó escándalo en la Cámara de los Comunes donde se sienta desde hace 18 años, negándose a dar su edad, requerida por una estipulación reglamentaria. «Hace 40 años dije que tenía 32» respondió y se mantuvo en esa bien ambigua afirmación. Partiendo de Nueva York después de su visita de mediados del año 1937, Lady Astor se declaró «horrorizada» de la campaña de opinión anti-fascista que había observado en este país. Le pareció entonces que había en ello un embrión de «guerra». De entonces acá, los acontecimientos y el súbito cambio de ruta diplomática de Roosevelt confirmarían esos temores. Dijo entonces también la castellana de Cliveden que no entendía como era que los americanos se dejaban impresionar tanto por el peligro fascista y no por el comunista que a su juicio es mayor.

Lady Astor es acaso la mujer de mayor influencia en Gran Bretaña. Es una fuerte líder del Partido Conservador, pero es sobre todo líder del «Partido de los Astor» a cuya cabeza se cuentan aparte de la dama americana su cuñado Jacob Astor, su yerno Lord Willoughby de Eres-

Lady Astor en el Capitolio de Washington con los senadores Pittman, Caraway (mujer), O'Mahoney y Pepper



**LA CABEZA DEL GRUPO TORY, QUE QUIERE LA CONCILIACION CON HITLER, ES UNA AMERICANA Y LA PRIMERA MUJER ELEGIDA A LA CAMARA DE LOS COMUNES, DONDE SE SIENTA DESDE HACE 18 AÑOS.**

by y su hijo el Honorable William Waldorf Astor y, en la Cámara de los Lores su marido Lord Astor. No hace un mes aún, el partido de los Astor causó sensación en la Europa entera proclamando su adhesión a una política de «entendimiento y conciliación con Hitler». No era una novedad para los que estaban enterados de lo que estaba pasando en las fuentes de la política internacional inglesa. Era una lucha entre Cliveden on Thames, el Castillo donde reina la Vizcondesa de Astor y el «Foreign Office» donde quiere mandar Anthony Eden. En Cliveden ha tomado forma orgánica la resistencia de los aristócratas a la política inglesa que por defenderse de Alemania están echando a Inglaterra a una alianza con esos «bolcheviques» de Moscú que quietan el sueño a los lores. Fue en Cliveden donde se arregló la reciente visita de Lord Halifax a Hitler y es allí donde todavía se sostiene que esa

entrevista no fué un fracaso y eventualmente traerá la anhelada reconciliación. No es que estos conservadores sean fascistas, sino que están enteramente entregados a la idea propagada hábilmente por Goebbels, de que Hitler es el único baluarte contra la bolcheviquización de la Europa.  
El Observer, de propiedad de Lord Astor, nombra sólo como «rojo» al gobierno español y el «Times» cuyo principal accionista es Lord Londonderry, «del grupo Cliveden» y amigo personal de Goering, no cesa en su campaña de tolerancia y comprensión respecto de Alemania. Alma de todo esto es la notable dama americana, puritana, prohibicionista, adicta a la «Christian Science». De los miembros del gabinete Lady Astor cuenta entre sus amigos íntimos y asiduos de Cliveden a Sir Samuel Hoare, ahora Ministro del Interior y Sir John Simon, Ministro del Tesoro.

**NOTAS BREVES DE TODAS PARTES**

La B. B. C. (British Broadcasting Corporation) anunció que se han efectuado recientemente nuevos nombramientos para integrar el General Advisory Council de esa entidad cuya misión asesora se extiende a todas las cuestiones relacionadas con la política de la radiodifusión. Los nuevos miembros de dicho consejo son: L. S. Amery, J. J. Astor, Harold G. Brown, el conde de Elgin y Kincaid, J. J. Lawson, la marquesa de Reading, George Robel, sir Josiah Stamp y el profesor George Gordon.

rible cicatriz, y el labio superior partido. Ofrecía un aspecto horrible. Sólo sus ojos oscuros, profundos y magníficos, permanecían como siempre los había conocido.

—Aún no he profundizado bastante mi fosa... —murmuró.

Y añadió con un relámpago de inquietud en la mirada:

—¿Está detrás de vos ella?... ¿Esa

En una butaca había un trozo de tela encarnada. Lo extendí en el suelo, y desenvainando una espada que había tenido cuidado de coger en el vestíbulo del palacio del gobernador, le dije:

—Toma esta espada, asesino, y pon un pie en esa tela roja!

—Tú estás muerto—dijo con voz doliente—, tú eres el capitán Percy, y el capitán Percy ha muerto...

Clavaba en mí una mirada apagada

como de alucinado, y permanecía apoyado en la mesa.

—Eres una sombra—continuó— y yo no lucho con sombras; más no pierdes nada con esperar. Yo tampoco voy a tardar en descender al reino de la muerte... Nos encontraremos allá abajo...

—¡No estoy muerto!—exclamé con voz trémula de cólera e impaciencia—. Pero han muerto otros y quiero vengarlos! ¡Acércate, vill! ¡Acércate, asesino! ¡Voy a clavarte en la pared!

Estremecióse ante la injuria y empuñó la espada lentamente. Me quitó el jubón y él siguió mi ejemplo, pero sus dedos se enredaban con las cintas. Yo estaba asombrado. Jamás había visto a Lord Carnal mostrarse tan indeciso tratándose de luchar.

Al oírme vino hacia mí. Puso un pie al borde de la tela roja y me tendió la mano izquierda. Estaba fría y húmeda,

su blanda presión aumentó mi sorpresa.

—¿Estáis preparado?—pregunté.

Instantáneamente me precipité sobre él le herí en el costado, pero no gravemente. Luego me hirió él, pero más levemente aún. Sus movimientos carecían de precisión y de vigor, y concluí por sacar el convencimiento de que estaba luchando con un hombre ebrio.

Descorazonado y furioso di un paso atrás, exclamando:

—Estáis más débil que una mujer, mi lord... ¡No puedo asesinaros...!

Fijó nuevamente en mí una mirada turbia, y con voz torpe me explicó:

—Ya no tengo fuerza... Estoy enfermo... mortalmente enfermo...

Dió media vuelta y con marcha incierta fue veniendo por mi desgracia, atraído por mi mala estrella... Tampoco quier morir en Londres... ante los ojos de Buckingham, mi rival triunfante... Por

eso he elegido la muerte en alta mar... El doctor Nicolo me ha compuesto un brebaje con esta intención...

Sus ojos se posaron en la carta que había sobre la mesa.

—He perdido —murmuró—. ¿Cómo habría jugado mal teniendo tantas ventajas en mi juego? ¡No importa! ¡La partida ha sido reñida!...

Escondió el rostro entre los brazos y no se dignó hacer caso de mi presencia. Le abandoné a su triste suerte y me dirigí a la muralla.

Jamestown parecía una villa abandonada. Puertas y ventanas habían sido taponadas por sí los indios, después de haber forzado la entrada, ponían sitio a las casas. En medio de un profundo silencio llegué a casa de Jeremias Sparrow. Empujé la puerta, cuya llave no estaba echada, y penetré. Nada había cambiado desde la noche del 22 de noviembre, en que había salido a toda prisa de aquella hospitalaria residencia, en compañía de la pupila del rey.

En una mesa había libros y papeles pertenecientes a Sparrow. Me llamé la atención un paquetito atado con una cinta de seda y con muchos sellos de la cre. Lo cogí. Estaba dirigido al capitán Percy, y lo había traído a Jamestown el «Esperanza». La letra de la etiqueta me era completamente desconocida.

Rompí los sellos y hallé una carta que comenzaba así: «A un caballero a quien debo mi aprecio».

La carta estaba firmada por lord Buckingham, y me llenó de alegría: «El rey—decía el firmante—, aprueba plena y enteramente la boda de su pupila lady Jocelyn con el capitán Ralph Percy, e invita a los recién casados a venir a la corte». La mala suerte me perseguía. Por una cruel ironía de la suerte recibía la regia aprobación de mi boda cuando quizás hubiera muerto Jocelyn.

Mi tristeza aumentó al contemplar el sillón de Sparrow ante la apagada chimenea. ¡Cuántas veces había reposado ella en aquel sitio mientras yo la contemplaba con ojos vigilantes. Caí de rodillas, y con la frente apoyada en un brazo del sillón lloré...

Un clamor ensordecedor compuesto de disparos de mosquetes, gritos de guerra y redobles de tambor me arrancó de mi desesperación. Recobré la conciencia de mi deber de soldado, y salí a la calle. En el umbral me encontré a Rolfe, el cual me dió el abrazo y me llevó en dirección del fuerte.

El sitio fué heroico; cada cual cumplió su deber valerosamente, y la victoria coronó nuestra bravura. Los pieles rojas, rechazados, huyeron hacia la selva, dejando el llano sembrado de cadáveres.

Uno de los indios había llamado la atención de los sitiados por su ardimiento en el asalto y por su audacia al exponerse a nuestros golpes; pero se le había conocido. Era Nantangan, nuestro amigo de antes, al que yo debía la vida, aquel cuyos avisos oficiales me habían permitido llegar a la villa con tiempo para que se pudiese en estado de defensa. Todos los blancos conocían estos servicios extraordinarios, y de común acuerdo, todos los mosquetes se abatieron ante él. Parecía que nos retaba, pero comprendiendo al fin que no estábamos dispuestos a hacerle daño, se unió triste y lentamente a sus fugitivos hermanos. Ya no teníamos que hacer sino celebrar nuestra victoria. Escuchamos con emoción y recogimiento la breve alocución de gobernador dando las gracias a Dios por habernos concedido el triunfo, y después recogimos a los muertos. Unos y otros eran poco numerosos. Ante la eventualidad, poco probable, de una vuelta ofensiva de los indios, pusimos centinelas en las murallas.

Las campanas de Jamestown detañaron y reinó un silencio profundo en la villa momentos antes tan tumultuosa. Una patrulla regresó después de haber bañado la línea del bosque, y declaró que los indios debían de haber huido precipitadamente a su territorio en las cañas en que habían venido. Veíanse sus huellas en la orilla del río.

Al caer la tarde nos reunimos en el palacio del gobernador a fin de celebrar un consejo. Fué decidido que el «Jorge» se hiciese a la vela inmediatamente y diese cuenta a la madre patria del grave peligro de que tan milagrosamente habíamos escapado. El «Jorge» transmitiría también un pedido de refuerzos y de municiones. El «Esperanza» y el «Tigre» permanecerían en Jamestown durante la ausencia de «Jorge» para atender a cualquier eventualidad.



la volvió a su silla y se dejó caer en ella, lanzando un grito de cólera. En su rostro maltrahado apareció algo de su antigua arrogancia.

—En el corazón, capitán —murmuró— ¡En el corazón... ¡Aquí...! ¡Herid...!

—¡Yo, en vuestro sitio, no titubearía!

—¡Ya lo sé que no titubearíais!—dije encogiéndome de hombros.

—No os preocupéis, capitán Percy—repuso—. Dentro de una semana, a lo sumo, habré dejado de hacer sombra... ¡Habéis visto a mi criado, el médico italiano, tendido detrás de ese biombo, junto a la puerta...? Nicolo conocía venenos terribles... ¡En Londres se le llamaba la Muerte Negra...? Nicolo ha vuelto sus armas contra nosotros mismos...

Con ademán desesperado se llevó la mano al corazón.

—Voy a descender a la región de los muertos, y ver si el fuego eterno es capaz de hacerme olvidar el rostro de una mujer.

—¡Asesino! ¡Sols un asesino!—gritó. Alzó la cabeza y me miró con aire deshecho.

—¡Oh! ¡Es indiscutible que tenéis derecho de vengaros! ¿Queréis mi espada? Os la ofrezco de buena gana. Pero no vale la pena, creedme, capitán Percy... ¡He tomado un veneno!

Los agrios graznidos de una bandada de cisnes que remontaban el río llegaron a oídos de lord Carnal.

—El «Jorge» se dispone a hacerse a la vela —dijo—. Zarpará mañana o pasado mañana, en cuanto los indios hayan sido rechazados. Me embarcaré a su bordo, y dentro de ocho días a lo sumo, los marinos arrojarán mi cadáver a las olas. Porque he tomado un veneno lento y sutil, pero seguro... No quiero morir aquí, en esta maldita colonia de Virginia, adon-



**Milard Carnal** — declaró Mr. Pery — me intención de embarcar a bordo del «Jorge», y ha mandado a preguntarse si saldrá mañana el navio.

Todos los ojos se dirigieron a mí, pero permaneci impasible. El gobernador se levantó y declaró que nada se oponía a la partida de lord Carnal, y levantó la sesión.

Al salir a la calle me encontré todas las casas iluminadas en señal de regocijo. Rolfé se había quedado a comer con el gobernador. West mandaba una patrulla en las puertas de Jamestown. De trecho en trecho, a lo largo de las orillas del río, brillaban grandes hogueras de las puentes de vigilancia establecidos como medida de seguridad. Dándome a conocer a los soldados llegué sin tropiezo a un rincón del viejo puerto, sumido en la oscuridad más profunda, donde estaban amarrados algunos botes. Me embarqué en uno, corté la amarra y me ajeé de la orilla a fuerza de remos.

Un día y una noche habían pasado desde el instante en que lady Wyatt me había participado la horrible desgracia que venía a colmar la medida de mis penas. Para mí estaba muerta Jocelyn. ¡Ay! Solo deseaba que hubiese muerto de un hachazo o traspasada por una lanza que la hubiese despenado bruscamente, sin sufrimientos prolongados. ¡Todo antes que hubiese caído viva en manos de los pieles rojas!

Yacería su cuerpo inanimado en la selva, sobre un lecho de hojas secas. Hubiera sido para mí un consuelo en mi desesperación, encontrar el cadáver y honrar con una sepultura el despojo mortal de la mujer a quien tanto había amado. Pero, ¿adónde dirigir mis pasos? ¿Por qué punto de la inmensa selva comenzarían mis investigaciones? Solo un milagro podría revelar la suerte de la mujer que buscaba.

Remonté el río a remo unas dos millas. ¡Cuán dulce era aquel silencio, cuán tranquila aquella soledad después del fragor del reciente combate! Cuando me decidí al fin a tomar tierra, empezaba a despuntar el día. Habíamos apagado paulatinamente las estrojas e iluminaba el Oriente una claridad pálida, fría, sinistra, cien veces más siniestra que la transparencia de la oscuridad. Sobre la selva se cernía una espesa niebla. Cuando atraqué el bote a la orilla solo podía distinguir los trocos de los árboles más próximos. Un ave que se espantó a mi paso huyó graznando y desapareció entre la niebla.

Los vapores que envolvían la selva tardaron en dispersarse bajo la acción del sol, y quedó una mañana enervadora, una mañana triunfal de mayo. La luz se filtraba alegremente a través del ramaje, y los pájaros aturdídan con sus cantos volando en torno de sus nidos sin acabar. Una brisa perfumada agitaba dulcemente las hojas naciescentes. Todo era paz, suavidad y frescura.

Pero ¡ay!, yo estaba mal preparado para saborear el encanto de la mañana. Preocupado y soñador, recorría la selva sintiendo acrecentarse de hora en hora la dolorosa certidumbre de la muerte de Jocelyn. Sin embargo continúe mis investigaciones.

De repente creí notar que no me hallaba solo en la selva misteriosa. Detrás de mí sonaban como chasquidos de ramas secas, como ruido de hojas pisadas. Me volví y vi un indio que me seguía paso a paso. Por el pronto yo creí una sombra y no un ser humano de carne y hueso. Seguí andando, y de pronto el misterioso personaje se detuvo. En mi inquietud había puesto mano a la espada, pero me tranquilicé rápidamente. En cuanto hubie reconocid al indio que me acompañaba envainé el arma y sonré. ¡Era Nantaukas! El indio conservó el rostro impasible unos instantes, y luego, con la mano derecha en la que sostenía el arco, me señaló la selva que se extendía ante nosotros, y adelantándose unos pasos me hizo seña de que le siguiera. Quise entablar conversación con mi amigo y protector, pero fue inútil. No despegé los labios.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha fingi hallarme fatigado e hice ademán de no querer avanzar más. Había pensado que el hombre en quien tan ciegamente confiaba se había convertido hacia poco en enemigo implacable de mi raza. ¿No sería una locura obedecer a su invitación silenciosa? ¿No habría razones para creer que mi guía me negaba a la perdición? Al ver que me negaba a avanzar, se detuvo también el sobrino de Opechanacough. No pronunció ni una palabra, pero había en sus ojos tanta compasión y tanto desdén y el gesto con que me señaló el Oriente envolvía algo tan imperioso, que se desvanecieron mis ideas de resistencia me sometí y proseguí el camino hacia lo desconocido, que me señalaba Nantaukas.

Seguí el linderó esperando encontrar algún punto conocido que me sirviese de orientación... ¿Qué oscuro estaba el camino? ¡Qué pálido parecía el cielo a través de los árboles! El río formaba un recodo y lo seguí... según paralelamente el curso del agua, e inopinadamente surgió ante mí la desmesurada silueta de Jeremías Sparrow.

Un grito ronco se ahogó en mi garganta. Abri los brazos y los cerré nerviosamente en torno de mi colosa. amigo.

—¡Alabado sea Dios! — exclamé — ¡Mí! y míl veces sea alabado su santo nombre... ¡Con que no os han asesinado esos paganos? Verdaderamente es poderoso el Eterno cuando hace tales milagros!

Jeremías me puso la man en el hombro y me miró con fijeza.

—¡Valor, Ralph, mucho valor! — exclamó con voz firme —. Tened valor, amigo mío, porque las grandes alegrías matan como los dolores muy hondos... ¡Jocelyn vive! ¡Jocelyn vive!

—Os oigo, pero no os entiendo— dije al fin con el corazón palpitante.

Jeremías Sparrows me acercó a un pino para que me sirviese de apoyo y cogiendo mis manos entre las suyas continuó:

—Todo el mundo os creía muerto, todo el mundo... menos ella. Por otra parte, Jocelyn no ignoraba que el gobernador se disponía a cumplir la orden del

rey enviándola a Inglaterra a bordo del «Jorge». Pero Jocelyn no quería embarcarse sin vos. Por eso hace tres días abandonó clandestinamente la casa del gobernador, con el fin de buscaros en la selva donde estaba segura de encontraros. Yo presencié por casualidad la fuga de vuestra esposa y la seguí. Al ver que iba a internarse en la selva me di a conocer, pero no he intentado hacerla cambiar de propósito. ¡Se hubiera muerto de pena si la hubiese impedido reunirse con vos! ¡Pobrecita...! No ignorábamos el inmenso peligro que amenazaba a Jamestown. Nuestro viaje por la selva ha sido fértil en aventuras. No ignorábamos, como os digo la rebelión de los pieles rojas y así podéis figuraros nuestra inquietud al oír de lejos, durante todo el día de ayer, el espantoso eco del fuesgo del fusil.

—Los indios han sido rechazados — repuse —. Jamestown está en salvo. Pero ¿dónde se ocultó Jocelyn...? ¿Hablád! ¡Hablád! ¡Os lo suplico...! ¡Me habéis asegurado que está sana y salva!

—Está sana y salva— afirmó de nuevo Jeremías Sparrow —. Ha afrontado la muerte cien veces desde que entró en la selva, pero Dios la ha protegido visiblemente.

—Os debo más que la vida. ¡No se cómo agradecerlos lo que habéis hecho por Jocelyn! Pero ¿dónde está mi mujer...?

—A pocos pasos de aquí— respondió

mi amigo—. Yo he venido hasta aquí buscando el mejor sitio para salir del bosque, buscando un sendero más practicable que el que hemos seguido al venir.

De pronto dejó de hablar y me mostró una forma indecisa que avanzaba a través de dos árboles.

Después de haber atravesado imprudentemente el río por el mismo tronco de árbol que había servido de puente a Jeremías Sparrow, Jocelyn venia hacia mí. Marchaba a paso lento con la cabeza baja y los brazos caídos. No me había visto todavía. El bosque de los fantasmas, que poco tiempo antes lo había comparado con el infierno, lo creí trocado bruscamente en un paraíso terrestre, rebosante de luz y vibrando al concierto de los árboles. Hubiera brotado rosas bajo los pies de Jocelyn y no me hubiese causado ninguna sorpresa.

Demasiado conmovido para dar un paso, dejé que mi esposa se acercara, regocijándome ante la sorpresa que le esperaba. Después cuando alzó los ojos y cuando me vió, caí de rodillas ante ella.

Al verme se llevó las manos al corazón y permaneció unos minutos sin pronunciar una palabra. Luego se aproximó más y cogiéndome ambas manos me dijo:

—Habéis venido en busca mía para llevarme a Weyanoke ¿verdad? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Cuán he llorado, cuánto he rezado y cuánto he esperado...! Pero yo pasé todo y no quiero ni recuerdo. Ahora vuelve la primavera y las plantas empiezan a florecer. Empieza el año nuevo.

Me llevé sus delicadas manos a mi frente febril. Después las cubrí de besos apasionados.

—¡No sé deciros cuántos os amo Jocelyn...!

—¿A qué llorar? — repuse —. ¡No nos ha hecho Dios el uno para el otro? — Sin duda— dije —. ¡Pero mis lágrimas son de alegría! ¡Oh! ¡Dejadlas correr, Jocelyn!

Y mi esposa cayó en mis brazos.

—Yo también— dijo al fin, desprendiéndose de mi abrazo —, yo también te amo, Ralph. ¡Y juró amarte siempre!

Dando el brazo a mi esposa, fuimos a reunirnos con Sparrow.

Después nos dirigimos al punto del río donde había dejado el bote. Jeremías Sparrow empujó los remos y la barca, impulsada por la corriente, siguió río abajo con la velocidad de una flecha. Con aquella velocidad debíamos llegar a Jamestown antes de la noche. La pupila del rey se había sentado en la popa del bote y yo al lado de ella. Con las manos juntas, y mirándonos, sin hablarnos, decíamos que estaban compensadas nuestras fatigas con las felicidades que nos reservaba el porvenir.

Conté a Jocelyn lo del suicidio de lord Carnal y el triunfo de Buckingham y la comunicué la invitación del rey Jacobo que os llamaba a la Corte.

—¿A la Corte? — repitió mi esposa —. ¿Nos llama el rey Jacobo a la Corte? ¿Cómo irás a Londres? ¿Encadenado como un preso?

—No, no— respondí con viveza moviendo la cabeza —. No llevaré más cadenas que aquellas que voluntariamente me he echado encima. ¡Hermosa mía! ¡Nuestra suerte ha cambiado mucho desde el año pasado...!

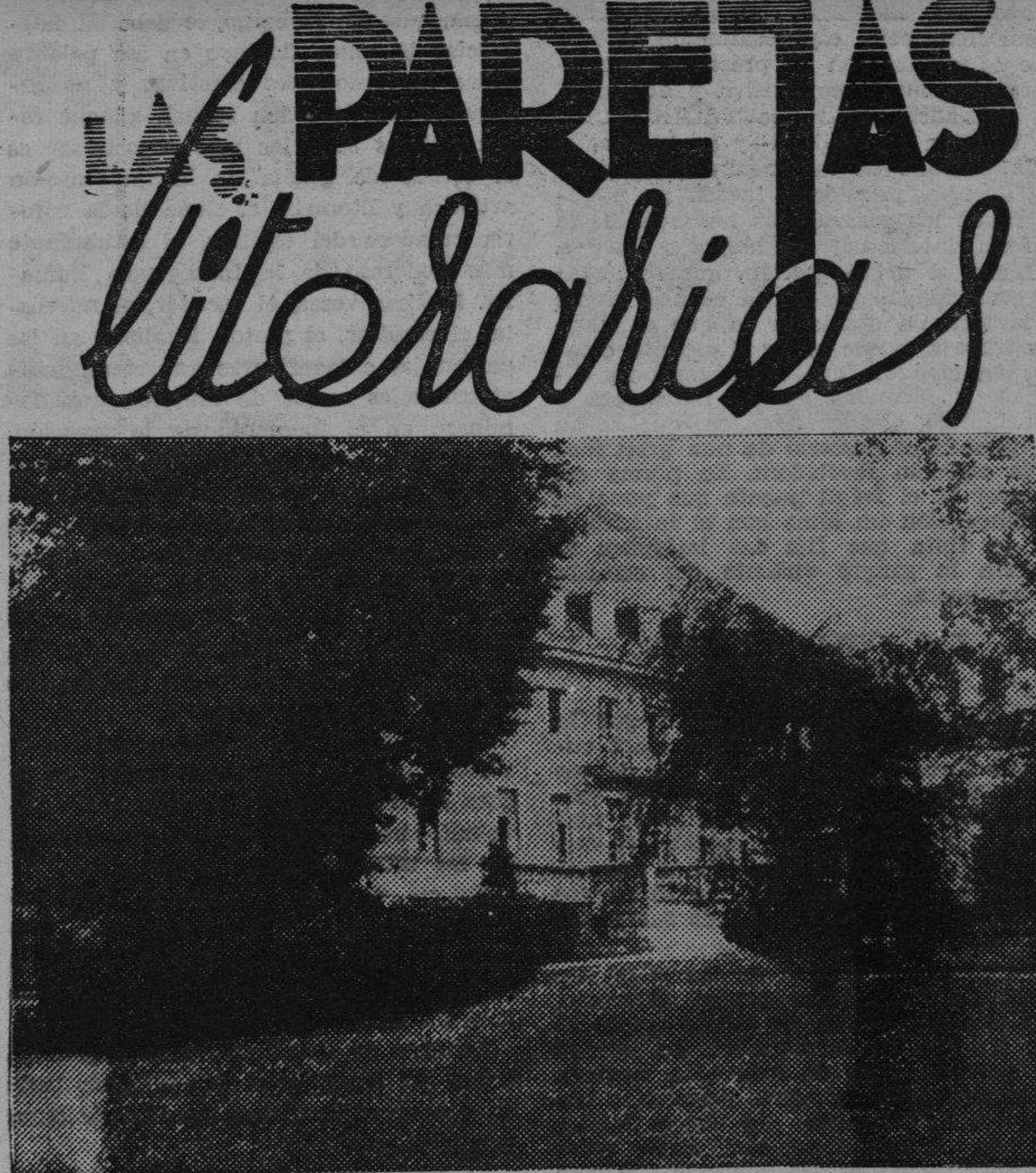
A continuación expliqué a Jocelyn con más detalle el cambio que se había operado en la opinión del rey respecto de nosotros. Nuestro amable monarca autorizaba la boda de su noble pupila con su fiel y digno servidor, y les concedía una magnífica recompensa.

Al oír esta noticia, Jeremías Sparrow lanzó un grito de alegría semeiante a un rugido.

—¡Qué contento estoy, Ralph! ¡Qué contento estoy, Jocelyn! — exclamó enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos — ¡No sé cómo expresar mi alegría!

La brisa de la tarde jugueteaba suavemente en los negros rizos de la pupila del rey. Su frente descansaba en mi pecho y sus manos en mis manos. Así estuvimos sin hablar. Eramos felices, ¡felices, al fin! En la mano de Jocelyn relucía el anillo nupcial que le había ofrecido la noche de nuestra llegada a Weyanoke. Era una alhaja sin valor ninguno, un simple anillo quitado a una cadena de oro que en otros tiempos me había regalado mi madre. Contemplé sonriente el anillo.

Jocelyn sorprendió la dirección de mi mirada, y alzando la mano a la altura de sus rojos labios besó el anillo simbólico que reverberaba bajo los rayos del sol poniente... **FIN**



La Villa de Arnaga, en Provenza. (Francia)

**EDMUNDO Y ROSAMUNDA ROSTAND** casi medioeval, improvisada por el poeta, profundamente enamorado de su hermosísima esposa.

**RECUERDOS DEL POETA ENFERMO**

La hermosura física de Rosamunda Gerard de Rostand era bien digna de su belleza espiritual, que le sobrevive y se oculta, ahora, en sus *Souvenirs de Edmond Rostand*. La viuda del poeta no dice—pero lo tenemos entendido—que ella fué, no solamente la compañera infinitamente querida, sino también su colaboradora valiosa, inteligente... y discreta.

La autora de *Pifeaux, el Arc-en-Ciel y Féeires* no habla más que de su marido, en estos *Souvenirs*; y es, creo, un acto de justicia revelar lo que su modestia—delicada como un sentimiento de puor—sigue ocultando el gran público. Yo tuve el honor de visitar al autor de *Cyano*, junto con el poeta italiano Pastonchi y el periodista francés Jacques Goudelle, durante la gran guerra, en su villa de Arnaga, en Provenza.

Edmundo Rostand estaba ya condenado por la enfermedad que lo llevó a la tumba tres años más tarde, en París, en una tarde de noviembre, mientras las tropas francesas pasaban, cantando y agitando las banderas de la Patria, bajo el arco del Triunfo. El poeta respiró, antes de morir, el soplo de la gloria; y los laureles de la victoria se confundieron sobre su ataúd con los crisantemos de la muerte. Su señora, una de esas mujeres privilegiadas que la juventud casi se olvida de abandonar para que no le sobreviva solamente la belleza—, se acercaba, a la sazón, a los cincuenta años; pero podía confesar cuarenta, arriesgando solamente que se la sospechara dispuesta a envejecerse. Y su cabeza todavía magnífica se erguía sobre un cuello de diosa. Rostand, inmovilizado en su sillón, con las piernas envueltas en una frazada, le sonreía con ternura juvenil, siempre feliz y orgulloso del amor fiel y profundo de su compañera.

Se habló de la guerra. Rostand iba, en ese otoño de 1915, meditando el esquema de un libro, que dejó inculcipo: *Las Fronteras Fatales*. Lo encantaba la idea de interponer pequeños territorios inviolables entre los Estados tradicionalmente enemigos. La enfermedad bien había podido inmovilizarlo físicamente, pero las alas de su espíritu seguían desplegadas a la caza de quimeras.

Así nació, en una noche de abril de 1897, entre los cedros y los tilos del parque de Argana, el inmortal *Cyano de Bergerac*, en una escena de galantería

La señora Rosamunda nos dejó largo rato con el poeta, para atender otras visitas, y Rostand aprovechó la ausencia de su esposa para hablarnos con tierno entusiasmo de ella:

—Yo puedo indicar uno por uno los versos del «Cyano» y de «Chanteclair», que son enteramente de Rosamunda. La concepción de Roxana, notablemente distinta de la tradición literaria de ese personaje, es de ella, y ustedes saben que es un elemento esencial del éxito de la obra.

«Sin embargo—agregó el poeta—, el aporte de su talento literario, sumamente valioso, ha sido superado únicamente por el auxilio de su fe valiente en la lucha. ¡Oh, la lucha! Yo soy inepto para luchar. Pero Rosamunda, hizo de mí un paladín. Era imposible seguir siendo cobarde al lado de esa mujer animosa, cuyo ejemplo es un estímulo irresistible».

**EL NACIMIENTO DE «CYRANO»**

Los que ahora comprueban y se explican fácilmente el éxito clamoroso, sin precedente, del «Cyano de Bergerac» (más de 1000 representaciones en el teatro de la Porte San Martín en París; casi 20.000 representaciones en todo el mundo, entre 1900 y 1920; la obra traducida a casi todos los idiomas del mundo; 168 ediciones en Francia) nunca podrían hacerse una idea de las dificultades y las hostilidades con que chocó mientras se la ponía en escena. Nació como una divinidad griega, entre las tormentas... Los ensayos se prolongaron durante ocho meses, abandonados sucesivamente por dos compañías dramáticas, que temían el fracaso, y por dos directores que pretendían cortar las páginas más hermosas de la obra. Los críticos, a los que ingenuamente al autor había facilitado la primicia de algunas páginas de la obra, coincidieron en preanunciar un desastre. ¿Teatro poético? Estaba muerto desde hacía un cuarto de siglo. ¿Resucitarlo con una obra romántica? Ni Jesús podía operar la resurrección de ese Lázaro literario ya momificado.

Ciertos críticos atacaron los versos, contando las sílabas, como si fuera posible numerar los rayos de una estrella... Otros descubrieron que la nariz de Cyano quitaba posibilidad poética a la obra que estaba colgada de esa nariz como una espada de Damocles sobre la cabeza del poeta. Antes de nacer, Cyano tuvo que batallar—como en el momento de morir—contra todas las miserias humanas, la envidia y la incomprensión, el escepticismo y la maldad. Pero su espada, aun averiada por los golpes traicioneros, no flaqueó, no se doblegó, pues, estaba una indomable alma femenina detrás del brazo que la esgrimía. Ya vivía en Rosamunda Gérard la amorosa y consoladora «Roxana»; y la mano pálida, casi exanguíe, del poeta, se crispó sobre la empuñadura como el puño del héroe. En una pausa de los ensayos, la admirable pareja se retiró a la campiña, a Boissy Saint Léger. Una modesta casita de campo, casi enteramente rodeada por un lago, en el que el poeta iba a pescar, sin sacar jamás ni un solo pez, y al borde de una floresta donde cazaba días enteros sin matar ni un solo pajarito, pues se olvidaba de armar el anzuelo y de poner cartuchos en la escópeto. Su cerebro distraído, en realidad, no cazaba más que imágenes deslumbrantes. Creía ir a pescar o a cazar, e iba solamente hacia la gloria.

Y llegó la noche terrible, la noche histórica del estreno: 27 de diciembre de 1897. Un cuarto de hora antes del comienzo de la representación, Rostand se echó llorando en los brazos del glorioso Coquelin, el primer actor, y le pidió «vedón por haberlo arrastrado a una aventura desastrosa. Como todos los genios Rostand era profundamente modesto.

Una hora más tarde, la vasta sala del teatro deliraba. El triunfo era completo, sin precedentes. Emocionado, frenético de entusiasmo, llamaba a gritos al autor, que tuvo que presentarse 30 veces a la escena, hasta que, agotado cayó desvanecido en los brazos de su esposa, sin terminar de decirle—Gracias, queridísima! Corresponde poner a tus pies las flores y los laureles de este triunfo.

**EL PROBLEMA DE LA PAREJA LITERARIA**

El de la colaboración literaria de las



Maurice Maeterlinck y Georgette Leblanc, una pareja literaria de gran renombre universal

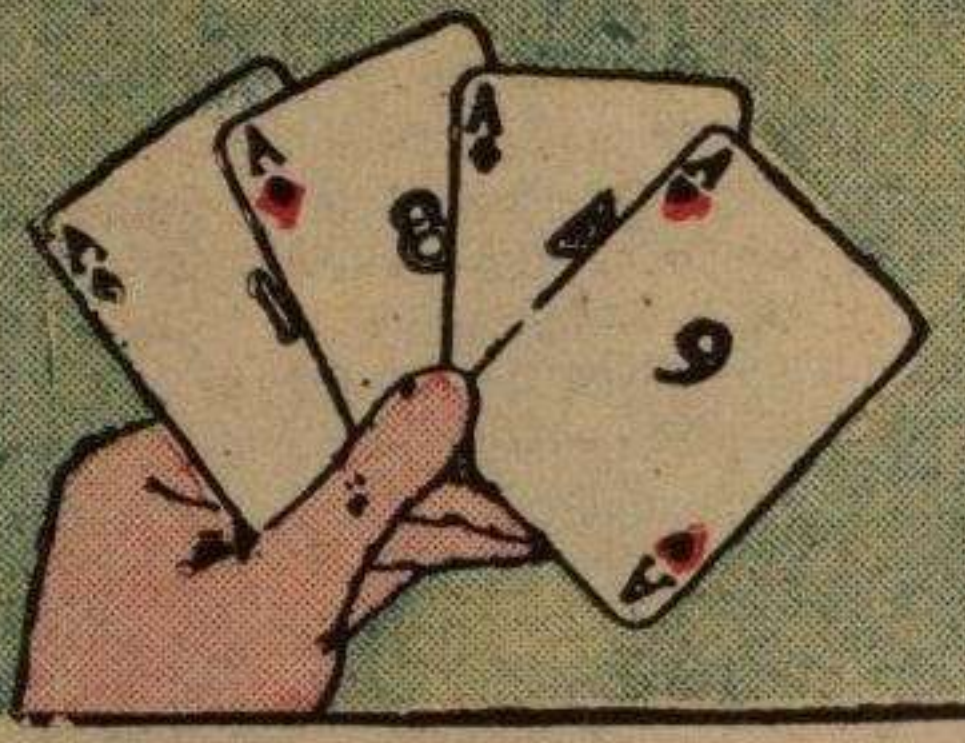


Edmond Rostand



# Los Conquistadores

por LOVRIEN GREGORY y GLENN CHAFFIN



HANK SLOCUM, EL JEFE DE LOS EXPEDICIONARIOS QUE SE DIRIGEN A CALIFORNIA, HA PERDIDO TODO SU DINERO JUGANDO BARAJA A BORDO DEL BUQUE CON UN ESTAFADOR. PROFESIONAL LLAMADO "MISSISSIPPI". ARTHUR RAMSAY DECIDE RECUPERAR EL DINERO JUGANDO CON ESTE INVIDUO DE MALOS ANTECEDENTES.

¿TIENE USTED MUY BUENAS CARTAS, AMIGO, MUY BUENAS.  
¡SÍ, MISSISSIPPI! NO TODOS SOMOS TAN INCENTOS COMO SU ÚLTIMA VÍCTIMA, HANK SLOCUM.

¡YO ME LLAMO TOM HAWKINS!  
¡QUIZÁS NO! DE TODOS MODOS, AMIGO, NO DEBE MOLESTARLE SU ANTIGUO APODO.

¿USTED NO ME CONOCE? ¿QUIÉN ES USTED?  
RAMSAY. FUÍ CAPITÁN DEL BUQUE "NUEVA ORLEANS" EN LA RUTA DEL RÍO MISSISSIPPI. ¿ME RECUERDA AHORA? ¿DE LAS CARTAS?

¡NO SE NUEVA, QUE AQUÍ NO PUEDE AMEDRENTAR A NADIE. ¡LO CONOCEMOS, AMIGO!

¡PERDONEN, PERO NO ME SIENTO BIEN!  
¡YO TAMPOCO!

LO LAMENTO, SEÑORES, PERO YA HE GANADO BASTANTE Y HE RECUPERADO LAS PÉRDIDAS DE SLOCUM. NO LOS OBLIGARÉ A SEGUIR JUGANDO.  
¡NOS HA ESTAFADO!

¡CÁLESE, BRIBÓN! VÁS. ESTAFARON A MI CAMPAÑERO HANK Y AHORA ESTÁN FURIOSOS PORQUE LES HE GANADO EL DINERO! ¡FUERA DE AQUÍ!

¡USTED HA GANADO ESTA VEZ, CAPITÁN RAMSAY! PERO YA ME LA PAGARÁ PRONTO. ¡ME CASTIGARÉ A HOMBRES MÁS VALIENTES!  
¡LARGO DE AQUÍ!

SEÑOR RAMSAY, SE HA PORTADO COMO UN VALIENTE! ¿CREE QUE LO MATARÁ?  
¡LO DUDO MUCHO, FRANK! ¿Y TU PAPA?

ESTA CON MI TÍA ANNIE. SE ENTERÓ DE LO SUCEDIDO Y ESTABA LLORANDO DESCONSOLADA.  
DILE QUE VENGA A MI CAMAROTE EN SEGUIDA.

"MISSISSIPPI" ES UN ESTAFADOR PELIGROSO QUE NO OLVIDA A SUS ENEMIGOS. EL BUQUE LLEGARÁ DENTRO DE POCO A LA CIUDAD DE ALBANY. ¿SEGUIRÁ EL VIAJE SIN INTERRUPTIÓN O CAUSARÁ TRASTORNOS A LOS EXPEDICIONARIOS ESTE MALHECHOR?  
(CONTINUARÁ)

Editors Press Service, Inc. 820 E. 42nd St., New York

# MARAVILLAS DEL MUNDO

por WILLIAM KERGUSOFF

ES IMPOSIBLE CAPTURARLO Y REALMENTE NO TIENE NADA QUE TEMER EN CAMPO ABIERTO.

## EL BUCÉFALO

ESTE ANIMAL ES UNO DE LOS MÁS CURIOSOS DE LA FAMILIA DE LOS ANTÍLOPES. LOS HOTENTOTES LE LLAMAN "NOO", PALABRA QUE DESCRIBE EL BUFIDO DE LA BESTIA.

CUANDO ESTÁN ALARMADOS SE CONDUCCEN EN UNA FORMA EXTRAÑA



COMIENZAN A CORRER DANDO VUELTAS Y TIRANDO COCES, Y LUEGO SE DESBANDAN VERTIGINOSAMENTE EN TODAS DIRECCIONES.



TIENE EL ASPECTO COMBINADO DE UN CABALO, UN BUEY Y UN ANTÍLOPE. A VECES SE MEZCLA CON MANADAS DE ZEBRAS EN EL DESIERTO.



A DIFERENCIA DEL ANTÍLOPE, SE LEVANTA ALZANDO PRIMERO LAS PATAS DELANTERAS.

## PROFESOR CARIÑOSO

INSTRUYE A DOÑA CASILDA

DESDE LUEGO QUE NO SON COSAS MÍAS, PERO ME DA LÁSTIMA QUE NO SEPA CRIAR A SU NENA.  
VICTORIA, A MÍ ME PARECE...  
YA ME HABLÓ DE ESO AYER, DOÑA CASILDA. ¡BASTA!

¡VAYA CON LA RINA!  
HAY QUE REÑIR CON ESTAS JOVENCITAS, PROFESOR. LA NENA NO QUIERE TOMAR SU LAXANTE PORQUE VICTORIA LA HA CONSENTIDO MUCHO.

CREO QUE VICTORIA HACE BIEN EN NO OBLIGARLA, PORQUE LE TRASTORNARÍA EL SISTEMA.  
PUES YO HE CRIADO OCHO HIJOS Y CUANDO NECESITABAN UN LAXANTE SE LOS HACÍA TOMAR DE TODOS MODOS.

ESO ES ANTICUADO. HOY, LOS NIÑOS RECIBEN ATENCIÓN ESPECIAL, TIENEN ALIMENTACIÓN Y ROPAS ESPECIALES... ¡Y LAXANTES ESPECIALES!  
NUNCA HE CONOCIDO NINGÚN LAXANTE ESPECIAL PARA NIÑOS.

¡POR SUPUESTO! LA CASTORIA DE FLETCHER, QUE NO CONTIENE NARCÓTICOS O DROGAS NOCIVAS, Y NO LE HACE DAÑO AL SISTEMA MÁS DELICADO.  
PERO DÍGEME, PROFESOR ¿TIENE UN BUEN SABOR?

SÍ, UN SABOR MUY AGRADABLE, QUE LE GUSTA MUCHO A LOS NIÑOS.  
VOY A COMPRAR UN FRASCO AHORA MISMO.

FÍUSE, PROFESOR, COMO LAME LA CUCHARA.  
YA VE, NUNCA MÁS TENDRÁ QUE PREOCUPARSE EL PROBLEMA DE LOS LAXANTES.

NO SABÍA QUE LA CASTORIA PODÍAN TOMARLA NIÑOS MAYORES.  
¡CLARO, HIJA, ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS!  
LA CASTORIA DE FLETCHER ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS. NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. PIDA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA.







ACCION: El villano Sir Guy de Gisbourne (Rathbone) se enfrenta a los camaradas de Robin Hood.



GRAN ESCENA: el momento emocionante del duelo en las escaleras...

# La Leyenda de ROBIN HOOD

DRAMA: Errol Flynn en el papel de Robin Hood.



Ian Hunter, el Rey Ricardo.

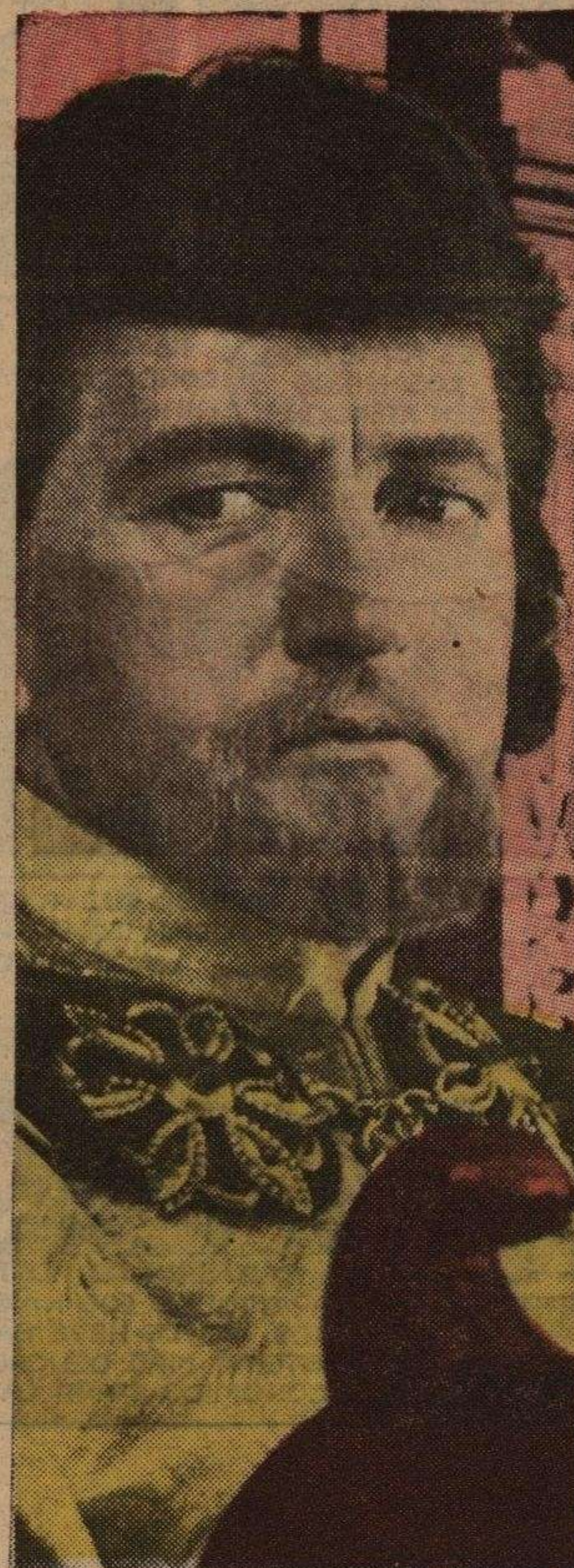
nar la idea de obtenerlo, pues el dueño no estaba dispuesto a que le mataran su ciervo en beneficio del cine. Finalmente, después de mucho buscar, dieron con otro venado que se le parecía, propiedad de Breezy Eason, director de los estudios Warner. El señor Eason había criado al animal desde pequeño y no quería deshacerse de él por razones sentimentales, mucho menos para sacrificarlo, así es que se negó a darlo para la película. Dos o tres días después llamó por teléfono para informarle a los utileros que podían ir por el ciervo, que se había envenenado y acababa de morir de cólico, cuando pudo haberse dado el lujo de una muerte dramática, atravesado por las flechas de Robin Hood...

DE ACUERDO con el libreto de la película, en ésta abundan los incidentes de guerra entre los hombres de Robin Hood y los caballeros de Guy de Gisbourne y del Príncipe Juan. También aparecerán en escena un formidable torneo de flecha y arco y el inevitable idilio romántico entre Errol y Flynn y Olivia de Havilland.

Para filmar las escenas del torneo de flecha y arco, los estudios Warner utilizaron los servicios de numerosos jóvenes que profesan el culto de la salud y que se han pasado años enteros alimentándose de carnes crudas y haciendo toda clase de ejercicios en los gimnasios. A estos "guerreros" cinematográficos los pusieron durante semanas a practicar sus respectivas actividades en la obra de Robin Hood y los obligaron a dejarse crecer la barba.

Errol Flynn aprendió sin dificultades a manejar el arco y la flecha, pero tuvo que practicar bajo la dirección de un experto en la materia a fin de poder tomar parte en el torneo. Con todas las precauciones que se tomaron pudo surgir algún inconveniente que hiciera necesario usar un sustituto en vez del simpático joven galán.

Para que se vea que las escenas son reales recordemos que hay un momento en que el pecho de un soldado es atravesado por una flecha. El individuo que hizo este papel cobró 150 dólares por cada ensayo que se realizó antes de filmar la escena final. Llevaba el pecho protegido con una almohadilla de madera penetrable, y debajo de la almohadilla una plancha de acero; pero si la flecha hubiese equivocado el blanco y caído sobre su cuello, el "extra" habría ido a parar al cementerio.



Claude Rains, el Príncipe Juan.

din y Melville Cooper. Alan Hale hace el mismo papel del pequeño Juan que personificó en la película silenciosa de Douglas Fairbanks.

La parte más costosa de la obra fue filmada durante siete semanas consecutivas en la sección de Chico, como a 600 millas al norte de Hollywood. Hubo momentos en que el estudio le tenía que pagar los gastos de hospedaje, aparte de los de transportación, a más de 400 personas. La primera semana le costó la rotura del hueso de un tobillo a Eugent Pallette, el famoso ex-jockey que actualmente pesa unas 280 libras, con motivo de haberse caído mientras ejecutaba una pirueta con otro acróbata para beneficio de las cámaras.

La farándula se trasladó a Chico por que los productores a cargo de la obra Jack Warner y Hal Wallis, deseaban presentar una escenografía nueva al público. No quisieron filmar ciertas escenas en la selva de Sherwood, que queda a 40 millas de Hollywood, porque fué allí donde se hizo un gran número de las escenas de la película de Fairbanks y les pareció que tal vez el público se cansaría de volver a presenciar los mismos árboles de siempre. Como de costumbre entre la selva natural aparecen muchos grupos de árboles artificiales manufacturados en los talleres de la compañía Warner.

La película se empezó a fotografiar en el otoño pasado y la llegada del invierno creó algunas dificultades, pues de acuerdo con el libreto la historia tiene lugar en la primavera, y además había que retratarla en colores, con lo que se necesitaba "ponerle colorete" a los árboles transformados por los efectos del estío.

PARTE del espléndido trabajo que realizaron en el bosque, los artistas aprendieron muchas cosas nuevas y se divertieron de lo lindo. Los sábados por la noche asistían al baile semanal que se daba en la aldea de Paradise, como a 20 millas de Chico, y allí perfeccionaron sus conocimientos de varios bailes provinciales que no tienen parentesco alguno con el moderno jazz, pero que a



La encantadora Olivia de Havilland, que raya a gran altura en el papel de la doncella Marian en la cinta "Las Aventuras de Robin Hood"

veces son tan complicados como éste.

El gerente de la farándula, Al Alleborn, encontró en estos bailes aldeanos la solución práctica del problema de recrear a sus artistas, y hasta puede que estuviera repitiendo exactamente lo que hacían hace siglos la gente joven de la época de Robin Hood para no aburrirse. Surgió sin embargo, una dificultad tremenda, porque el lugar de las escenas está situado en el Parque Bildwell, donado a la ciudad por el General John Bildwell. Este general Bildwell había sido candidato a presidente de los Estados Unidos nominado por el Partido Prohibicionista en el 1894, y como era un enemigo irreconciliable del licor, al regalarle los referidos terrenos a la comunidad puso como condición de que en ellos no se tomara jamás ninguna bebida espirituosa. De violarse esta condición, la propiedad volvería a pasar a los herederos legítimos del donante. Así que durante las fiestas que se hacían para divertir a los artistas de la Warner mientras filmaban la película de Robin Hood, la única bebida que se le servía a los concurrentes era cerveza.

TAMBIEN surgió una disparidad de pareceres sobre el trabajo dominical. Algunas personas opinaban que no se podía trabajar los domingos en el Parque Bildwell, pero después de una conferencia con los abogados de la familia del general se llegó a la conclusión de que no había inconveniente en trabajar en la película todos los días de la semana. Lo cual resultó muy ventajoso para los estudios, pues el gasto que tenían pasaba de 10,000 dólares diarios.

Los utileros de la compañía no se dieron abasto para proteger la multitud de menesteres necesarios, que en total pasaron de 20,000, inclusive arcos y flechas, hachas de guerreros, lanzas, banderines, armaduras, etc., que se confeccionaron en los talleres de Warner de acuerdo con dibujos y fotografías de reliquias que se conservan desde el siglo 12.

Trabajo costó encontrar un venado a propósito para las escenas de caza de Robin Hood. Cuando al fin hallaron un ejemplar perfecto, hubo que abando-

Sobre Una Película Que Rememora los Hechos de la Época del Rey Ricardo Por Ludovico Sierra





# DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 24 DE ABRIL DE 1938

## BLANCA NIEVE

Y LOS SIETE ENANITOS.

Por WALT DISNEY

REALIZADO SU PLAN NEFASTO, LA REINA BRUJA CORRE POR EL BOSQUE, ANSIOSA DE IR A RECUPERAR SU SER NATURAL.



¡LA BRUJA! ¡AHÍ VA...!

¡A ELLA! ¡A ELLA!



CUANDO LA BRUJA LLEGA AL PIE DE LAS ROCAS, ESTALLA UNA TEMPESTAD.



¡MALDITOS SEAN ESOS ENANOS!



¡AH! ¡MORIRÁN APLASTADOS!



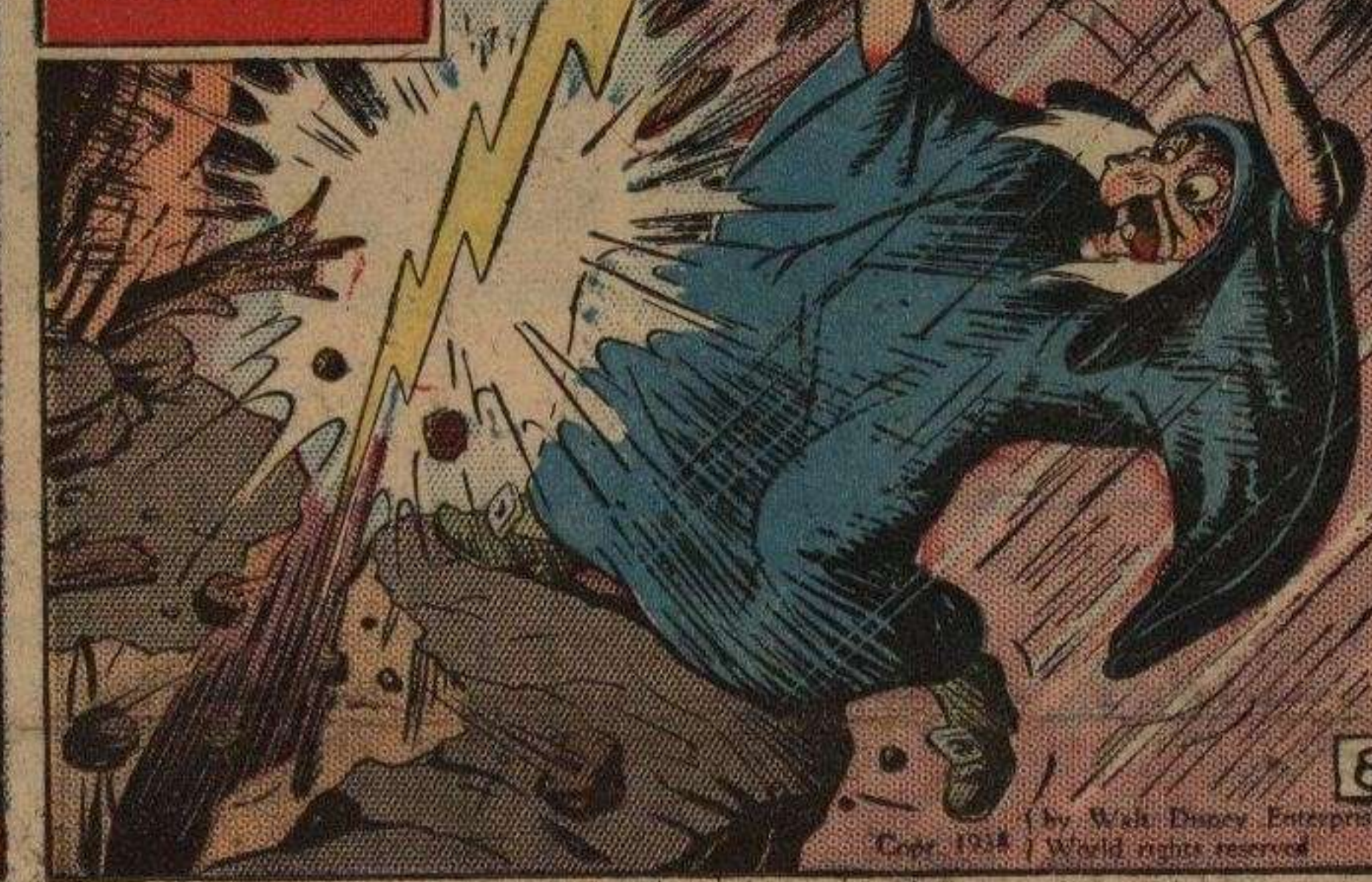
¡EH! ¡CUIDADO!



¡JA, JA, JA! ¡ALLÁ VA ESO, PARA QUE NO SE METAN CONMIGO!

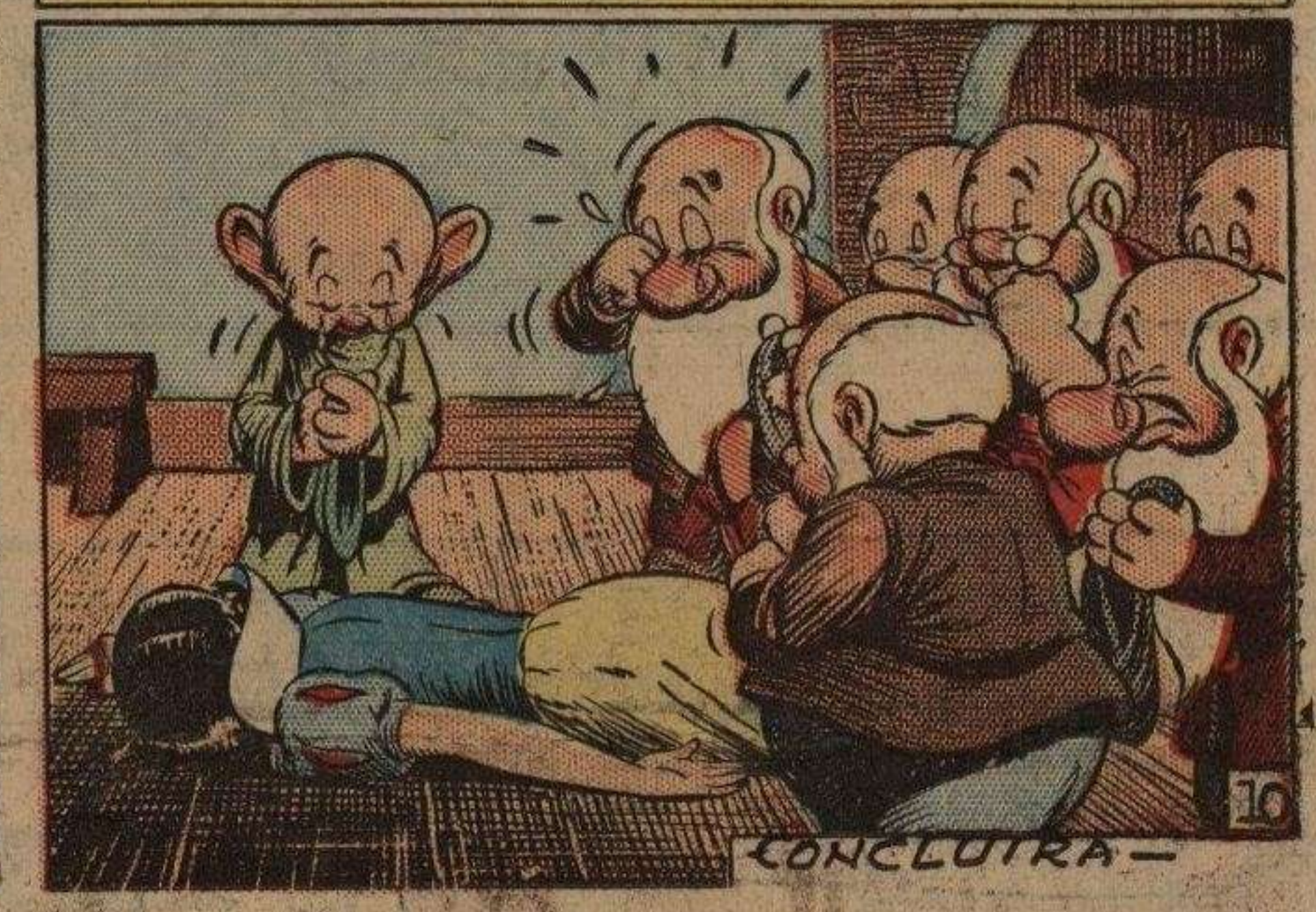


DE SÚBITO, UN RAYO HIERDE EL CIELO.



Y LA MALVADA SE PRECIPITA EN EL ABISMO.

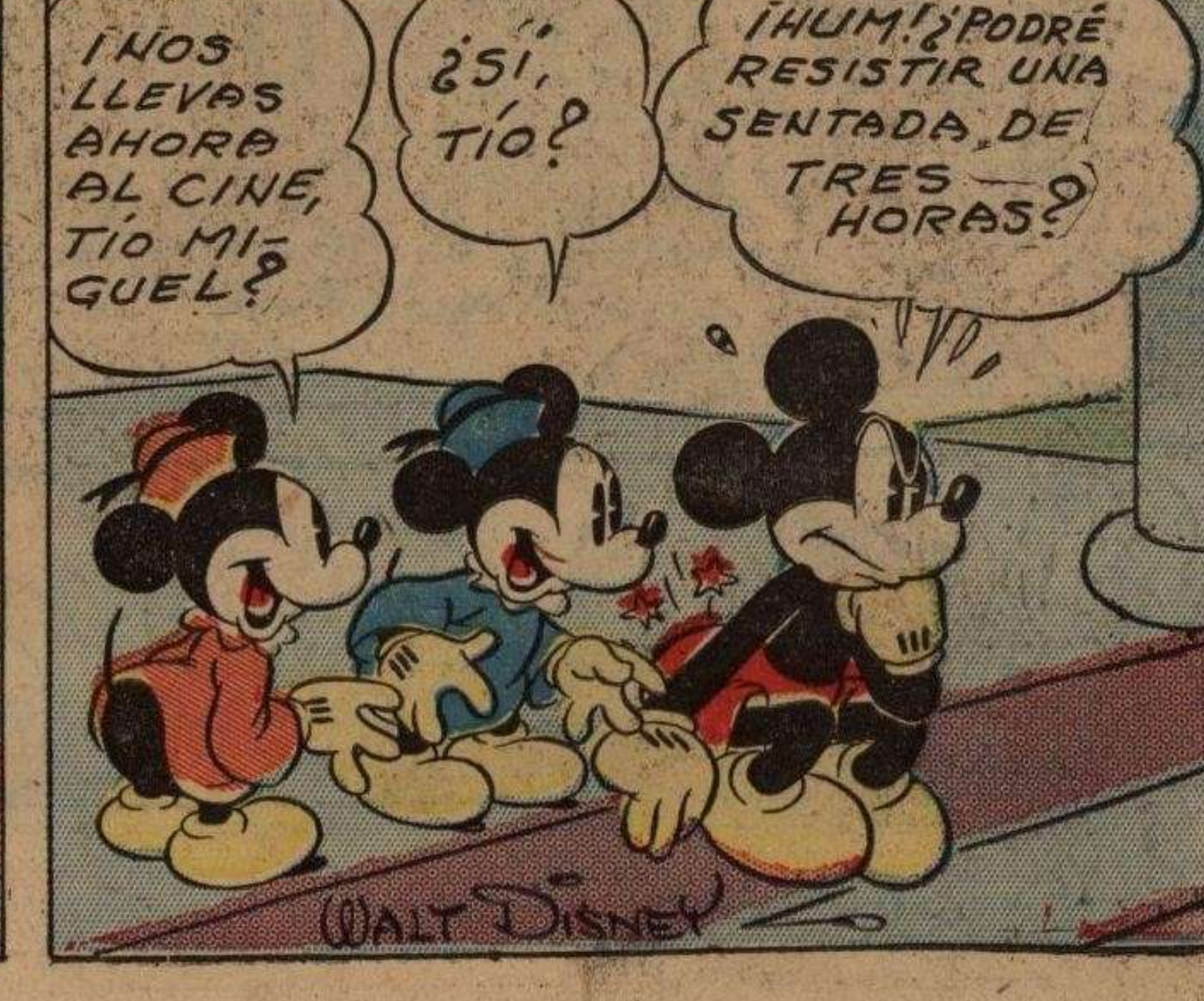
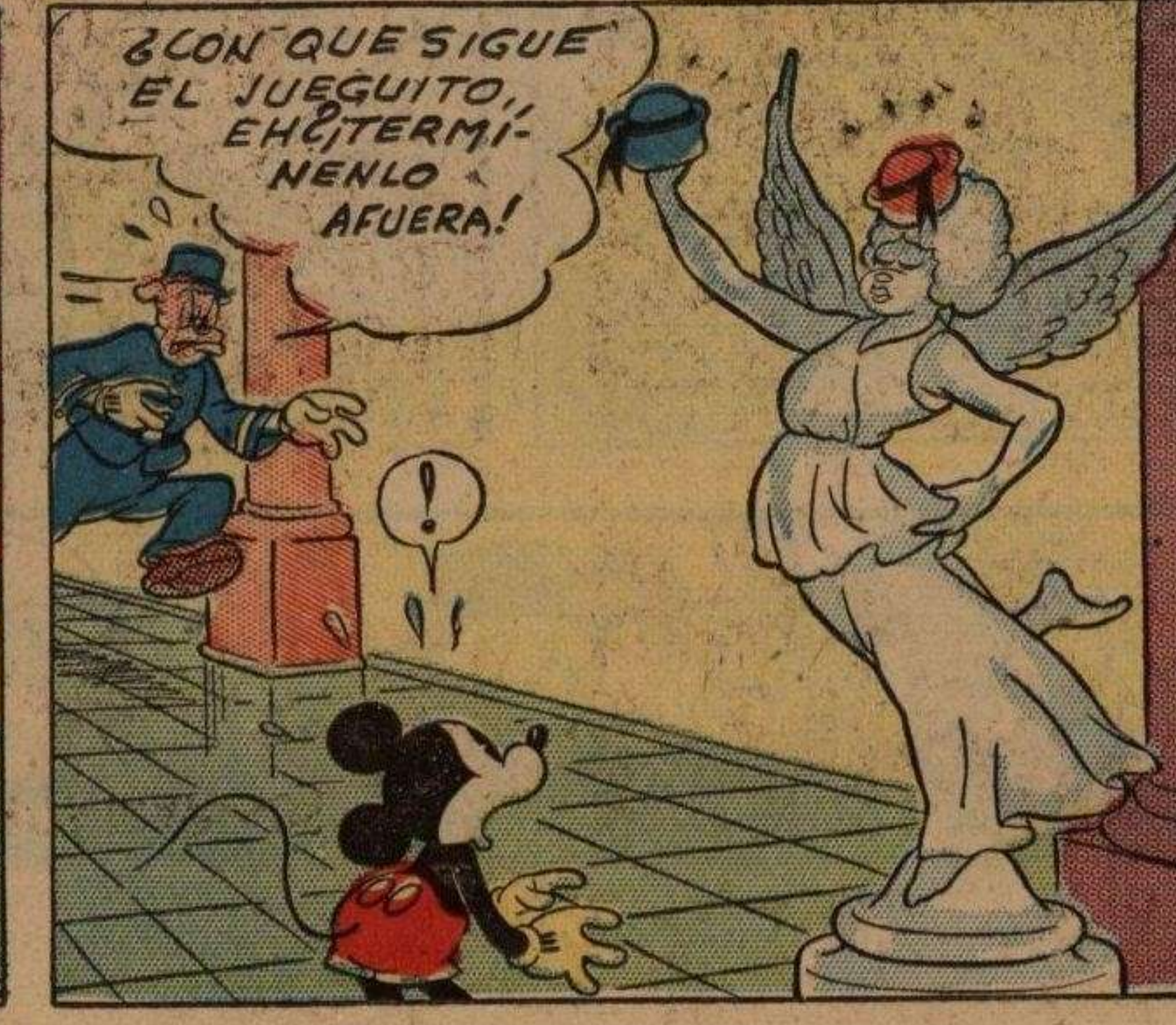
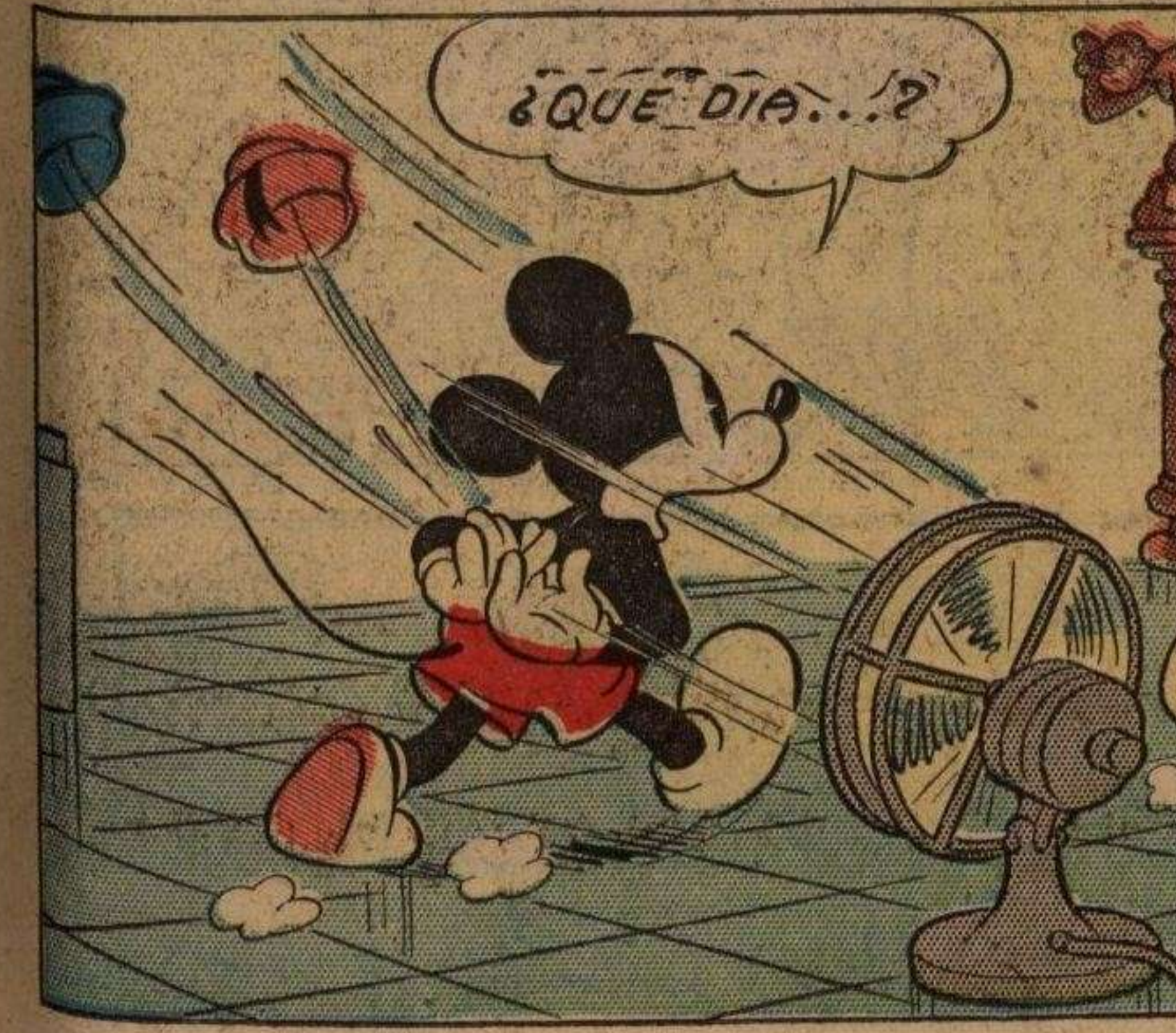
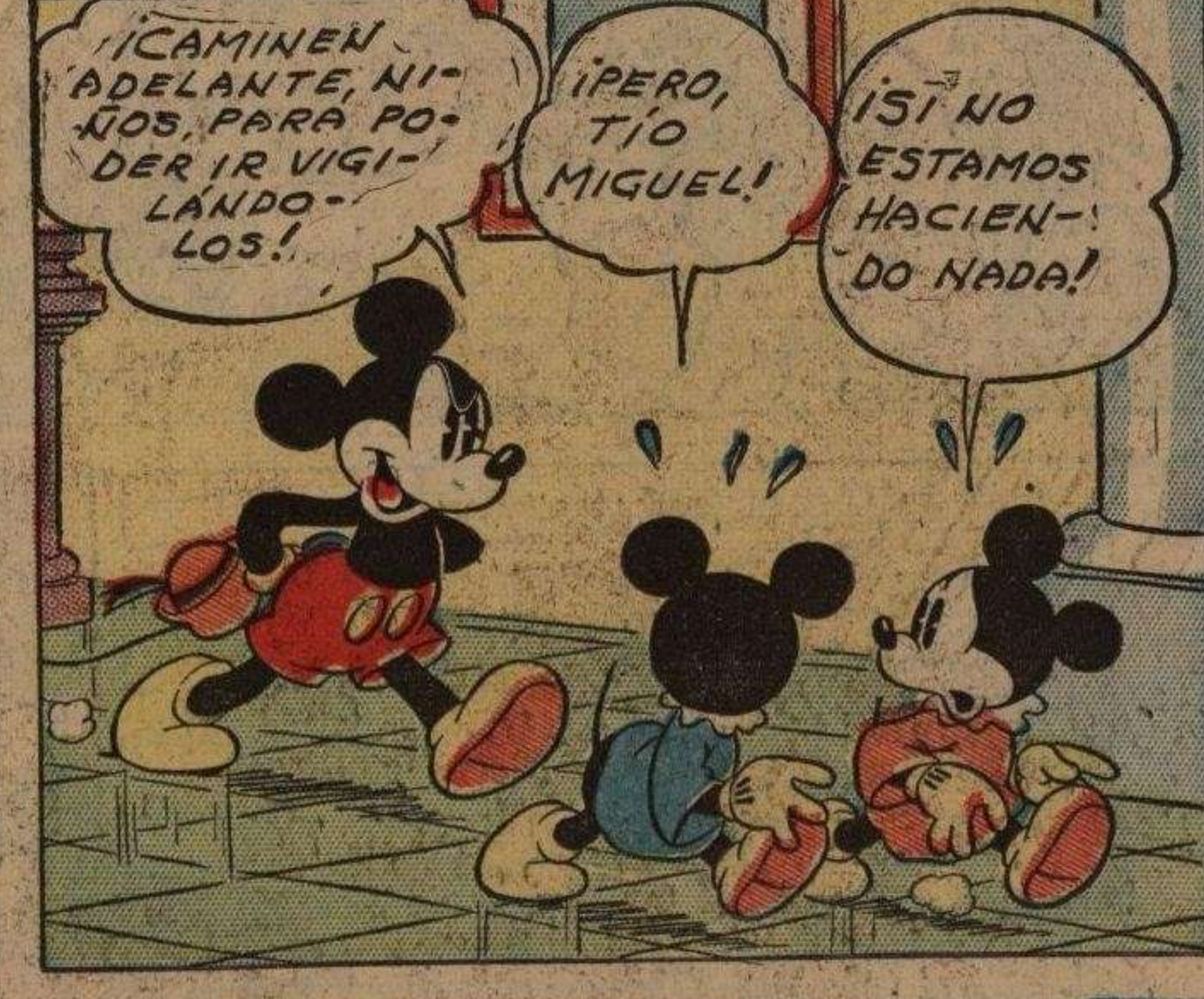
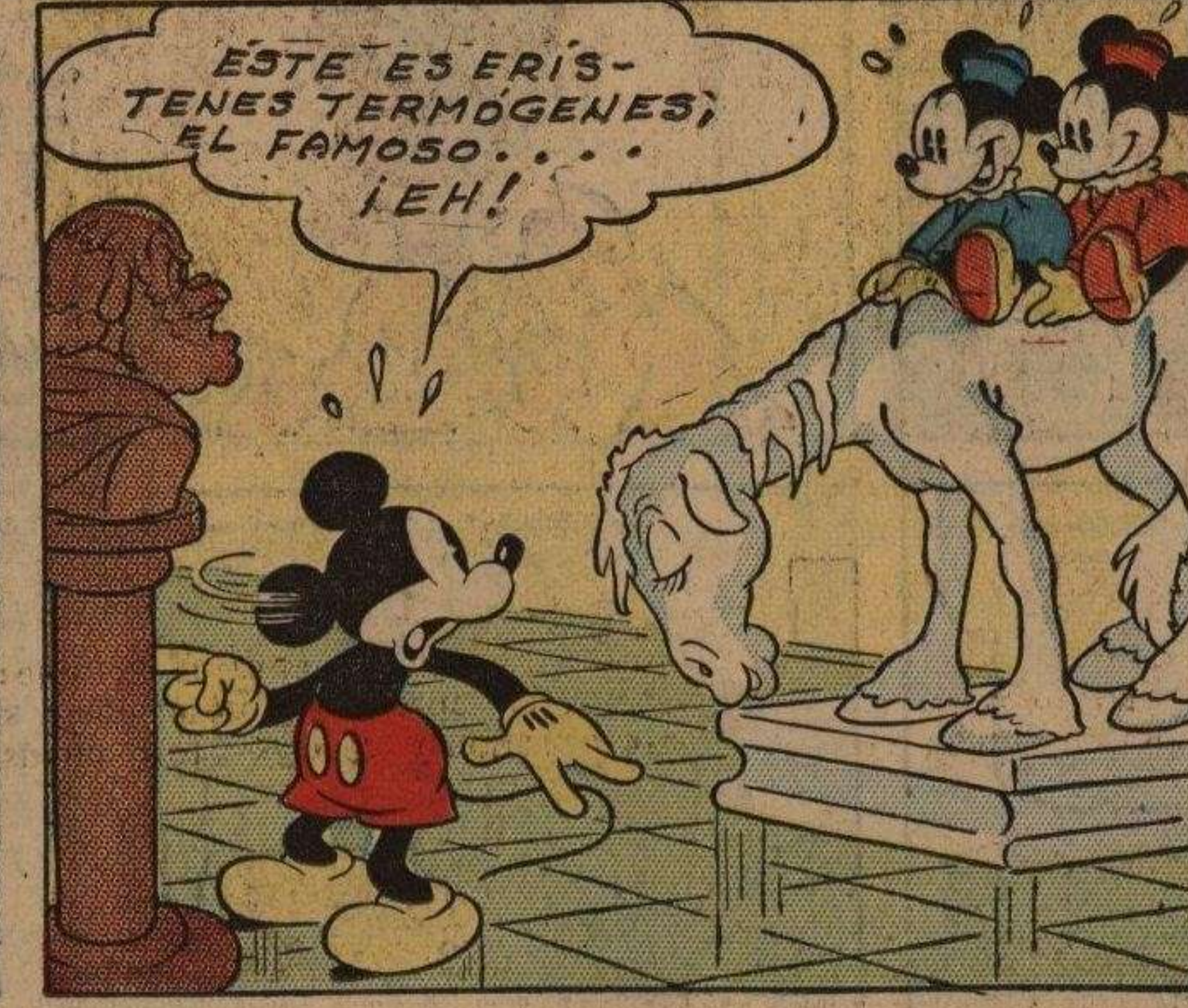
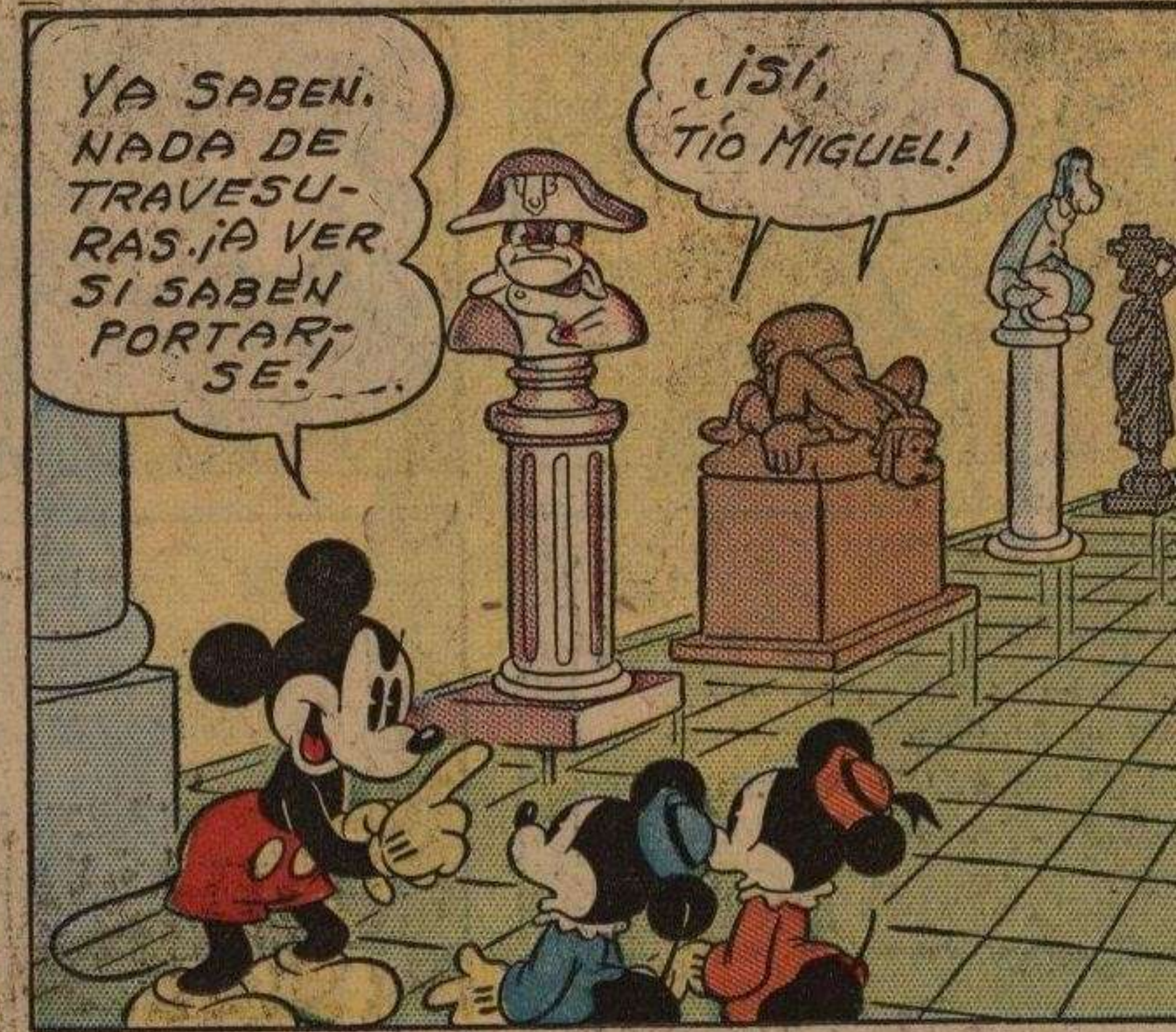
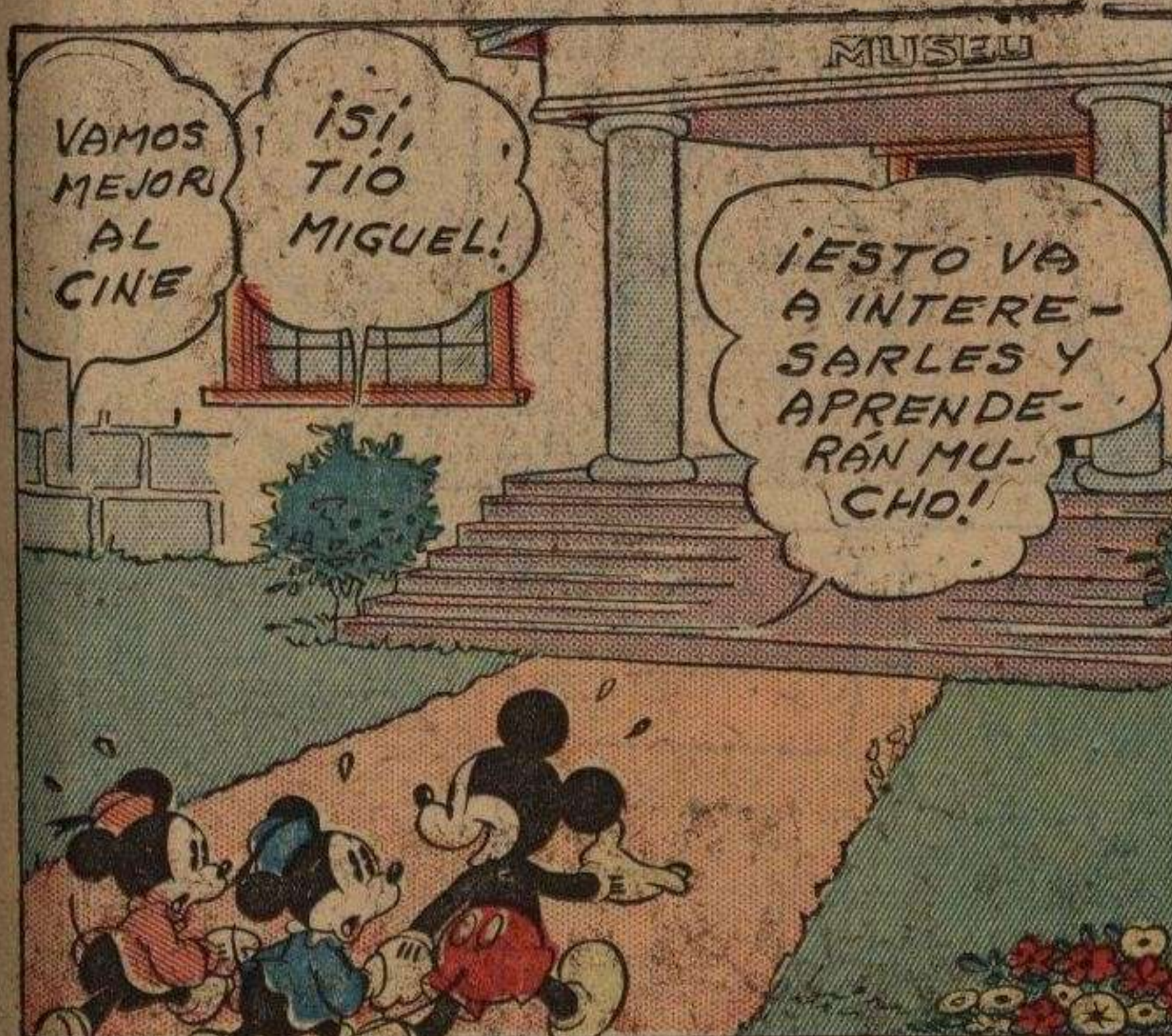
LOS ENANOS REGRESAN A TODO CORRER A SU CASA; PERO ES TARDE, NADA PUEDEN HACER PARA SALVAR A LA PRINCESITA.



## EL RATÓN MIGUELITO

REGISTERED

U.S. PATENT OFFICE





# WONG-LO

POR BRANDON WALSH

AL LLEGAR A PUERTO WONG, TOMÁS Y CARLITOS SE ENTERAN DE QUE LOS AMOTINADOS DEL "DELFIN", A QUIENES CREÍAN ENCARCELADOS, HABÍAN SIDO PUESTOS EN LIBERTAD POR FALTA DE PRUEBAS. NUESTROS AMIGOS SE PONEN A BUSCAR A LOS CRIMINALES, SIN SABER QUE ESTOS HAN INGRESADO EN UNA BANDA DE ASESINOS CONOCIDA COMO LA "HERMANDAD DE HIERRO".



¡ESOS CANALLAS CREEN QUE ESTAMOS EN EL FONDO DEL MAR Y QUE NO QUEDA EN EL MUNDO NINGÚN TESTIGO DE SUS REPUGNANTES CRÍMENES!



¡ESTÁ ESCRITO QUE LOS MALVALOS SON COBAL'LES Y QUE LOS NECIOS LOBAN PALA COPAL'LE MENCIA!

YA QUE LOS AMOTINADOS SE HAN SALVADO, QUIZAS SE REGENEREN.



¡CAI'EN LO QUE MENOS PENSARÁN EN ESO! ¡SON Y SIEMPRE SERÁN UNOS PIRATAS DESALMADOS!

ESTÁ ESCRITO QUE EL LOBO PUELE PELLER DEL LOS LIENDES; PERO NO EL INSTINTO.

¡MIREN!



¡SUEL-TAME!

¡LEFLENA TU HONORABLE IMPACIENCIA! ¡EL BUEN CAZALOL SI-GUE A LA ZOLLA' HAS-TA SU GUALILA!



¡PRONTO! ¡ESOS IDIOTAS NO SABEN QUE LOS HE MOS CONDUCIDO, HASTA UNA TRAMPA MORTAL! ¡AVISEMOSLE AL CAPITAN!



¿UN TESORO? ¿ES VERDAD O ALGUNA PATRAÑA OÍDA EN ALGUNA TABERNA? ¡SI ME HAN MENTIDO LOS HARE TORTURAR!



¡ES VERDAD, PODEROSO SEÑOR! ¡WONG LO, TOMÁS Y EL MUCHACHO CONOCEN LA ISLA Y SUS GRANDES RIQUEZAS OCULTAS!

¡BASTA! ¡QUE LOS CAPTUREN Y LOS TRAIGAN AQUI... VIVOS!



¡HAN DESAPARECIDO, COMO POR ENCANTO!

¡ESTA MELIOCLE PERSONA COMIENZA A LECALAL! ¡HUYAMOS PLONTE ANTES LE CAEL EN UNA TLAMPA!

## ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



NO SE TRATA DE UNA MASCARADA, SINO DE UN PEQUEÑO DESFILE DE CIRCO. LA SEMANA PASADA, MIENTRAS VEÍAMOS EL DESFILE GRANDE, SE DESBOCARON UNOS CABALLOS ASUSTADOS POR LOS LEONES.



A NOSOTROS NOS HABRIAN ATROPELLADO SI NO HUBIERA SIDO POR EL MAS GRACIOSO DE LOS PAYASOS QUE SE PUSO DELANTE CON SU BURRITO Y LOS DESVIO. ¡NOS SALVO LA VIDA, CLARO, PERO EL POBRECITO QUEDO BASTANTE MAL HERIDO!



ENTONCES VINO LA AMBULANCIA Y LO CONDUJO AL HOSPITAL. LE TUVIMOS TANTA LASTIMA QUE LLORAMOS CREYÉNDOLO MUERTO. POR FORTUNA, SOLO QUEDO MAGULADO.



¡ESE PAYASO TAN SIMPÁTICO Y VALIENTE SE JUGÓ LA VIDA PARA SALVAR-NOS! AHORA ESTÁ ALIVIADO Y VAMOS A ORGANIZAR UN DESFILE DE CIRCO PARA HACERLO REIR Y DEMOSTRARLE NUESTRO AGRADECIMIENTO.



¡GRACIAS, DOCTOR! ¡ESOS NIÑOS ME TRAEN LA MEDICINA QUE NECESITO. PERO NO DEBO DESILUSIONARLOS. ELLOS NO VIENEN A VER A PACO FERNANDEZ, SINO A SU AMIGO, EL PAYASO GRACIOSO, ¡POBRES ANGE-LITOS!



¿LISTO, SEÑOR FERNANDEZ? YA VIENE EL DESFILE. ¿LO AYUDO?

¡NO, GRACIAS! ¡ME SIENTO COMO UN ROBLE!



BIBA EL PALLAZO VALIENTE

TIGRES

LEONES

MONOS

10,000

¡VIVA ANITA!

¡VIVA!



¿VERDAD QUE ESTUVO MAGNIFICO? ¡QUE FELIZ ESTOY!

¡NUESTRO PAYASO ES TAMA LLO-RANDO!

¡QUE MARAVILLOSO NOS SALIO! ¡EL DEBE HABERSE DIVERTIDO TANTO COMO NOSOTROS!

AGUILA

BIBA EL PALLAZO VALIENTE

¡VIVA!





# MODESTO RIZOS

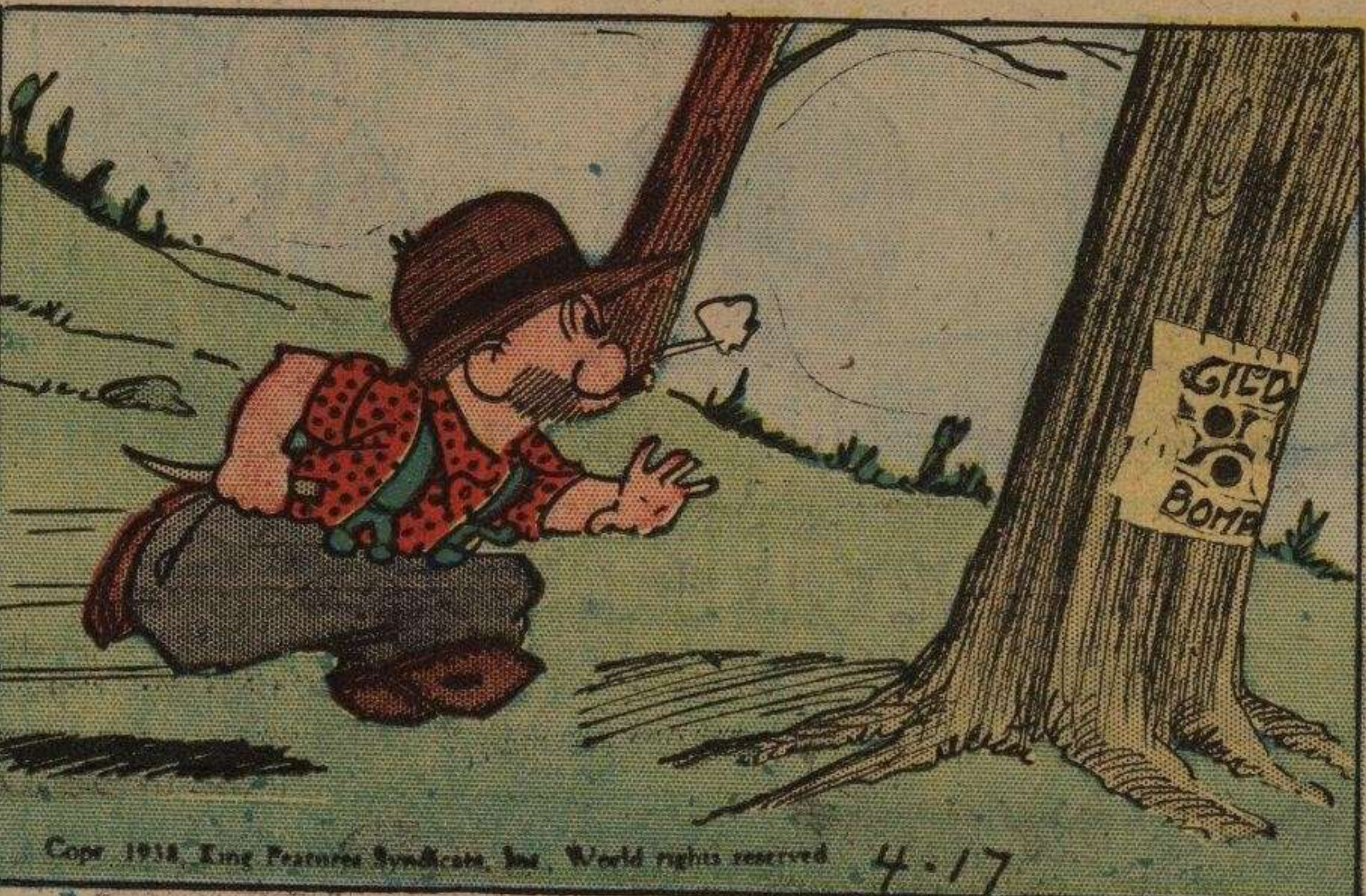
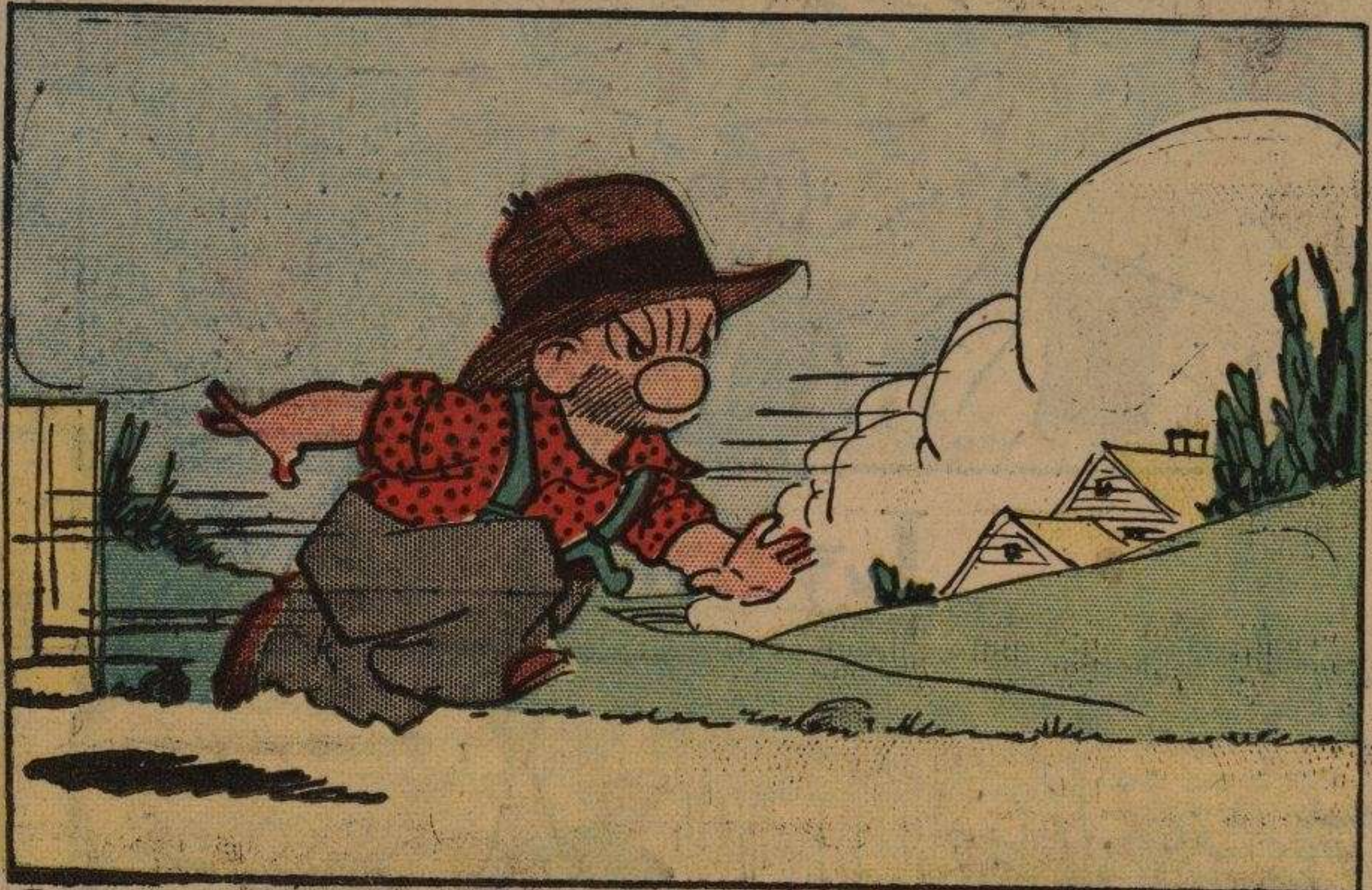
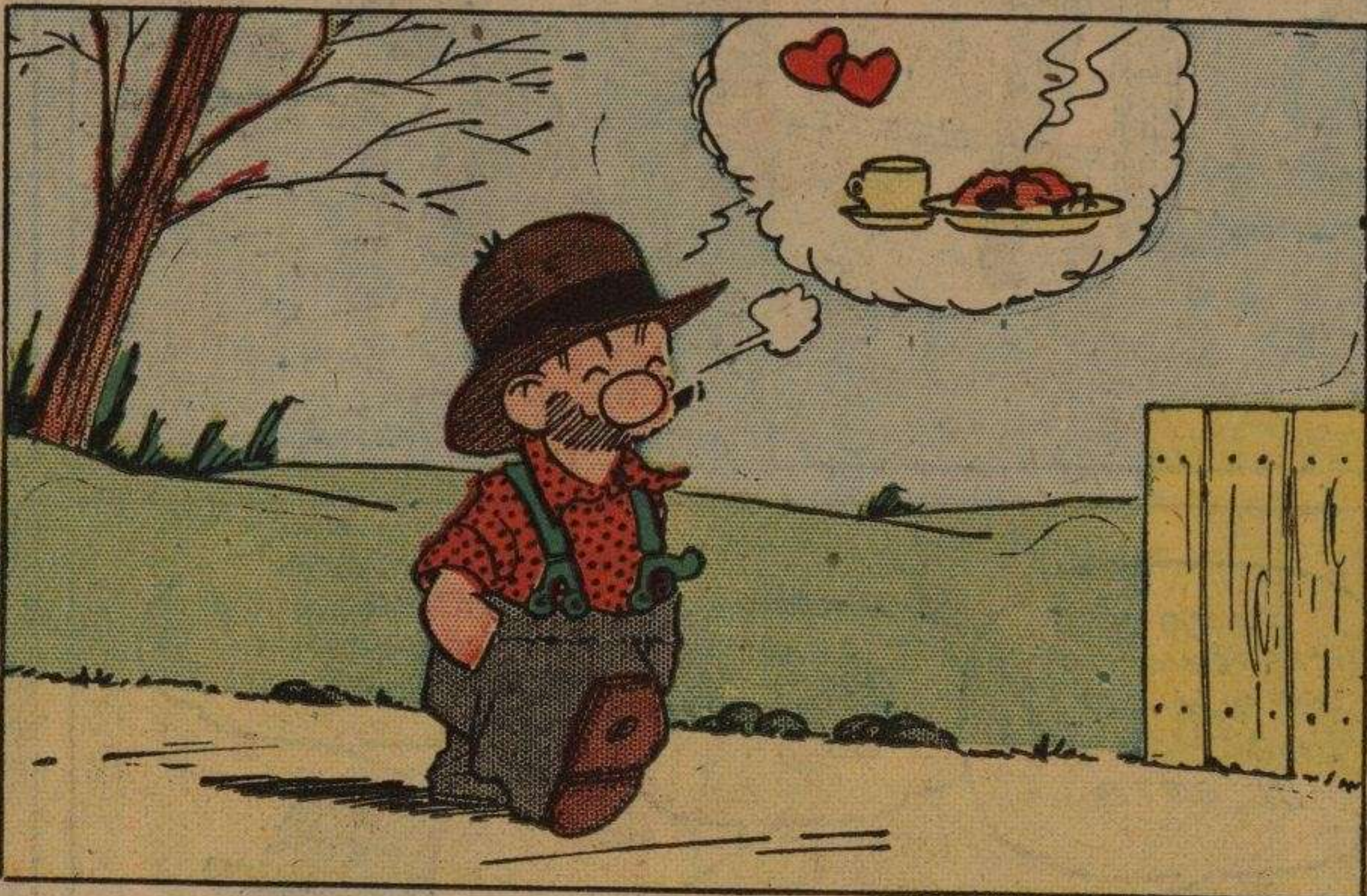
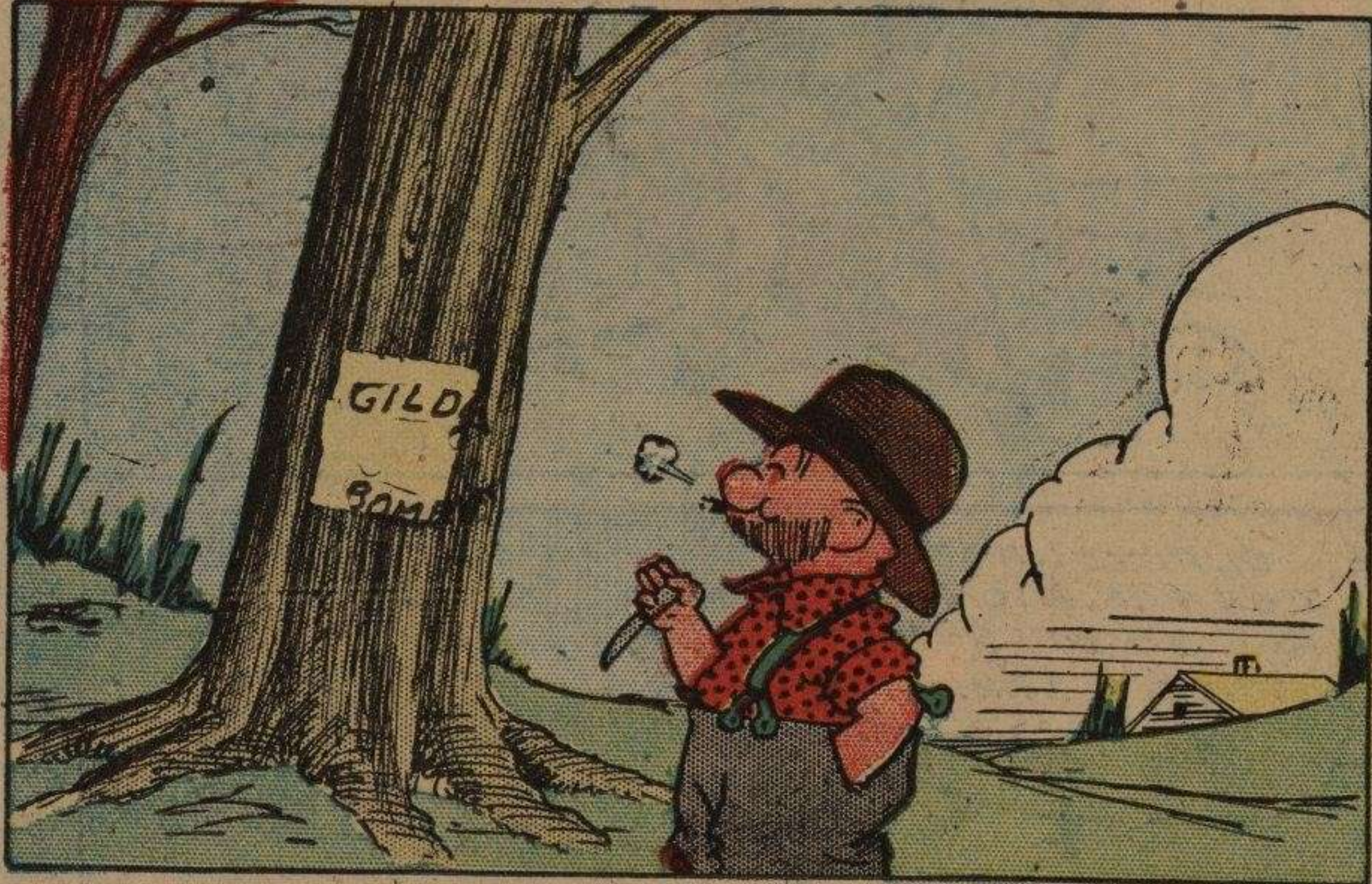
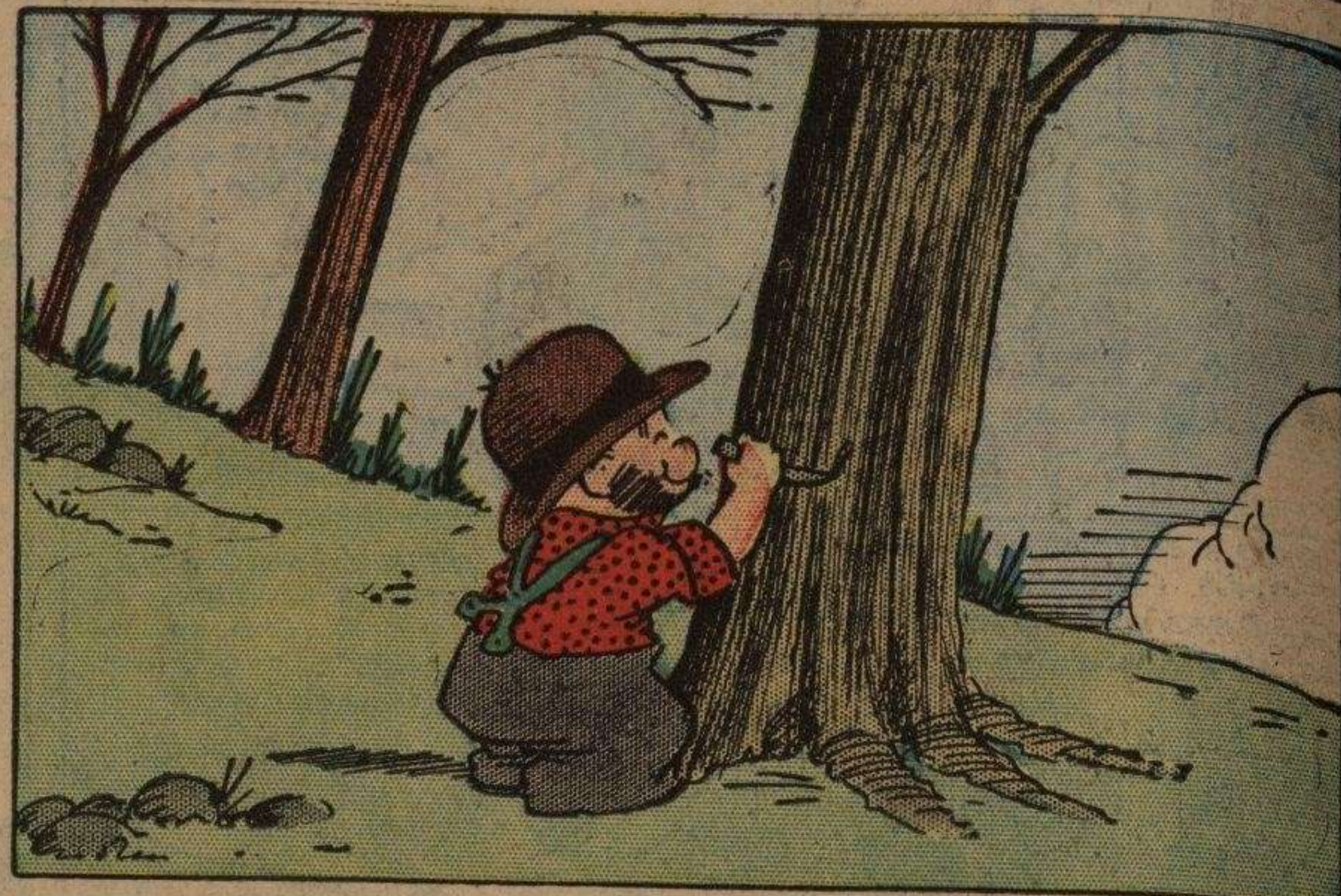
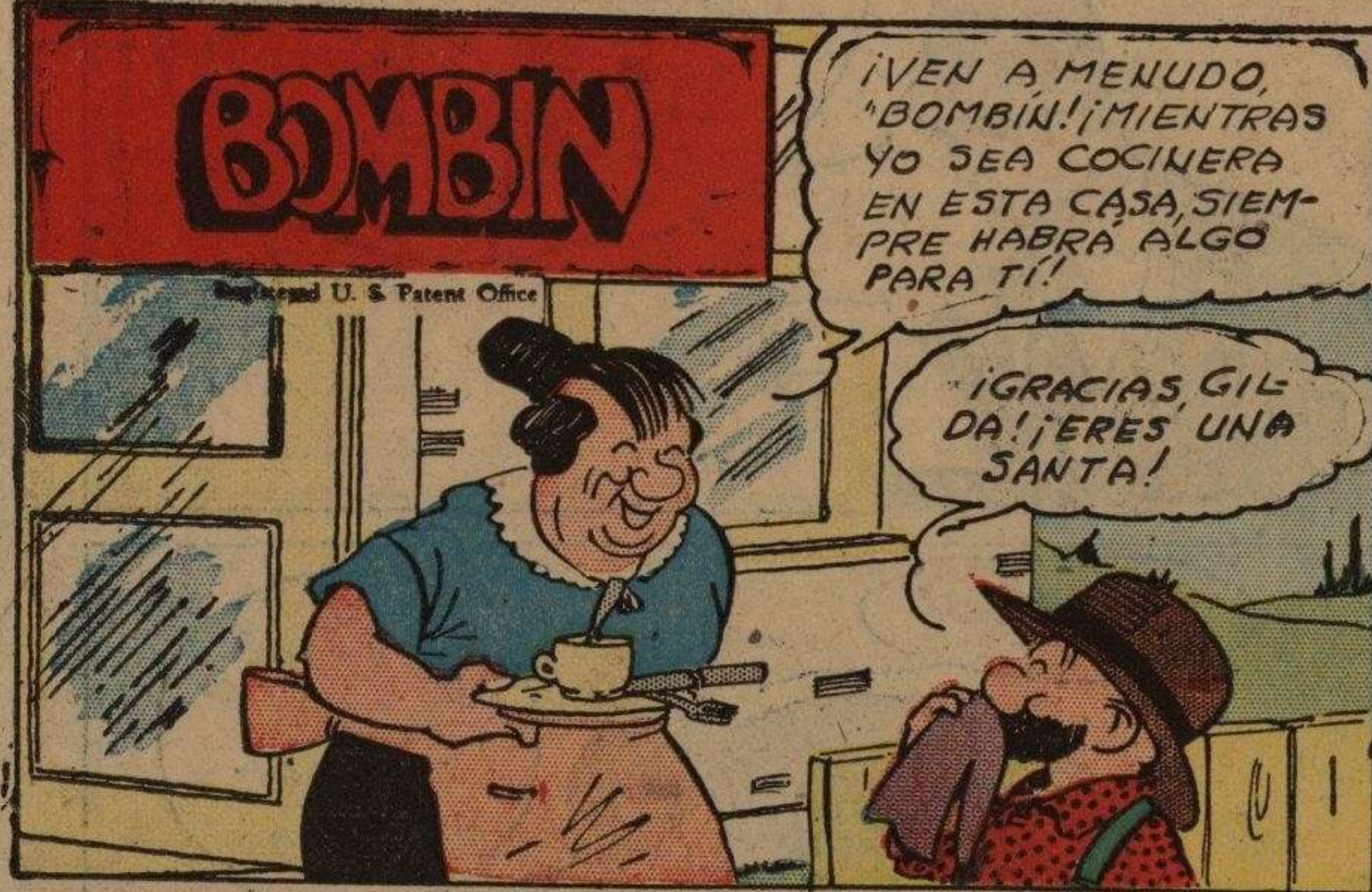


# AVENTURAS DE AGUILUCHO

# Lyman Young







PEDRO HARAPOS

